Selección y prólogo de
Andrés de Francisco

LINCOLN & MARX

Guerra y emancipación

Introducción de
Robin Blackburn

Capitán Swing

Selección y prólogo de
Andrés de Francisco

LINCOLN & MARX

Guerra y emancipación

Introducción de
Robin Blackburn

Capitán Swing

Guerra y emancipación

Abraham Lincoln & Karl Marx

Selección y prólogo de
Andrés de Francisco

Introducción de
Robin Blackburn

colección
Entrelíneas (clásicos)

Dirigida por
Andrés de Francisco

Capitán Swing

Nota a la edición

Andrés de Francisco

Esta edición consta de diez textos de Lincoln, otros diez de Marx y el intercambio epistolar entre Marx (en nombre de la AIT) y Lincoln (quien contesta a través de su embajador en Londres). Como se indica a pie de página en cada capítulo, parte de los textos de Lincoln corresponden a la traducción de J. Alcoriza y A. Lastra de Abraham Lincoln (2005), El Discurso de Gesttysburg y otros escritos sobre la Unión, Madrid: Tecnos. El resto son traducción propia y directa del original en inglés de los Collected Works of Abraham Lincoln. Vol. 3. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Digital Library Production Services, 2001. Respecto de los textos de Marx —artículos suyos (uno en colaboración con Engels) publicados en Die Presse entre 1861 y 1862—, hemos aprovechado la traducción de Paulino García Moya en la edición de Carlos Marx/ Federico Engels (1973), La Guerra Civil en los Estados Unidos, I y II, México: Roca; pero la hemos sometido a una revisión sistemática a partir del original alemán de la MEW. Las cartas de Marx en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores y la contestación del embajador americano, Charles Francis Adams, a la primera carta de Marx, son traducción propia a partir del original inglés. En toda la edición, las notas a pie de página en los textos de Lincoln y Marx son notas del traductor, por lo que no se dice explícitamente en cada caso.

Prólogo

Andrés de Francisco

El gran teatro de la política tiene una peculiar propiedad. Ella es que a menudo sus actores cambian de papel, de libreto y de escenario, y al final tanto las retóricas como las ideologías y las estrategias políticas resultan extraordinariamente fluidas y mudables. Abraham Lincoln recuerda uno de esos cambios de escena. Ya antes de la guerra civil americana, el Partido Demócrata fundado por Jefferson se ha olvidado de Jefferson y de aquel principio constitucional según el cual «todos los hombres somos creados iguales».[1] Bien al contrario, en menos de 50 años se ha convertido en el partido de la esclavitud, el partido que prioritariamente defiende los intereses de una exigua oligarquía de propietarios de esclavos y, por lo tanto, promueve su política imperialista de anexión de tierras. Mutatis mutandis, es el Partido Republicano —el heredero de los whigs, de los federalistas liderados por Hamilton y poco amigos de la igualdad democrática— el que retoma aquel principio jeffersoniano y ondea la bandera abolicionista. Los actores han intercambiado sus papeles en el teatro de la política estadounidense de mediados del siglo XIX. A su vez, Marx, el revolucionario del 48, el crítico radical del liberalismo y hasta de los derechos humanos como derechos burgueses, no tiene dudas y está con Lincoln, con el ejército nordista, pese a su industria capitalista, sus bancos y sus sociedades mercantiles. Toma partido desde el comienzo, cuando Europa, también la izquierda europea, tiene dudas sobre si debe apoyar al sur, con su democracia de pequeños granjeros y asambleas participativas, y su principio de soberanía popular.

Marx no se deja engañar. Sabe que el principio de autodeterminación de los pueblos es bueno en abstracto, pero que hay que evaluarlo en concreto. Y esta vez, muy concretamente, ese

principio no sirve a los intereses de la libertad y la democracia, sino a los de una minoría de 300.000 propietarios de esclavos, que anhelan servirse del poder estatal para saciar su hambre de nuevas tierras en las que extender sus plantaciones y el sistema esclavista. Bueno, sirve mientras sirve, porque también es socavado cuando socavarlo conviene a los intereses de esos mismos propietarios de esclavos. Así ocurre, en efecto, con la sentencia Dred Scott (1857), que antepone el derecho de propiedad a las leyes estatales, expresiones del autogobierno popular, cuando estas son antiesclavistas. Pero cuando el principio de autogobierno —como en el decreto de Kansas–Nebraska de 1854— abre la puerta a la esclavitud, entonces es un principio incuestionable. El principio de autodeterminación de los pueblos —siempre incuestionable en abstracto— se ha concretado muchas veces en versiones execrables. A él apeló Carl Schmitt para justificar las leyes raciales de Nüremberg, en él se basó el militarismo nacionalista alemán de las dos guerras mundiales del siglo XX. Y, salvando las distancias, desde luego, subyace a lo que hoy en día se ha llamado con acierto el «separatismo de los prósperos».[2] En todos estos casos, la dirección a que apuntan estas concreciones es una dirección particularista, que separa y no une, que excluye y no integra, y que aspira a perpetuar privilegios, étnicos, raciales o simplemente económicos. Es una dirección que rompe con el gran proyecto ilustrado de razón y justicia universal. Stalin no era muy entusiasta de ese proyecto ilustrado y a los que, como Trotsky, defendían causas universales los llamaba despreciativamente «cosmopolitas sin raíces».[3]

En estos textos, como en otros muchos, tanto Lincoln como Marx convergen en un discurso y una estrategia cosmopolitas. Si la esclavitud es mala es porque los negros son seres humanos y comparten una misma humanidad con el resto de seres humanos, sean del color que sean, pertenezcan a un sexo o a otro. En cuanto que seres humanos, negros y blancos, tienen derechos. Y entre ellos, el derecho fundamental a no ser oprimidos. La libertad de la opresión hace humano al ser humano. Por lo tanto, la condición de esclavo es contradictoria con la de humanidad; la esclavitud —dicho de otra forma— animaliza al hombre. Marx, obviamente, va más lejos en esa dirección cosmopolita, pues considera que la abolición de la esclavitud es la antesala de la abolición del trabajo

asalariado, el cual, en la tradición europea de la crítica de la economía política, Marx entiende como trabajo esclavo disfrazado de trabajo libre. Marx aspira a la emancipación del mundo del trabajo —digo «mundo» para recalcar su dimensión universal—; de hecho, rescata del baúl filosófico de su juventud el término Emanzipation, que había quedado apartado de su léxico revolucionario, y con esa bandera entiende que la causa del norte es la causa de la humanidad, porque es la causa de la libertad. Por eso para él la guerra de secesión americana no es una guerra cualquiera sino un punto de inflexión en la historia de la humanidad como tal. Y como los ejércitos de Lincoln vencen, Marx no reprime estas palabras: «La razón triunfa, pese a todo, en la historia universal».[4]

La convergencia cosmopolita con Lincoln se facilita por las comunes convicciones republicano–democráticas de ambos. Lincoln, en efecto, recuerda en su conmemoración de Jefferson, que el Partido Republicano antepone los derechos del hombre a los derechos de la propiedad. Ningún hombre puede ser propiedad de otro, ningún derecho de propiedad debe concluir en un derecho de opresión. Porque eso es despotismo. No solo la propiedad no da derecho a oprimir a otro hombre; tampoco la voluntad lo da, por más popular y democrática que sea dicha voluntad. En verdad, el meollo filosófico–moral de la guerra civil americana queda perfectamente encerrado en un triángulo cuyos vértices son el derecho humano y personal a la libertad de la opresión, el derecho de propiedad individual y el derecho al autogobierno democrático. Lincoln, claramente, ciñe los dos últimos a la primacía del primero, y hace de la abolición de la esclavitud una cuestión de derecho natural. Marx acompaña en ese tramo a Lincoln, y sigue por su cuenta en una dirección revolucionaria o democrático–radical. Es la vía que une la abolición de la esclavitud con la emancipación del trabajo asalariado, y hace del derecho a la libre existencia de todos un derecho fundamental que ningún otro derecho, individual o colectivo, puede comprometer.

En uno de esos clichés decantados por la inercia académica, tan exenta de fibra intelectual, se nos repite aquello de que Max Weber habría complementado a un Marx demasiado materialista,

rescatando a las ideas, la cultura o la religión como factores explicativos del cambio social, como motores de la historia. Aquí vemos a un Marx —lo vemos en muchos otros lugares— que hace añicos ese cliché, el cual por lo demás simplifica y deforma tanto a Weber como a Marx. La guerra de secesión es una guerra moral, guiada por principios morales. Eso no quiere decir que las partes no tengan otros intereses. Que sea una guerra moral, no quiere decir que la libren ángeles y querubines. Lincoln quiere la Unión antes que la abolición de la esclavitud, y defiende la libertad del trabajo o la política arancelaria favorable a los industriales del norte; los secesionistas del sur quieren mantener su modus vivendi y sus privilegios. Hay intereses materiales y simbólicos implicados. Naturalmente. Pero la guerra de secesión es una guerra moral porque la cuestión de la esclavitud está en su núcleo. Esta —dice Marx— es una guerra «esencialmente de principios».[5] Por eso, tiene alma.[6]

Ahora bien, la revolución que inició de la mano de la abolición de la esclavitud —la emancipación del mundo del trabajo— es una revolución inacabada. Siglo y medio después de la guerra civil americana, la concentración oligárquica de la riqueza es mayor que nunca, y la plutocracia internacional gobierna un mundo en que los derechos humanos, civiles y sociales, lejos de anteponerse a los sacrosantos derechos de propiedad, son crecientemente vulnerados, cercenados o pisoteados por ellos. El proyecto emancipatorio de un mundo armonioso de ciudadanos libres e iguales parece hoy día en quiebra o muy alejado del presente. Pero es el proyecto que —con todas sus diferencias— compartieron Lincoln y Marx.

■

[1] Véase A. Lincoln (1859), «Carta a Henry L. Pierce y otros», en esta edición.

[2] Tony Judt (2005), Posguerra, Madrid: Taurus, p. 1008.

[3] Robert Service (2005), Stalin: a Biography, Londres: Macmillan, p. 576.

[4] Véase K. Marx (1862), «Comentarios sobre los acontecimientos

norteamericanos», en esta edición.

[5] Véase Karl Marx (1862), «Asuntos americanos», en esta edición.

[6] Véase Karl Marx (1862), «Crítica de los asuntos americanos», en esta edición.

Introducción

Karl Marx y Abraham Lincoln: Una curiosa convergencia

[7]

Robin Blackburn

(Universidad de Essex)

■

[7] Este artículo está basado en una conferencia para el bicentenario del nacimiento de Lincoln impartida como parte de una serie organizada por el Departamento de Historia de Illinois en Urbana–Champaign en 0ctubre de 2009. Quisiera agradecer a David Levine y sus colegas su invitación así como sus múltiples y útiles comentarios (aunque naturalmente quedan absueltos de toda responsabilidad por los juicios o errores particulares). Traducción de Andrés de Francisco.

Karl Marx y Abraham Lincoln mantuvieron actitudes diametralmente opuestas respecto de lo que entonces se llamaba la «cuestión social». Lincoln representó felizmente a las corporaciones ferroviarias en calidad de abogado. Como político, era un paladín del trabajo asalariado libre y de la revolución mercantil. Karl Marx, por el contrario, era un enemigo declarado del capitalismo, e insistía en que el trabajo asalariado era en realidad esclavitud asalariada ya que el trabajador se veía forzado por la necesidad económica a vender su distintivo atributo humano —su fuerza de trabajo— si no quería ver a su familia afrontar rápidamente el hambre y la falta de techo.

Huelga decir que la crítica de Marx al capitalismo no niega que tenga rasgos progresivos, y la defensa de Lincoln del mundo empresarial no se extendía a los negocios cuyos beneficios se derivaban directamente de la posesión de esclavos. Ambos situaban un concepto de trabajo no recompensado en el centro de su filosofía política, y ambos rechazaban la esclavitud en razón de que era intensivamente explotadora. Lincoln creyó su deber defender la Unión, la cual consideraba como un experimento providencial en el terreno de la democracia representativa que había que defender por cualesquiera medios al alcance. Marx concebía la república democrática como la forma política que permitiría a la clase obrera desarrollar su capacidad de liderar a la sociedad en su conjunto, y ello pese a que veía muchas limitaciones en las instituciones políticas de los Estados Unidos. Con su «corrupción» y sus «farsas» dieron un barniz popular al gobierno de los ricos, con privilegios especiales para los propietarios de esclavos. Lincoln creía que la Constitución de los Estados Unidos tenía recursos sobrados para enjaular y contener al «poder esclavista», hasta que llegara el momento en que fuera posible finiquitarlo.

En este texto quisiera analizar por qué dos hombres que pertenecían a mundos tan diferentes y tenían perspectivas contrarias, coincidieron no obstante en un tema de importancia histórica e incluso hicieron que esos mundos tuvieran mutuamente un contacto fugaz. Me propongo escudriñar las opciones y las oportunidades que la Guerra Civil ofreció a Marx y a los partidarios de la Internacional tanto en Europa como en los Estados Unidos. La Guerra Civil y su

inmediata secuela tuvo mayor impacto en Marx de lo que a menudo se piensa; y asimismo las ideas de Marx y Engels tuvieron mayor impacto en los Estados Unidos, un país célebre por su impermeabilidad al socialismo, de lo que normalmente se admite.

Es desde luego harto sabido que Karl Marx era un partidario entusiasta de la Unión en la Guerra Civil americana y que, en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores, redactó un mensaje de apoyo a Abraham Lincoln con ocasión de la reelección de este en 1864 y que el embajador de los Estados Unidos en Londres transmitió una respuesta cortés aunque muy breve de parte del presidente.[8] Pero los antecedentes y las implicaciones de este intercambio apenas se han tomado en consideración.

Hacia finales de 1864 los liberales y los radicales europeos empezaron a apoyar al norte, pero Marx lo había hecho desde el principio. Para empezar, la causa del sur atraía de forma clara a liberales y radicales, en parte porque muchos de ellos desconfiaban de los Estados fuertes y defendían el derecho de las naciones pequeñas a la autodeterminación. El propio Lincoln insistía en 1861 en que el norte luchaba por defender la Unión, no por liberar a los esclavos. Muchos liberales europeos estaban impresionados por el hecho de que las secesiones las habían llevado a cabo asambleas razonablemente democráticas. Hay que reconocer que los esclavos del sur no contaban en absoluto, pero entonces muy pocos negros en los Estados leales tenían voto alguno, y muchos seguían siendo esclavos. También había corrientes minoritarias en el movimiento obrero y socialista europeo que preferían el agrarismo sureño a la sociedad comercial del norte.

Si la Guerra Civil no era sobre la defensa de la esclavitud, entonces el puro argumento unionista carecía de fuerza. La opinión progresista en Europa no se alteró lo más mínimo cuando Bélgica se separó de Los Países Bajos en 1830 o, más tarde, en 1905, cuando Noruega se escindió de Suecia. Si los Países Bajos o Suecia hubieran recurrido a la guerra para defender esas uniones habrían sido condenados por doquier. El propio Marx denunció la dominación británica de Irlanda contra los deseos de su pueblo.

En diciembre de 1860, Horacio Greeley, el editor radical del New York Tribune, un periódico en el que Marx colaboraba con

frecuencia, declaró que la secesión estaba mal pero que no debería resistirse por medios militares. Abolicionistas veteranos tales como Frederick Douglas, Wendell Phillips y William Lloyd Garrison aceptaban la secesión porque creían que debilitaría el funesto poder que la esclavitud tenía sobre el Estado federal. Para muchos fuera de Norteamérica, la actitud hacia la guerra dependía ampliamente de si se la consideraba un conflicto en el que estaba en juego principalmente la esclavitud. Algunos miembros del gobierno británico se inclinaban a reconocer a la Confederación y, de haberlo hecho, habría supuesto un gran espaldarazo para el sur. Pero a partir de 1807, cuando Gran Bretaña hubo abolido su comercio atlántico de esclavos, el gobierno británico hizo de la supresión del tráfico esclavista un punto central de la Pax Britannica. Cuando Lord Palmerston, como ministro de exteriores o como primer ministro, negociaba un tratado de libre comercio con un Estado atlántico lo acompañaba invariablemente con un convenio de prohibición del comercio de esclavos. Si se hiciera patente que la Confederación en realidad luchaba simplemente por defender la esclavitud sería extraordinariamente difícil que el gobierno de Londres la reconociera.

Marx como crítico de las explicaciones económicas de la guerra

Desde el principio, Marx desdeñó profundamente a los que apoyaban lo que él entendía era básicamente una revuelta de propietarios de esclavos. Insistió en que era bastante erróneo decir, como algunos decían, que se trataba de una disputa sobre política económica. Resumiendo lo que consideró era la obstinada visión adoptada por influyentes voces británicas, escribió:[9]

La guerra entre el norte y el sur [dicen] no es más que una simple guerra de aranceles, una guerra entre un sistema proteccionista y otro librecambista, en la que Inglaterra se pone, naturalmente, del lado de la libertad comercial... Le estaba reservado al Times hacer este brillante descubrimiento, aplicándose el Economist [de

Londres] a desarrollar el tema en detalle. ¡Ciertamente [sostenían], todo sería muy distinto si esta guerra se librase por la abolición de la esclavitud!, pero [afirman]... esta guerra nada tiene que ver con la cuestión de la esclavitud.[10]

Entonces, como ahora, The Economist era una publicación quintaesencialmente liberal.

Marx optó sin vacilaciones por el norte, pero ello no significaba que no fuera consciente de sus graves defectos como bandera del trabajo libre. Atacó abiertamente la timidez de sus generales y la venalidad de muchos de sus servidores públicos. No obstante, vio la Guerra Civil como un punto de inflexión decisivo en la historia del siglo XIX. Una victoria del norte sentaría las bases para la emancipación de los esclavos y supondría un gran paso adelante para la causa de los trabajadores a ambos lados del atlántico. El apoyo al norte era una cuestión vital, a su entender, y resultó primordial en sus esfuerzos por construir la Asociación Internacional de Trabajadores.

La opción política de Marx surgió de un temprano análisis de las raíces de la guerra, que se negaba a definir en los términos inicialmente adoptados por los propios contendientes. La conocida convicción de Marx según la cual la política echa raíces en relaciones sociales antagónicas lo llevó a centrarse en las propiedades estructurales de las dos secciones, y en el surgimiento a partir de ahí de intereses y formas de vida social contradictorios. Marx y Engels estaban bastante bien informados sobre la evolución de los acontecimientos norteamericanos. Muchos de sus amigos y camaradas habían emigrado a los Estados Unidos en los años de reacción que siguieron al fracaso de las revoluciones democráticas europeas en 1848. Con pocas excepciones, esos émigrés fueron al norte, especialmente al noroeste, no al sur. Marx y Engels mantuvieron una intensa correspondencia con los émigrés, leían sus periódicos y escribían para ellos.

Ambos eran bien conscientes de la posición privilegiada de los propietarios de esclavos en la estructura del Estado norteamericano, pero pensaban que estaba amenazado por el crecimiento del norte y el noroeste. La elección de Lincoln era una amenaza para el

dominio sureño de las instituciones centrales de la república, tal cual se manifestaba en los fallos del Tribunal Supremo, en los alineamientos del Congreso, en la legislación sobre esclavos fugitivos y en los decretos represivos. En julio de 1861 Marx escribía a Engels: «He llegado a la conclusión de que el conflicto entre el sur y el norte —este no ha hecho más que retroceder en los últimos 50 años, haciendo una concesión tras otra— por fin ha llegado a un punto crítico… debido al peso que el extraordinario desarrollo de los Estados del noroeste ha puesto en la balanza. La población allí, con su rica mezcla de alemanes e ingleses recién llegados y, más aún, compuesta en su mayoría de granjeros que trabajan para sí mismos, no se dejaba por supuesto intimidar tan fácilmente como el caballero de Wall Street y los cuáqueros de Boston».[11]

Habría sido deseable ver esto expresado de una forma algo más delicada y elogiosa —los cuáqueros mostraron un gran coraje en su resistencia a los propietarios de esclavos— pero es bastante cierto que muchos de los alemanes e ingleses que buscaron refugio en los Estados Unidos después de 1848 trajeron consigo un radicalismo secular que cambió y fortaleció la causa antiesclavista en los Estados Unidos ampliando su base de apoyo. Antes de considerar la naturaleza de lo que podríamos llamar el correctivo alemán, será útil que nos detengamos en la evolución del análisis de Marx.

La premisa clara del argumento de Marx es que el norte se estaba expandiendo a mayor velocidad que el sur, como de hecho así era. Pero Marx sostiene que es el sur el que está urgido por la necesidad de expandirse territorialmente. La expansión territorial del norte y el noroeste, como muy bien sabía Marx, era el reflejo del trascendental proceso de industrialización capitalista. El sur podía hablar del «Rey Algodón», pero la verdad era que el crecimiento sureño en absoluto tenía una base tan amplia como el del norte. Las exportaciones de algodón crecieron, pero poco más.

En opinión de Marx, el sur tenía tres motivos para la expansión. En primer lugar, su agricultura era extensiva así que los colonos andaban permanentemente en busca de nueva tierra. En segundo lugar, los Estados esclavistas necesitaban mantener su poder de veto en el Senado, y para este fin necesitaban acuñar nuevos Estados

esclavistas al mismo ritmo en que eran reconocidos los nuevos Estados «libres». En tercer lugar, la numerosa clase de inquietos jóvenes blancos impacientes por hacer fortuna persuadió a los líderes de la sociedad sureña de que debían encontrarles una salida externa si no querían que terminaran causando problemas en casa. [12]

Por sí mismo, el argumento de que había escasez de tierra en el sur tiene una validez limitada. La construcción de más líneas férreas podría haber puesto más tierras en cultivo. Alternativamente, los colonos podrían haber hecho un mejor uso de los fertilizantes, como hicieron los plantadores en Cuba. Si había escasez, era una escasez de esclavos, en relación al auge de la economía de plantación de algodón de la década de 1850.

Combinado con el punto tercero —la masa de impacientes filibusteros— el argumento de la escasez cobra más fuerza. No había una escasez absoluta de tierra y esclavos, pero era lo único que los colonos podían ofrecer a sus hijos. Los blancos del sur tenían grandes familias y había excedente de «hijos jóvenes» que querían abrirse camino en el mundo. En la década de 1850 estos jóvenes —con lo que Marx llamó sus «turbulentas nostalgias»— se habían visto atraídos al «filibusterismo» —expediciones dirigidas a Cuba y Nicaragua— al igual que otros aventureros parecidos habían buscado gloria y fortuna en Texas y México. Sus padres no siempre aprobaban sus métodos oportunistas pero sí veían el atractivo de adquirir nuevas tierras.

Sin duda, el argumento más contundente de Marx era el que se refería a factores políticos: «Para mantener su influencia en el Senado y, a través del Senado, su hegemonía sobre los Estados Unidos, el sur ha menester de crear incesantemente nuevos Estados esclavistas. Ahora bien, esto solo es posible conquistando países extranjeros —por ejemplo Texas— o transformando los territorios pertenecientes a los Estados Unidos, primero en territorios de esclavos, y luego en Estados esclavistas»[13] Marx concluía: «Como se ve, todo el movimiento reposaba —y todavía reposa— sobre el problema de los esclavos. Es cierto que no se trata directamente de emancipar —o no— a los esclavos en el seno de los Estados esclavistas existentes; se trata, antes bien, de saber si veinte

millones de hombres libres del norte van a dejarse dominar más tiempo por una oligarquía de trescientos mil propietarios de esclavos».[14]

Como ciencia social y como periodismo esto podría resultar impresionante, pero no le permitía a Marx sacar la conclusión política que buscaba. La subordinación política de los norteños no era el equivalente de la esclavitud e incluso podría verse aliviada con la secesión del sur. Marx además insistía en que era una locura imaginar que los propietarios de esclavos quedarían satisfechos con el reconocimiento norteño de la confederación. Antes bien, eso abriría la puerta a un sur agresivo que pugnaría por incorporar los Estados fronterizos y asegurar la hegemonía esclavista en toda Norteamérica. Recordaba a sus lectores que fue bajo el liderazgo del sur como la Unión había intentado introducir «la propaganda armada de la esclavitud en México, América Central y el sur.»[15] La anexión de la Cuba española, con su floreciente sistema esclavista, siempre había sido un objetivo sureño.

Lo que Marx pensaba y sostenía verdaderamente era que dos sistemas sociales se enfrentaban mutuamente, el sistema de esclavos y el sistema del trabajo libre: «La lucha ha estallado porque los dos sistemas no pueden coexistir en paz por más tiempo sobre el continente norteamericano. Esa lucha solo puede terminar con la victoria de uno o del otro.»[16] En esta lucha mortal el norte, por muy moderadas que fueran sus inclinaciones iniciales, al final, se vería empujado a tomar medidas revolucionarias.

Marx creía que el modelo de Estado pretendido por los propietarios de esclavos del sur era muy diferente de la república a la que aspiraban los norteños. No desgranó todas sus razones, pero sobre esto estaba esencialmente en lo cierto. Los propietarios de esclavos del sur querían ver un Estado federal que preservara la propiedad esclavista, que devolviera a los esclavos fugitivos e impidiera sus fugas, tal como se establecía en la Ley de Esclavos Fugitivos de 1850, que permitiera a los sureños acceder a una porción equitativa de los territorios federales. Los colonos estaban felices con el modesto tamaño y las escasas competencias del Estado federal de Estados Unidos antes de la guerra, pues ello suponía impuestos reducidos y poca o ninguna interferencia en su «peculiar

institución». No querían ni aranceles altos ni mejoras internas onerosas. Ahora bien, esta visión restringida del Estado venía acompañada de disposiciones que afectaban a las vidas de los ciudadanos de los Estados del norte incluso en aspectos íntimos. La Ley de Esclavos Fugitivos de 1850 exigía que todos los ciudadanos cooperaran con las autoridades federales para aprehender a los huidos. En la opinión del sur, los propietarios de esclavos deberían tener la libertad de llevar esclavos a los territorios federales, algo que los emigrantes de los Estados del norte veían como una intrusión injusta y desagradable, ya fueran antiesclavistas o simplemente anti–negros. Los sureños también querían la censura del correo federal, negando su uso para la literatura abolicionista. Apoyaban una política exterior que promoviera futuras adquisiciones aptas para el desarrollo de las plantaciones. Lo que no querían era un Estado con el poder de intervenir en los especiales arreglos internos de los propios Estados esclavistas. Para ellos un presidente republicano, con el poder de nombrar a miles de funcionarios federales en los Estados del sur y con ninguna intención de suprimir a los abolicionistas radicales, suponía un gran peligro.

En su calidad de Whig crecido en Kentucky y el sur de Illinois, Lincoln estaba bastante familiarizado con las tensiones de las tierras fronterizas entre el sur y el norte. Él y su esposa tenían parientes cercanos que poseían esclavos, y uno de ellos —un tío de su esposa — poseía cuarenta y ocho. Lincoln estaba dispuesto a reconocer los derechos legales y constitucionales de los propietarios de esclavos, pero a la vez rechazaba el repertorio de ilegalidades en el comportamiento de los propietarios de esclavos y sus aliados del norte. En su primer gran discurso, pronunciado en 1838 en el Liceo de la Juventud de Springfield, denunció los linchamientos de negros y el asesinato de un editor abolicionista. Estos sucesos violaban el imperio de la ley que debería ser la «religión política» de todo ciudadano.[17] También insistió en que sería perfectamente constitucional que el Congreso prohibiera la esclavitud en el distrito federal de Washington. Lincoln creía que deberían encontrarse los medios para la emancipación gradual de los esclavos, con compensación a sus propietarios y ayudando a los otrora esclavos a establecerse en África. Algunos propietarios de esclavos, Henry Clay notablemente, un hombre al que Lincoln admiraba enormemente,

abogaban por lo que se conocía como la «colonización» de los afro–americanos, tratándolos como extranjeros en la tierra en la que la mayoría de ellos había nacido. El apoyo de Lincoln a la colonización lo separaba de las principales corrientes del abolicionismo, pero su compromiso con la integridad del Estado federal, su temprana desaprobación de la ilegalidad de los defensores de la esclavitud, y su rechazo de la demanda de trato especial por parte de los propietarios de esclavos, eran todos temas señalados que, de una forma más desarrollada, serían asumidos por el Partido Republicano en la década de 1850. A diferencia de los radicales, no fulminaba al «poder esclavista», pero sí alimentaba un nuevo ideal más exigente de nación y de república. Mientras que el sentimiento nacional estadounidense anterior a la guerra difería del de los propietarios de esclavos, los republicanos patrocinaban una nueva visión de la nación que desafiaba la creciente inclinación al excepcionalismo del sur.

Marx no comparó directamente las pretensiones de norte y sur como nacionalismos en competencia. En lugar de ello, cuestionó que el sur fuera una nación. Escribió: «"El sur", sin embargo, no es ni un territorio geográficamente bien diferenciado del norte ni una unidad moral. No es un país en absoluto, sino una divisa de combate».[18] Estando mucho más cerca de la situación que Marx, muchos compartían el mismo juicio en los años anteriores a 1861, pero pronto tuvieron que reconocer que la Confederación de hecho adquirió rápidamente muchos de los símbolos ideológicos de una nación completa con una pretendida «unidad moral» basada en la exaltación de la raza y los valores de una sociedad esclavista, y en la convicción de que los sureños blancos eran los verdaderos americanos. Sus valores eran una extraña mezcla de patriotismo y paternalismo tradicionales y —solo para los blancos— de libertarismo. Cientos de miles de sureños blancos que no poseían esclavos, sin embargo pelearon y murieron por la rebelión en el convencimiento de que la Confederación era la encarnación de sus privilegios raciales y de su civilización rural. Los rebeldes luchaban por una causa que representaba una forma de vida. Dentro de la Unión, la mayoría de los propietarios de esclavos defendían una tributación mínima y amplios derechos «estatales». La masa de blancos sureños sin esclavos no solo tenía el voto sino que además disfrutaba de la «libertad de la pradera», es decir, que podían

pastorear a sus animales y cazar en las vastas extensiones de tierra pública y de tierra privada inculta. Estos privilegios les permitían vivir, como ellos decían, «a lo grande», cazando jabalíes y entreteniéndose con otros juegos. Engels le hizo ver a Marx que el movimiento secesionista tenía respaldo popular en gran parte del sur.[19] Por supuesto, los negros estaban excluidos del proceso político, pero también lo estaban en la mayor parte del norte.

El nacionalismo sureño en sí mismo respondía a, y estimulaba, el nacionalismo unionista o yanqui. Las nuevas prensas a vapor vertieron un torrente de periódicos, revistas y novelas, que evocaban imaginarias comunidades rivales.[20] El capitalismo impreso se hizo aún más dinámico gracias a las comunicaciones por cable y por vía férrea. Mientras que La Cabaña del Tío Tom de Harriet Beecher Stowe provocó las lágrimas del lector del norte, a los sureños les pareció un grotesco libelo. La comunidad imaginaria del norte no podía acoger al propietario de esclavos, no digamos ya al tratante de esclavos. La del sur caía presa del miedo y la indignación ante el abolicionista y el editor radical de periódicos, con sus calumnias contra el honor sureño y su apoyo abierto a las fugas y la resistencia de los esclavos. El que ambos imaginarios nacionales incompatibles desempeñaran un papel en el desencadenamiento del conflicto en absoluto resta importancia a la discrepancia de fondo entre dos formaciones sociales que dieron origen a tales imaginarios.

Que la Guerra Civil fue un «conflicto irreprimible», que sus raíces están en los dos diferentes regímenes laborales de las dos secciones, y que cristalizó en imágenes opuestas de la buena sociedad, no son proposiciones novedosas. Han sido muchos los que han sostenido versiones parecidas, entre ellos, historiadores tan notables como David Potter, Don Fehrenbacker, Eric Foner, Eugene Genovese y John Ashworth.[21] Los marxistas que han estudiado los orígenes de la Guerra Civil norteamericana han tendido a considerar, como el propio Marx, que el conflicto no remitía a intereses económicos rivales sino a los presupuestos políticos e ideológicos más amplios del orden social de las dos secciones. De hecho, los fabricantes y comerciantes de Europa y del norte no tenían ningún reparo en hacer negocios con los plantadores del sur. El enfrentamiento nacía más bien del evidente antagonismo de clase entre los propietarios

de esclavos y los trabajadores libres o independientes. Los ideólogos del sur consideraban que los trabajadores asalariados del norte padecían una humillante dependencia, en comparación con la «libertad de la pradera» y el reconocimiento de que disfrutaban los blancos del sur. La «ideología del trabajo libre» de los antiesclavistas y republicanos del norte, por el contrario, hacía hincapié en que el laborioso trabajador del norte tenía la perspectiva de convertirse en un artesano, un pequeño empresario, un profesional o un granjero. La disponibilidad de tierra para asentamiento en los territorios federales era parte de esa promesa. La disponibilidad de una buena educación pública también ayudaba a dotar de realidad a la perspectiva de movilidad social y desarrollo artesanal. Los valores sureños tales como el valor marcial, el patriotismo y el honor se enfrentaban a los ideales norteños de desarrollo e industria, porque las relaciones sociales que los producían demandaban estructuras políticas diferentes para mantenerse y reproducirse.

La idea de que los nacionalismos rivales desempeñaron su papel surge por extensión de esas concepciones, pero Daniel Crofts señala la dificultad de precisar el momento exacto de su nacimiento:

Resulta tentador proyectar sobre los meses prebélicos los apasionados nacionalismos que surgieron a mediados de abril [1861]. Hacerlo no sería un completo error, pero invitaría a la distorsión. Los irreconciliablemente antagonistas norte y sur descritos por historiadores como Foner y Genovese eran mucho más fáciles de detectar después del 15 de abril. Entonces, y solo entonces, pudieron los norteños empezar a pensar en términos de un conflicto instado en nombre de «los intereses generales del auto–gobierno» y las esperanzas de la humanidad y los intereses de la libertad entre todos los pueblos por los siglos de los siglos.[22]

Pero los términos citados en esta interpretación conceden demasiado a la retórica unionista. El objetivo bélico de la Unión era con toda sencillez la preservación de la Unión, no «los intereses del auto–gobierno», una idea a la que también se adhería la

Confederación. Ambos nacionalismos rivales tenían un carácter marcadamente expansivo, siendo el unionista continental en esta fase mientras que la Confederación ansiaba nuevos territorios esclavistas hacia el sur (sobre todo Cuba) y hacia el oeste. El conflicto era pues un conflicto entre imperios rivales y no solo entre nacionalismos en competencia.

El sentimiento nacional no hace buena la opresión. Lincoln había enunciado principios que tenían una relación directa con el derecho a la auto–determinación del sur cuando declaraba lo siguiente:

La doctrina del autogobierno es correcta —absoluta y eternamente correcta—, pero no tiene una aplicación justa como aquí se pretende. O tal vez debería decir que la justa aplicación depende de si un negro es o no es un hombre. Si no es un hombre, en ese caso, el que lo sea puede, en virtud del autogobierno, obrar con él como le plazca. Pero si el negro es un hombre, ¿no es en tal sentido una destrucción del autogobierno decir que tampoco él se gobernará a sí mismo? Cuando el hombre blanco se gobierna a sí mismo, tenemos el autogobierno, pero, cuando se gobierna a sí mismo y también gobierna a otro hombre, eso es algo más que autogobierno, eso es despotismo. Si el negro es un hombre, ¿por qué me enseña entonces mi antigua fe que «todos los hombres han sido creados iguales» y que no puede haber derecho moral alguno en relación con que un hombre esclavice a otro?[23]

Lincoln había pronunciado esas palabras en 1854 a propósito de la disputa sobre el derecho de las comunidades en los territorios federales a establecerse como nuevos Estados. Por muy atractivo y convincente que pudiera parecer el argumento de Lincoln, solo podía esgrimirse a favor de la resistencia norteña a la secesión si el propio norte había repudiado la esclavitud. Pero Lincoln y la mayoría de los republicanos toleraban la supervivencia de la esclavitud en al Unión, y solo se oponían a su extensión en los territorios federales. Una vez elegido, la principal preocupación de Lincoln fue cortejar a los Estados esclavistas fronterizos y asegurarse de que el menor número posible de ellos apoyara la

rebelión. Su éxito en esto se convirtió en la causa principal de la cautela que mostró en sus movimientos en contra de la esclavitud. Reformar la constitución para ilegalizar la esclavitud requeriría en cualquier caso el apoyo de amplias mayorías cualificadas en el Congreso y en los Estados. Dado que los esclavos del sur tenían más valor que todas las máquinas, fábricas, muelles, ferrocarriles y granjas del norte juntas no había ninguna posibilidad de ofrecer una compensación. Lincoln observó en su Discurso Inaugural que la única diferencia fundamental entre las dos secciones se refería a la expansión de la esclavitud.

Muchos historiadores estadounidenses tratan de una manera fatalista la decisión norteña de ir a la guerra, haciéndose eco de la última frase del propio Lincoln. «Y estalló la guerra».[24] La causa unionista —el nacionalismo estadounidense o americano— se da simplemente por supuesta como un valor absoluto que no necesita justificación alguna. Sin embargo, Sean Wilentz se muestra más audaz siguiendo el ejemplo del Primer Discurso Inaugural:

Por encima y aparte de la cuestión de la esclavitud, Lincoln defendió resueltamente determinados ideales básicos de libertad y auto–gobierno democrático, para reivindicar los cuales afirmaba haber sido elegido. Según decía, había una única «disputa sustancial» en la crisis seccional: «Una sección de nuestro país cree que la esclavitud es justa y debe extenderse, mientras que la otra cree que es mala y no debe extenderse.»[25]No podía haber dudas sobre dónde estaba Lincoln, y dónde estaría su administración, sobre esa cuestión moral fundamental.[26]

Pero la fórmula de Lincoln era deliberadamente débil. Si la esclavitud era realmente una atrocidad moral entonces debería haber dicho que la esclavitud era «mala y debía ser abolida». Y por si pudiera haber dudas sobre la posición de Lincoln, es un simple hecho que muchos de sus contemporáneos, especialmente los radicales y los abolicionistas, en realidad dudaban de él y de su administración.

Si el nuevo presidente no podía pronunciarse más claramente en contra de la esclavitud entonces difícilmente podía pretender que el tema dominante en la guerra fuera suprimir la rebelión. Lincoln prefería que la causa de la Unión —y su juramento del cargo así lo indicaba—, fuera una resistencia a la rebelión que estuviera ampliamente justificada y fuera plenamente autosuficiente. Por eso, antes de ordenar la acción militar, esperó hasta que una instalación federal hubo sido atacada, para subrayar que la secesión era una rebelión.

Lincoln combatía el filibusterismo de los aventureros sureños pero se había comprometido con la consolidación. Se había opuesto a la guerra mexicana, pero en 1848 había apoyado abiertamente la campaña presidencial del General Zahary Taylor, propietario de esclavos y vencedor de los mexicanos. William Seward, que al poco tiempo sería secretario de Estado con Lincoln, apuntaba claramente otra poderosa consideración, a saber: el daño que la secesión haría a la proyección global del poder estadounidense. Hablando en el Senado en enero de 1861, declaraba:

El barco de guerra americano es un noble espectáculo. Lo he visto entrar en un puerto del mediterráneo. Todo el mundo quedaba maravillado y todos hablaban sobre él. Salvas de artillería procedentes de los fuertes y los barcos en puerto saludaban a su bandera. Príncipes y princesas y comerciantes le rendían homenaje, y todos lo bendecían como heraldo de esperanza de su propia y definitiva libertad… Ahora imagino que el mismo noble navío entra en el mismo puerto. La bandera de treinta y tres estrellas y trece rayas ha quedado arriada, y en su lugar se iza una señal que exhibe el emblema de una estrella solitaria o un árbol de palmito. Los hombres preguntan, «¿Quién es la extraña que así roba en nuestras aguas?» La despectiva respuesta es: «Viene de una de las oscuras repúblicas de Norteamérica. Dejémosla pasar».[27]

La secesión de un número limitado de Estados rurales, desde esta óptica, no disminuiría simplemente el poder de Estados Unidos, o entregaría el control del Mississippi, sino que supondría el fin del

«imperio de la libertad». Seward estaba hablando en el Senado y dirigía sus observaciones tanto a los sureños moderados, a los que podría disuadir de unirse al movimiento secesionista, como a los norteños. Si se hubiera alcanzado un compromiso, y se hubiera salvaguardado algún tipo de unión nominal, podemos estar bien seguros de que habría sido sellado con la expansión territorial, con toda probabilidad con la anexión de Cuba.

El presidente confederado, Jefferson Davis, también intentó restar importancia a la defensa de la esclavitud como motivo del conflicto y en su lugar insistió en la amenaza que el norte suponía para los derechos de los Estados y en las afrentas hechas al honor del sur. Hacía hincapié en la continuidad entre los ideales de la revolución americana y su supuesta encarnación de última hora en la Confederación. La constitución confederada estaba modelada siguiendo de cerca a la de 1787. El vicepresidente de Davis, Alexander Stephens, no era tan cuidadoso y la naturaleza misma del conflicto no dejaba de poner de relieve su dependencia de la esclavitud. Las exigencias de la guerra obligaron a la Confederación a gravar y requisar la riqueza de sus ciudadanos —y a hacer caso omiso de los derechos de los Estados— en proporciones masivas.

Por supuesto, los disidentes del norte decían que Lincoln y los republicanos pisoteaban las libertades republicanas, pero esto se hacía en nombre de un nacionalismo unionista que muchos demócratas y otros tantos republicanos suscribían. Según avanzaba el conflicto, la relevancia de la esclavitud en la sociedad sureña cobró una importancia decisiva, creando diversos problemas a la Confederación y tornándose en objetivo de la estrategia unionista. El muy tardío intento de la Confederación de liberar a unos pocos cientos de esclavos y alistarlos en una milicia de color llegó demasiado tarde como para tener algún impacto, y además descansaba en un acuerdo racial. Pero implícitamente reconocía que el sur había construido sobre frágiles cimientos.

Los germano-americanos

Volvamos a las fuentes del conflicto y a la naturaleza de la amenaza republicana. La crisis de la Guerra Civil fue por supuesto precipitada por el crecimiento del Partido Republicano y la elección de un presidente republicano. Lincoln podría hacer un montón de nombramientos, incluidos muchos en los propios Estados sureños. Podría vetar la legislación y dar órdenes al aparato ejecutivo. Además, la sociedad civil del norte se había hecho tolerante a la escalada de provocaciones que iba desde La Cabaña del Tío Tom hasta el ataque de John Brown a Harper's Ferry. Si bien los líderes sureños abominaban del abolicionismo religioso, tenían aún más miedo al crecimiento de una política republicana secular que pudiera ganarse a las mayorías del norte y utilizarlas después para dominar al Estado.

Esto nos lleva a la contribución, tantas veces descuidada, de los germano–americanos. El estudio de Bruce Levine, The Spirit of 1848, muestra el impacto transformador que tuvo la enorme inmigración alemana de alrededor de mediados del XIX.[28] En esta época, la inmigración estaba alcanzando nuevas cotas y los alemanes comprendían entre un tercio y un medio de todos los recién llegados. Solo en el año 1853 llegó más de un cuarto de millón de inmigrantes alemanes. Los germano–americanos pronto se naturalizaron y significaron un importante caladero de votos para quien supiera cómo cortejarlos. Al principio la retórica democrática tuvo alguna influencia pero, para mediados de la década de 1850, muchos germano–americanos se sintieron atraídos por los republicanos, y ellos mismos contribuyeron a la amplia difusión del republicanismo y el antiesclavismo.

El protestantismo evangélico influyó profundamente en el abolicionismo de los Estados Unidos. El repudio evangélico de la esclavitud era muy bien recibido, pero a la postre una asociación tan estrecha terminó por limitar el alcance del antiesclavismo. Los evangélicos identificaban el antiesclavismo con la templanza y el protestantismo, y esto disminuyó el atractivo del antiesclavismo a los ojos de muchos católicos y de no pocos librepensadores. Ya en los años treinta, William Lloyd Garrison y William Channing intentaron basar la crítica antiesclavista en variedades más racionalistas del cristianismo protestante. Los inmigrantes ingleses también se inclinaban por el antiesclavismo.[29] Pero la

inmigración alemana a gran escala fortaleció enormemente la cultura secular del antiesclavismo. Con sus cervecerías y jardines de cerveza, sus conciertos musicales y sus Turnverein [clubes deportivos], los radicales alemanes proporcionaron una fuerte corriente secular de antiesclavismo, e incluso los protestantes alemanes tenían inquietudes que les diferenciaban de los metodistas y baptistas norteamericanos.

La causa de la templanza era crucial para los evangélicos, pero no tenía ningún encanto para los inmigrantes alemanes y nórdicos. Los germano–americanos más radicales defendían los derechos de las mujeres y el sufragio femenino, con Mathilda Anneke publicando un periódico de mujeres en lengua alemana. Margarete Schurz tuvo influencia en la introducción de guarderías públicas. A veces los seguidores germano–americanos de Marx son retratados como tolerantes a los prejuicios de los varones sindicalistas blancos, pero esto es injusto. Cuando Joseph Weydemeyer, viejo amigo y camarada de Marx, ayudó a fundar la Liga Americana de Trabajadores [Amerikanische Arbeitersbund] en 1853, su declaración de principios fundacional establecía que «pueden hacerse miembros todos los trabajadores que viven en los Estados Unidos sin distinción de ocupación, lengua, color o sexo».[30] Hoy una fórmula así suena enteramente convencional, pero en 1853 tenía mucha frescura. De hecho, puede que esta sea la primera ocasión en que la adoptó una organización de trabajadores. Los revolucionarios germano–americanos no inventaron por sí solos esta posición, pero sí hicieron suya inmediatamente la crítica de la exclusión racial y de género promovida inicialmente por los abolicionistas radicales.

La masa de germano–americanos era naturalmente hostil al chovinismo nativista de los Know Nothings. El Partido Republicano solo emergió como fuerza dominante en el norte en la década de 1850 cuando venció a los Know Nothings (o Partido Americano), y cuando repudió su propia tentación nativista. Aunque algunos líderes republicanos coquetearon con el prejuicio nativista, el partido en sí atacó —incluso demonizó— al «poder esclavista», y no a los inmigrantes. La presencia de cientos de miles de votantes germano–americanos ayudó a asegurar esta orientación.

Conforme se desarrollaba la Guerra Civil, los germano–americanos, y sus amigos de ultramar, siguieron proporcionando un apoyo vital a la causa del norte. Al final, 200.000 alemanes combatieron por la Unión, de los cuales 36.000 lo hicieron en unidades de habla alemana. Carl Schurz llegó a general de división, y más tarde a senador. Fritz Sigel y Alexander Schimmelfennig llegaron a generales. El amigo y colaborador de Marx, Joseph Weydemeyer, fue coronel, y sirvió como oficial del Estado Mayor en San Luis para Frémont. Otros dos miembros de la Liga Comunista que también llegaron a oficiales unionistas eran August Willich y Fritz Anneke. La verdad es que la correspondencia de Marx y Engels está repleta de referencias a los progresos de estos amigos y conocidos.

Los recursos militares representados por el amplio alistamiento germano–americano eran muy significativos, pero lo mismo podría decirse de los contingentes de irlandeses americanos que llegaron a ser igual de grandes. Los germano–americanos eran muy receptivos a la idea antiesclavista, y esto habría de dar un nuevo sentido a la naturaleza de la guerra y a la forma en que debía lucharse. Al revisar una reciente colección de cientos de cartas escritas por los voluntarios germano–americanos, Kenneth Barkin escribe: «la principal razón para ir de voluntario [en el ejército de la Unión] era acabar con la esclavitud».[31] Esta nueva investigación confirma en buena medida la argumentación de Levine en The Spirit of 1848.

La estrategia y la política de la Guerra Civil

Los veteranos de 1848 se veían a sí mismos como revolucionarios sociales, pero también como exponentes de una idea y un movimiento nacional. Al margen de su ambivalencia —que era considerable—, eran conscientes de las lecciones de la época napoleónica y de la renovación del nacionalismo que había provocado en Alemania. Una de las expresiones más sorprendentes de este movimiento habían sido las doctrinas de Carl von Clausewitz —la idea de que la guerra era la continuación de la política por otros medios, la atención prestada a los factores morales y la insistencia en la prioridad de destruir el grueso del

ejército enemigo en vez de capturar territorio o las ciudades capitales. El magnum opus de Clausewitz, De la Guerra, se había publicado en 1832 y sus ideas eran moneda corriente entre los veteranos de 1848.

Al principio, la estrategia militar unionista ignoró los imperativos de Clausewitz, y en su lugar prefirieron la doctrina más estática de Antoine Jomini, un teórico militar suizo.[32]

Lincoln había hecho todo lo que estaba en su mano por promover la alianza más amplia posible en defensa de la Unión, acomodando a los moderados y haciendo concesiones a los propietarios de esclavos en los Estados fronterizos. Pero para el verano de 1862, la falta de progreso, las numerosas bajas y la cautelosa y defensiva dirección de la guerra inspiraban crecientes críticas y una mayor disposición a escuchar a los abolicionistas y a los republicanos radicales, que abogaban por una estrategia más audaz tanto militar como políticamente.

Cuanto más aprendía Marx sobre el abolicionismo militante, más impresionado estaba. En un artículo para Die Presse del 9 de agosto de 1862, Marx escribió sobre la creciente atención prestada en el norte a los oradores abolicionistas y, en particular, a Wendell Phillips, quien «durante treinta años…, sin desfallecer y con riesgo de su vida, ha proclamado la emancipación de los esclavos como divisa de combate»[33] Parafrasea por extenso un discurso de Phillips «de la máxima importancia» en el que el veterano abolicionista recusa la política conservadora y cobarde de Lincoln:

El gobierno [de Lincoln] lucha por mantener la esclavitud; he aquí por qué su combate es estéril Si continuamos conduciendo así la guerra sin principio director, no haremos sino malgastar en vano la sangre y el oro. Como una escoba, espera honestamente a que la nación la coja en su mano, a fin de barrer la esclavitud... Disolved esta Unión en nombre del Señor y reemplazadla por una nueva sobre cuyo frontispicio escribáis: «Libertad política para todos los hombres de la tierra.» Esperemos que la guerra dure lo bastante como para transformarnos en hombres, y entonces venceremos rápidamente. Dios ha puesto en nuestras manos el rayo de la

emancipación para aplastar esta rebelión.[34]

Marx y Engels habían insistido desde el principio en la lógica antiesclavista de la guerra, pero los primeros dieciocho meses del conflicto pusieron a prueba esa convicción. Engels estaba particularmente consternado ante la pasividad y la actitud defensiva de los comandantes de la Unión y, más allá de lo que él llamaba «la dejadez y la torpeza» que cundieron por todo el norte, ante la falta de celo popular por la república que contrastaba con la audacia y la energía de los rebeldes. El 7 de agosto, instó a su amigo a no dejarse influenciar excesivamente por el «aspecto militar» de las cosas. La Proclama Provisional de Emancipación de Lincoln se publicó en septiembre de 1862 y su entrada en vigor en enero de 1863 comenzó a inyectar un ingrediente nuevo y vital.

El 29 de octubre, tras el anuncio de la Proclama Provisional, Marx se vio poderosamente reafirmado. Escribió:

La furia con que los sudistas han recibido los decretos [de emancipación] de Lincoln es prueba de su importancia. Todos los decretos de Lincoln parecen el pliego de puntillosas condiciones que un abogado pone al abogado rival. Pero esto no altera su contenido histórico. De hecho, me divierte compararlos con los ropajes en los que el francés envuelve hasta el punto más insignificante.[35]

A partir de entonces Marx y Engels tuvieron una creciente confianza en Lincoln, aun cuando seguían quejándose de la calidad del liderazgo militar de la Unión y de la necesidad de una profunda remodelación de las instituciones de gobierno de la república. La Proclama de enero de 1863 fue más lejos que la Proclama Provisional del septiembre anterior.

La opción de Lincoln por la política de emancipación no era en absoluto una conclusión inevitable. La defendían los abolicionistas y los radicales, pero se oponían a ella abiertamente los Estados

fronterizos leales y muchos demócratas. Lincoln creía que mantener la más amplia coalición unionista era algo esencial para la vitoria. Hacía tiempo que los demócratas y los republicanos moderados esperaban persuadir a la Confederación para llegar a un acuerdo y, con este fin, se opusieron a las medidas que irrevocablemente alienarían al sur. Aunque los abolicionistas y los republicanos radicales arremetieron contra la estudiada moderación de Lincoln, fueron las acciones de unos cuantos miles de rebeldes esclavos fuera del sistema político las que ayudaron a los radicales a ganar finalmente el debate en Washington.[36] En julio de 1862 el Congreso había preparado el terreno para la Proclama de Emancipación mediante la aprobación de la Segunda Ley de Confiscación, que permitía liberar a los esclavos propiedad de los rebeldes, y mediante una nueva Ley de la Milicia, que eliminaba la estipulación, vigente desde 1792, según la cual solo podían alistarse los hombres blancos.

La llegada de esclavos fugitivos a los campamentos de la Unión que rodeaban a la Confederación hizo que fuera imposible ignorar la esclavitud y su papel en el conflicto. Algunos comandantes de la Unión intentaron devolver los esclavos fugitivos a sus amos. Otros consideraron que esto era una respuesta perversa y poco práctica. El general Benjamin Butler fue el comandante de más alto rango de la Unión que decidió que estos fugitivos no debían ser devueltos y que en cambio debían ser bienvenidos y puestos a trabajar como auxiliares. El término legal «contrabando» pronto fue adoptado para explicar y justificar esta práctica, aunque el término torpemente daba a entender que los (ex)esclavos eran propiedad rebelde confiscada.[37] La negativa inicial de Lincoln a tolerar esta práctica provocó la agitación abolicionista. No obstante, el creciente número de «contrabandos» ejerció su propia y poderosa presión en favor de una política de emancipación.

La política de emancipación respetaba la propiedad esclava de los propietarios de esclavos en los Estados fronterizos leales, en Tennessee, y en otros tantos distritos ya ocupados por las fuerzas de la Unión. En total, había alrededor de 800.000 esclavos que quedaron en la esclavitud mientras que unos 3,1 millones serían liberados conforme a la Proclama, mientras prevaleciera el ejército de la Unión. La Proclama se formuló como un ejercicio de los

poderes de guerra del presidente. Justificaba el alistamiento de «contrabandos» como trabajadores civiles, e incluía una cláusula que permitía su alistamiento en unidades de combate. Los soldados de color fueron organizados en unidades especiales, al mando de oficiales blancos, y con pagas menores. Finalmente, la sed de mano de obra de una guerra enormemente destructiva llevó al alistamiento de 180.000 afro–americanos en el ejército de la Unión y 20.000 en la marina (para el final del conflicto, algo más de un centenar de afro–americanos habían sido nombrados como oficiales de las unidades de color).

La política de emancipación exacerbó notablemente los problemas de la Confederación, pues a esta le resultó cada vez más difícil mantener trabajando a los esclavos para proveer a los ejércitos del sur. La política de emancipación también ayudó en Europa. Los movimientos obrero y socialista en ciernes no estaban completamente unidos, pero las corrientes más dinámicas y representativas ahora se unieron para oponerse a la Confederación. Marx y Engels se apoyaron en esta tendencia para desarrollar la Asociación Internacional de Trabajadores.

Lincoln quedó consternado cuando el general Meade no tuvo la garra suficiente como para aprovechar el revés infligido a los rebeldes en Gettysburg y acabar con ellos. En su lugar, Meade lanzó una proclama diciendo que el país «pide al ejército mayores esfuerzos para eliminar de nuestra tierra todo vestigio del invasor». Lincoln quedó horrorizado al descubrir que tenía otro general completamente incapaz de entender el principio nacionalista de que «todo el país es nuestro suelo».[38]

Pero más allá de la importancia de defender todo el territorio de la Unión originaria estaba la idea de que el norte defendía una nueva Unión que correspondería más estrechamente al Estado–nación tan apreciado por muchos nacionalistas decimonónicos.[39] En su famoso discurso de Gettysburg, Lincoln destacaba el «nuevo nacimiento de la libertad» que debe informar e inspirar la lucha militar. ¿Venía este renacimiento definido por la emancipación de los esclavos, o era simplemente una reivindicación del nacionalismo unionista y los «principios de autogobierno» americanos? Ambas interpretaciones estaban disponibles. El renacimiento del espíritu

nacional era algo que muchos inmigrantes y también muchos nativos eran capaces de entender, porque venían de tierras donde la revolución nacional estaba aún sin consumar, tales como Alemania e Irlanda. (Los fenianos irlandeses apoyaban firmemente al norte y ayudaron a organizar numerosas unidades.) Y, como nacionalistas revolucionarios y democráticos, tenían poca inclinación a dejarse obnubilar por formas políticas dadas, tales como la Constitución de los Estados Unidos. Fue la milicia germano–americana en San Luis la que impidió que el gobernador de Missouri entregara el Estado y su gigantesco arsenal en manos de los confederados.

Los nacionalismos europeos, con sus etnicidades y religiones dominantes, tenían sus propios problemas a la hora de reconciliar conceptos rivales y reconocer a las minorías. Los republicanos habían rehuido el crudo nativismo pero sin abrazar la llamada radical abolicionista a la innovación radical. Las fórmulas ofrecidas por Lincoln en Gettysburg no conferían la ciudadanía a los libertos (ni a los indios americanos), aunque los inmigrantes protestantes del norte de Europa encajaban de alguna manera. Dorothy Ross insiste en que Gettysburg representa un paso atrás desde el universalismo de la Declaración de Independencia: «Lincoln transforma una verdad abierta a todo hombre en cuanto hombre en algo que comparte en virtud de su pertenencia a la nación… Lincoln resolvió el conflicto moral que se le presentó entre principios y supervivencia nacional vinculando los derechos humanos a la lealtad nacional, pero los derechos humanos se convirtieron en el socio subordinado».[40]

Los líderes del norte sufrieron una significativa oposición. La pesada carga de la guerra sobre la vida y la incapacidad del norte para infligir derrotas decisivas a las fuerzas confederadas hicieron que los demócratas «víbora»[41] anhelaran las conversaciones de paz. La conscripción provocó violentos disturbios en Nueva York y en otros centros urbanos, con ataques a los negros como supuestos causantes del conflicto. Pero incluso los abolicionistas de Nueva Inglaterra con impecables credenciales patrióticas podían dudar de que la guerra fuera el mejor modo de imponer la superior civilización de su sección. Como abolicionista reconocido y joven oficial que había vivido varios combates terribles y sangrientos, Oliver Wendell Holmes Jr. —futuro presidente del Tribunal

Supremo— escribió a su ortodoxo padre republicano: «Si es verdad que nosotros representamos la civilización, cuya naturaleza es, como la esclavitud, difusa y agresiva, y si la civilización y el progreso son mejores, podemos asegurarlo, por lo que conquistan a largo plazo, y tendrán mejores opciones en su propia provincia —la paz— que en la guerra, hermana de la esclavitud; entonces ahora la civilización es padre, hijo y sustentadora de la esclavitud todo a la vez».[42] A lo que Holmes se refiere aquí como civilización y progreso son fuerzas que Marx habría visto como capitalismo o como el predominio de las relaciones sociales burguesas. Los sentimientos expresados apuntan al pacifismo más que al anti–imperialismo. La idea es que, de un modo u otro, el norte va a prevalecer, así que, ¿por qué no hacerlo de una manera más amable y gentil? Que el futuro fuera propiedad del norte es algo que se desprendía de la extraordinaria locomotora de su economía capitalista. El propio Marx probablemente habría aceptado que el norte prevalecería de todos modos, pero habría añadido que los 300.000 propietarios de esclavos no iban a renunciar a su propiedad humana sin pelear.

La carta de Holmes fue escrita en diciembre de 1862 en un momento en que las consecuencias y la naturaleza de la política de emancipación todavía no estaban claras. Sin abandonar todas sus dudas, Holmes adquirió un mayor compromiso con la guerra en los dos siguientes años. Según Louis Menand, el entusiasmo por el abolicionismo y la causa de la Unión se vieron impulsados por la bravura de los soldados negros en el asalto al Fuerte Wagner, la repulsión de los ataques raciales en Nueva York y, finalmente, por la creciente efectividad de la maquinaria de guerra del norte; todo lo cual hizo que pareciera que, por fin, todo el derramamiento de sangre había servido para algo después de todo.[43]

La adopción de la propia política de emancipación creó una nueva agenda abolicionista. Planteó la cuestión del estatus cívico de los liberados de la esclavitud. Lincoln había declarado repetidas veces que los esclavos eran parte de la humanidad y que era una blasfemia menospreciarlo o negarlo, como a su entender hacían Stephen Douglas y otros líderes democráticos. Pero la vehemencia con que Lincoln afirmaba la igual humanidad de los otrora esclavos no significaba que fueran ya sencillamente americanos o que

tuvieran derecho, una vez emancipados de la esclavitud, a una ciudadanía plena. Él creía que seguían siendo de algún modo extranjeros o extraños, a los que debería invitarse a abandonar Norteamérica y encontrar una tierra propia en África o el Caribe. [44]

En un discurso en Charleston del 18 de septiembre de 1858 —parte de su famoso duelo dialéctico con Stephen Douglas— Lincoln había insistido: «No estoy, y nunca he estado, a favor de convertir a los negros en votantes o jurados, ni de autorizarlos a ocupar cargos ni a casarse con la gente blanca»[45] Esta no era una visión a la ligera del negro y sus derechos, pero lo cierto es que cambió en el trascurso de la guerra y a medida que se fueron presentando los desafíos de la «reconstrucción».

La carta de la Internacional al presidente Lincoln

Llegados a este punto, podemos considerar el breve y mediado intercambio entre Marx y el presidente de los Estados Unidos. Los dos hombres sentían aversión a la retórica verbosa y a las manifestaciones convencionales de piedad, y no obstante ambos descubrieron un potencial emancipador en una sangrienta Guerra Civil a menudo tan sórdida. Lincoln era de natural taciturno: sus discursos más importantes eran obras maestras de concisión. Cuando se trataba de justificar la emancipación de los esclavos, Lincoln seguía atado a consideraciones políticas y constitucionales, a la necesidad de mantener la lealtad de los Estados fronterizos, y adoptaba solo aquellas acciones que se ajustaran a sus poderes de guerra como presidente. Así que ni la Proclama de Emancipación ni el discurso de Gettysburg confiesan un objetivo abolicionista, aun cuando ambos tuvieran un mensaje antiesclavista implícito para los que estuvieran dispuestos a oírlo.

La estrategia de Lincoln a partir de la Proclama de Emancipación iba encaminada no solo a mantener y fortalecer la coalición unionista, sino también a ganarse a la opinión pública en todo el mundo atlántico y atajar la inclinación de los gobiernos de París y

Londres a reconocer a la Confederación, o a ofrecer, como luego hicieron, mediación. Las apelaciones cuidadosamente construidas de Lincoln al abolicionismo eran una parte vital de esta estrategia. Dado que la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) comprendía a varios sindicatos británicos y franceses, evidentemente parecía que merecía la pena concederle cierto reconocimiento diplomático. El Consejo General de la AIT pidió a Karl Marx que redactara un mensaje de felicitación a Lincoln con ocasión de su reelección. El lema republicano, «Trabajo libre, Suelo libre, Hombres libres» se ideó para recusar el «poder esclavista» y, aunque vagamente, para ofrecer derechos, tierra y reconocimiento al trabajador. Esto no era anticapitalismo, pero sí era, en la terminología de Marx, un paso en la dirección de la república democrática y social.

Marx descubrió que escribir la carta de la Internacional a Lincoln era más difícil de lo que había pensado en un primer momento: se quejaba a Engels de que escribir un texto semejante «era mucho más difícil [de redactar] que un trabajo sustantivo» pues temía que «la fraseología a que obliga este tipo de garabateo no se distinguiera siquiera de la fraseología democrática vulgar».[46] No obstante, se permitió el siguiente párrafo, tan rimbombante como complejo: «Cuando una oligarquía de 300.000 propietarios de esclavos osa inscribir, por primera vez en los anales del mundo, la palabra —esclavitud— en la bandera de la rebelión armada; cuando en el lugar mismo en que, un siglo antes, la idea de una gran república democrática nació al mismo tiempo que la primera declaración de los derechos humanos, que juntas dieron el primer impulso a la revolución europea del siglo XVIII… Entonces las clases obreras de Europa comprendieron enseguida, antes incluso de que la adhesión fanática de las clases superiores a la causa de los confederados las hubiera prevenido, que la rebelión de los esclavistas era el toque a rebato para una cruzada general de la propiedad contra el trabajo». La carta también avisaba de que, mientras la república estuviera «mancillada por la esclavitud», mientras el negro fuera «dominado y vendido sin su consentimiento», y mientras «el mayor privilegio del trabajador de piel blanca era venderse a sí mismo y elegir su propio amo», serían «incapaces de alcanzar la verdadera libertad del trabajo».[47]

La repetida invocación a la causa del trabajo en la carta da así su propio giro radical al argumento del trabajo libre característico de Lincoln y otros republicanos. La carta observaba: «Los obreros de Europa están convencidos de que si la guerra de Independencia americana ha inaugurado la nueva época de expansión de las clases medias, la guerra antiesclavista americana ha inaugurado la nueva época del ascenso de las clases trabajadoras. Consideran como un símbolo de la nueva era que la suerte haya designado a Abraham Lincoln, el enérgico y valeroso hijo de la clase trabajadora, para conducir a su país en la lucha sin igual para la emancipación de una raza encadenada y para la reconstrucción de un mundo social.»[48]

El embajador de EE.UU en Inglaterra, Charles Francis Adams, respondió a la carta en nombre del presidente un mes después, diciendo lo siguiente: «Se me ha ordenado que le informe de que la carta del Consejo Central de vuestra asociación, que fue debidamente transmitida a través de esta legación al Presidente de los Estados Unidos, ha sido por él recibida. En cuanto que los sentimientos en ella expresados son personales, los acepta con un sincero deseo, no exento de inquietud, de que sea capaz de demostrar estar a la altura de la confianza que han depositado recientemente en él sus conciudadanos». Continuaba declarando que «los Estados Unidos consideran su causa en el presente conflicto con los insurgentes defensores de la esclavitud como la causa de la naturaleza humana, y les anima a seguir perseverando el testimonio de los trabajadores de Europa»[49] Así, tanto la carta como la réplica se refieren al trabajo con el mayor respeto y ambas integran los derechos del trabajo, respectivamente, en los «derechos del hombre» y «la causa de la naturaleza humana»

Douglas y Marx sobre la evolución de Lincoln

En el momento del Segundo Discurso Inaugural en marzo de 1865, Lincoln estaba menos condicionado que en anteriores ocasiones y colocó a la esclavitud en el puesto central del conflicto de un modo que previamente había evitado. Dio rienda suelta a su idea del profundo mal que su nación había causado permitiendo el

sometimiento humano extremo. Declaró que cada parte del conflicto aún inacabado había buscado «un triunfo más fácil», pero no había sido capaz de lograr «un resultado menos fundamental y terrible». Vio la carnicería de la guerra quizá como un castigo de Dios por las «ofensas» de la nación, y concluía que él solo podía esperar y rezar por que «este poderoso azote de la guerra» terminara cuanto antes. Y añadía: «Sin embargo, si Dios desea que continúe hasta que toda la riqueza acumulada durante doscientos cincuenta años de trabajo no remunerado del esclavo se hunda, y hasta que cada gota de sangre derramada por el látigo sea pagada con otra derramada por la espada, habrá que decir lo que se dijo hace tres mil años: «Los mandatos del Señor son rectos.»

Este pasaje pone ciertamente a la esclavitud en el centro, y sorprendentemente la inmortaliza como un enorme sistema de explotación del trabajo. Pero el Segundo Discurso Inaugural no mencionaba a los soldados negros ni perfilaba idea alguna respecto del futuro destino de los esclavos emancipados. En los meses precedentes, los miembros radicales del Congreso instaban a que se concediera el voto a los libertos como parte de la reconstrucción de los Estados rebeldes. Lincoln se había opuesto a esto en público. En una carta dirigida al gobernador de Lousiana en el momento en que ese Estado estaba estableciendo las cualificaciones del sufragio, observaba gentilmente: «Me permito sugerir para su consideración privada si no sería oportuno incluir a algunas gentes de color, como por ejemplo a los muy inteligentes, y especialmente a aquellos que han luchado valientemente en nuestras filas.»[50] En este intento de engatusar al gobernador de Lousiana sin duda era aconsejable un tono moderado y conceder el voto a los soldados negros establecería ya un bloque considerable de votantes negros. Si Lincoln hubiera vivido parece bastante posible que, conforme se desarrollara la situación, también habría cambiado sus opiniones en este tema. James Oakes ha señalado que en su último año de vida, Lincoln se desvió de su camino para buscar a Frederick Douglas. Dado el racismo que impregnaba tanto al norte como al sur, que Lincoln quisiera solicitar las opiniones del veterano abolicionista negro y que lo tratara como un igual fue un progreso significativo. Cuando se detuvo a Douglass en la puerta de la recepción celebrada tras el Segundo Discurso Inaugural, Lincoln salió a recibirlo públicamente y dejar así claro a todo el mundo lo muy bien recibido que era en la

Casa Blanca el líder abolicionista negro.[51]

En el último año de la guerra, Lincoln renunció a su prolongada adhesión a la idea de la «colonización», la política que animaba a las personas liberadas a abandonar los Estados Unidos y buscar una nueva vida en África. Descubrió que la colonización era rechazada por prácticamente toda la comunidad afro–americana. En los años 1863–1864 tuvo mucho más contacto con los afro–americanos que en años anteriores, llegando a entrevistarse con líderes de iglesias negros y abolicionistas, y también con refugiados individuales. Elizabeth Kekley, una mujer de color que era costurera de su mujer y confidente suya, era miembro del Comité de Ayuda al Contrabando de Washington. Así como los «contrabandos» habían obligado a las autoridades de la Unión a definirse sobre la esclavitud, asimismo exponerse a la opinión negra sobre el tema ayudó a persuadir a Lincoln de que abandonase la «colonización». Los afro–americanos tenían muchas razones para rechazar la «colonización». Un punto que a menudo mencionaban puede que haya tenido especial interés para Lincoln, a saber, la idea del «trabajo no correspondido». Después de todo, el trabajo esclavo había construido la sede del gobierno en Washington D.C., y muchas de las fortunas tanto en el sur como en el norte.[52]

Frederick Douglass escribiría después: «Visto desde una genuina perspectiva abolicionista, el Sr. Lincoln resultaba lento, frío, insulso e indiferente, pero si lo medimos por el sentimiento de su país, un sentimiento que él estaba obligado a consultar como hombre de Estado, era ágil, entusiasta, radical y decidido.»[53] Este veredicto no se refiere solo a la raza, sino que podemos asumir que también incluye el término «sentimiento». El intento de Lincoln de aproximarse a Douglass en su último año de vida parece apuntar a que se despertó en él la conciencia de la necesidad de empoderar a los afro–americanos si realmente quería conquistarse la libertad.

El asesinato de Lincoln hizo que la Internacional enviara otra carta al nuevo presidente americano.[54] Esta carta concluía con la observación de que ahora se abría la puerta a una «nueva era de emancipación del trabajo». Marx y Engels no tardaron en alarmarse ante las actuaciones del sucesor de Lincoln. El 15 de julio de 1865 Engels escribía a su amigo, atacando a Johnson:

Su odio [de Johnson] a los negros sale cada vez con más violencia… Si las cosas siguen así, en seis meses todos los viejos villanos de la secesión estarán sentados en el Congreso en Washington. Sin el sufragio de color no hay nada que se pueda hacer allí.[55]

El Consejo General de la AIT envió una protesta al presidente Johnson en septiembre de 1865, instando a que no se negara el voto a los libertos. En abril de 1866 Marx escribía a Engels: «Acabada la Guerra Civil, es ahora cuando los Estados Unidos están entrando realmente en la fase revolucionaria.»[56]

Los dos hombres esperaban de la victoria de la Unión algo más que el fin de la esclavitud, por memorable que esto fuera. También esperaban que los productores defendieran nuevos derechos políticos y sociales. Si los libertos pasaban simplemente del trabajo esclavo al trabajo asalariado, si se les negaba el derecho a votar, o a organizarse, o a recibir una educación, entonces el término «emancipación» sería una pantomima. Algunos comandantes de la Unión ya estaban estableciendo a los libertos en tierras públicas o confiscadas. Sin embargo, esta perspectiva quedó comprometida cuando el nuevo hombre en la Casa Blanca, haciendo uso de sus poderes presidenciales, perdonó primero a cientos y luego a miles de antiguos líderes rebeldes. Estaba claro que, si eran perdonados, no tenía sentido confiscar sus tierras.

Al final resultó que la era de la reconstrucción efectivamente trajo consigo un impulso radical tanto en el sur como en el norte, con el partido radical intentando mantenerse al corriente de los acontecimientos adoptando las ideas de los abolicionistas radicales, negros y también blancos, y bajo la presión ejercida por una cambiante coalición de los sindicatos, los reformadores sociales, las convenciones afro–americanas, las feministas y, finalmente pero no menos importante, las secciones americanas de la AIT que se multiplicaban.

El conocimiento de que el presidente mártir había reconocido su

carta anterior, y el caluroso, por no decir efusivo, carácter del tributo de Marx al «hijo de la clase obrera» ayudó a hacer de la Internacional una institución bastante respetable y visible. La radicalización posterior a la Guerra Civil en Norteamérica puede compararse de algún modo con la experiencia británica de emancipación de los esclavos y de reforma política en la Inglaterra de la década de 1830. En ambos países el abolicionismo y la doctrina del «trabajo libre» parecieron por un momento consagrar el trabajo asalariado y su papel central en el orden capitalista, tan solo para dar origen a los movimientos populares —cartismo en Inglaterra, una ola de lucha de clases y radicalismo popular en los EE.UU.— que desafiaron el modelo existente del orden burgués. Mientras que la bandera del trabajo libre expresaba la hegemonía burguesa en un momento dado, forjó el medio de movilizarse contra ella en otro. En una de sus versiones, el ideal del trabajo libre alentaba la aspiración de los trabajadores a convertirse en pequeños productores independientes, con su propio taller o granja. De ahí el lema republicano «suelo libre, trabajo libre, hombres libres» y su incorporación en la Homestead Act de 1862.[57] Pero en los Estados Unidos de las décadas de 1860 y 1870, como en la Inglaterra de la década de 1840, había un número creciente de trabajadores asalariados que no querían convertirse en granjeros y lo que pretendían era la mejora colectiva de los derechos de los trabajadores. David Montgomery hace una muestra de más de 70 organizadores laborales de finales de la década de 1860 sobre los que hay información disponible y descubre que la mayoría de ellos son trabajadores asalariados de segunda generación, siendo aproximadamente la mitad de ellos inmigrantes británicos. Sus esfuerzos se centraron, no en adquirir tierra, sino en regular las condiciones de trabajo y en asegurar la representación política e industrial del obrero.[58] Por supuesto que muchos obreros aceptaron la oferta de tierra, pero muchos se dieron cuenta de que eso podía ser una trampa. Ya a mediados y finales de la década de 1860 el movimiento Grange de granjeros se quejaba del exorbitante precio del transporte por vía férrea y de la competencia asesina de los grandes productores.

David Fernbach señala que la Carta al Presidente Lincoln fue uno de los primeros actos públicos de la Internacional.[59] La réplica de Lincoln, publicada en The Times y en algún otro sitio, fue un golpe

de propaganda. Además, la campaña para radicalizar la resistencia a la secesión del sur —convertir la Guerra Civil en una revolución social— parece que causó un gran impacto en el pensamiento y el vocabulario de Marx. Los textos escritos por Marx para la Internacional, incluido su Manifiesto Inaugural, hacen un uso repetido del término «emancipación», una palabra que Marx utilizó en sus escritos tempranos pero que no figura en el Manifiesto Comunista, o en sus escritos de la década de 1850. El retorno de Marx al concepto también implicaba adoptar el uso que de él hacían los abolicionistas. Para la mayoría de los abolicionistas, el concepto de emancipación evocaba la idea de un emancipador, un agente externo que llevaba a cabo el proceso de liberación. Marx creía que la nueva clase obrera sería el agente de su propia liberación. Algunas veces tomó nota de la resistencia esclava y de la revuelta esclava, pero no estudió el ejemplo haitiano y tendió a creer que los esclavos necesitaban de una liberación externa. Dado que la gente de color era una minoría —aunque grande— en el sur de los EE.UU., lo más probable era que ocurriera lo mismo en Norteamérica. Pero la noción de emancipación también contiene dentro de sí la idea de que la persona o el grupo social a emancipar es autosuficiente, capaz de ejercer la libertad y sin necesidad de ser explotado por nadie. Marx siempre pensó que la moderna clase obrera industrial era la gran clase explotada que —dados los derechos sociales y políticos que había conquistado o conquistaría, y dado que era educada y organizada por el propio capitalismo— podría tomar su destino en sus propias manos. Aquí el agente era el «obrero colectivo», todos los que contribuían al trabajo social. Marx sostiene en el propio Manifiesto Inaugural de la AIT que «la emancipación de la clase obrera será tarea de la propia clase obrera»; en una palabra, será auto–emancipación. Marx entendió que el principal cometido de la Internacional era fomentar la organización de la clase obrera, y creía que la clase obrera pondría en marcha un proceso de aprendizaje que más tarde o más temprano la llevaría a ver la necesidad de hacerse con el poder político.[60] Puede que incluso esta modificación del concepto de emancipación haya tenido un pequeño e inconsciente eco en el Lincoln de Gettysburg, como cuando Marx elogia a la Comuna de París por encarnar la idea de «el pueblo actuando para y por sí mismo».[61]

Raya Dunyevskaya sostiene que la Guerra Civil de EE.UU. hizo que Marx profundizara y elaborara su análisis de la duración de la jornada de trabajo en Das Kapital, publicado en 1867.[62] El primer movimiento obrero en los Estados Unidos, así como en Inglaterra, demandó, y a veces conquistó, leyes que limitaban la duración de la jornada laboral. Algunos empleadores sostenían que esto sería ruinoso pues hacían todos sus beneficios en las dos últimas horas. Marx fue capaz de demostrar que los empleadores más eficientes podrían prosperar bajo dicha regulación. Las luchas en torno a esta cuestión habrían de desempeñar un papel mayor en la organización del trabajo en EE.UU. durante el período posbélico.[63] En 1867 se creó la Unión Nacional del Trabajo para extender la demanda de una jornada de ocho horas. En su primer congreso nacional, la NLU (National Labor Union) declaraba: «La Unión Nacional del Trabajo no sabe de norte o sur, de este u oeste, ni de color o sexo, en lo que atañe a los derechos del trabajador.»[64] En 1868 se presionó al Congreso para que promulgara la jornada de ocho horas para los empleados federales.

Marx distaba mucho de admirar el sistema político estadounidense, del que pensaba que seguía exhibiendo grados extremos de corrupción, demagogia y falsedad. Sin embargo, Marx y Engels dedicaron poca atención a los aspectos de la Constitución y su funcionamiento que la hacían tan vulnerable a los abusos. Por ejemplo, no tuvieron en cuenta las arbitrariedades del colegio electoral o la elección indirecta de los senadores. No obstante, el comportamiento de Lincoln durante la crisis de la Guerra Civil, a juicio de Marx, ilustraba puntos importantes. El reto de una `revuelta de los propietarios de esclavos» justificaba el recurso a la fuerza militar. Así Karl Kautsky y otros marxistas solían argumentar que cualquier gobierno obrero elegido en el seno de un régimen burgués democrático debía esperar encontrarse con el equivalente capitalista de una «revuelta de propietarios de esclavos» y debía prepararse para suprimirla por cualquier medio necesario. El ejemplo de la Comuna le recordó a Marx el término «dictadura del proletariado», un término que él no utilizó entre 1852 y 1871. Al igual que los romanos, Marx entendía la dictadura como algo diferente a la tiranía, en el sentido de que el dictador ejercía poderes extra–constitucionales durante un breve período de emergencia. A veces se retrataba a Lincoln como un dictador en este

sentido, como señala Hal Draper.[65]

Los años de la década de 1860 fueron, a un tiempo, los años de mayor actividad política de Marx y el período en que sus reflexiones teóricas alcanzaron toda su madurez. El trasfondo del poderoso conflicto en Norteamérica parece haberle ayudado a organizar y publicar algunos de sus mejores trabajos. Sus lectores estadounidenses debían de comprender un abanico extraordinario, desde socialistas alemanes a radicales yanquis, desde líderes obreros hasta feministas pioneras, desde sindicalistas a militares, Frederick Sorge y Col Weydemeyer, Lucy Parsons y Samuel Gompers, Victoria Woodhull y Eugene Debs, Richard Hinton y W.E.B. Dubois. Pese a sus muy diferentes conclusiones, estos lectores descubrieron en los escritos de Marx, ya fueran sobre la Comuna de París ya sobre el sistema capitalista, algo que les permitía entender la «revolución inacabada» de su país: su extraña mezcla de victorias y derrotas, de luchas por la liberación y capitalismo de bandidos de alto rango. La reconstrucción radical trajo consigo avances históricos tanto en el sur como en el norte, pero muchos de esos avances quedaron comprometidos o fueron revertidos en la década de 1870 tras una memorable lucha de clases.[66] El presente ensayo no pretende más que llamar la atención sobre la creativa y seductora naturaleza —todavía incompleta— de esta extraordinaria coyuntura.[67]

■

[8] Textos recogidos en este volumen

[9] Marx (1961).

[10] Cfr. en esta edición «La Guerra Civil Norteamericana».

[11] Marx (1985), p. 114.

[12] Marx (1961), pp. 57–70.

[13] Marx (1961), p. 68. Aquí me limito a explicar y evaluar brevemente el análisis de Marx de los orígenes de la Guerra Civil, si bien los textos que he citado rechazan con suficiente claridad el reduccionismo económico. El énfasis de Marx en la centralidad de

los temas económicos puede compararse con el que se encuentra en Moore (1966). Para una reciente interpretación que usa muchos conceptos de Marx, véase Ashworth (2007).

La cita es de «La Guerra Civil Norteamericana», en esta edición. (N. del T.)

[14] Marx (1961), p. 68.

[15] Marx (1961), p. 71.

[16] Marx y Engels (1984), p. 50. [La cita es de «La Guerra Civil en los Estados Unidos», en esta edición.]

[17] Foner (2010).

[18] Marx y Engels (1961), p. 72.

[«La Guerra civil en los Estados Unidos», en esta edición.]

[19] Engels (1961), p. 326.

[20] Anderson (1996).

[21] Potter (1976); Genovese (1967); Foner (1970); Ashworth (1995); Ashworth (2007).

[22] Crofts (2005), p. 197.

[23] Abraham Lincoln, «Discurso en Peoria» (Illinois), el 16 de octubre de 1854, en respuesta a la Ley Kansas–Nebraska. La cita de la Declaración de Independencia pone una nota patriótica, aunque algunos podrían sacar la conclusión de que el discurso también invalidaba la ruptura de 1776, dada la importancia de la esclavitud en diversas colonias esclavistas norteamericanas. Sin duda, Lincoln habría insistido en que la objeción no era válida para Jorge III y sus gobiernos, pues estaban profundamente implicados en la esclavitud, y en que al menos los Padres Fundadores estaban incómodos con la institución.

La cita es de la traducción de J. Alcoriza y A. Lastra para la edición de Abraham Lincoln (2005), El Discurso de Gettysburg y otros

escritos sobre la Unión, Madrid: Tecnos, p.94 (N. del T.)

[24] La frase «Y estalló la guerra», tomada del Segundo Discurso Inaugural de Lincoln, se ha utilizado en muchas valiosas interpretaciones, pero su negación implícita de la activa implicación del norte impide reconocer el surgimiento de un nuevo nacionalismo o señalar el déficit de legitimidad de la Unión en 1861-1862, y por consiguiente un factor vital que obligó al Presidente a remediarlo. Véase, por ejemplo, Stampp (1970); Crofts (2005); McPherson (2007), p. 17.

[25] «Primer Discurso Inaugural», recogido en esta edición. (N. del T.)

[26] Wilentz (2005), p. 783. Wilentz saca la siguiente conclusión a partir de estas observaciones: «la única forma justa y legítima de resolver la cuestión [i.e, la diferencia sobre la extensión de la esclavitud], insistía Lincoln…, era mediante una decisión democrática deliberada tomada por la ciudadanía.» (Wilentz (2005), p. 763). Louis Menand deja sugerida una réplica en la siguiente observación: «la Guerra Civil era una reivindicación, como Lincoln había esperado que fuera, del experimento americano. Excepto por una cosa, a saber que la gente que vive en sociedades democráticas no suele resolver sus desacuerdos matándose los unos a los otros» (Menand (2001), p. x).

[27] Citado en Bensel (1990), p. 18. Para un análisis de los planes expansionistas de Seward y de su fracaso ante los procesos de mayor alcance desatados por la Guerra Civil, véase LaFeber (1963), pp. 24–32.

[28] Levine (1992).

[29] La sobre–representación de inmigrantes británicos en las filas del activismo antiesclavista de la década de 1830 se pone de manifiesto en Richards (1978).

[30] Levine (1992), p. 125. En décadas posteriores algunos germano–americanos de hecho aminoraron los derechos de las mujeres cuando querían reclutar sindicalistas de origen irlandés, pero, aunque esto debe ser debidamente observado, en absoluto

caracteriza a todos los germano–americanos, fueran seguidores de Marx o no. Para un interesante estudio, que a veces vira hacia la caricatura, véase Messer–Kruse (1998). Este autor siente un justificable orgullo por la tradición radical americana nativa y hace algunas críticas correctas de algunas de las posiciones de los «marxistas» germano–americanos, pero está tan obsesionado con contraponer las dos culturas políticas étnicas que pierde de vista lo muy efectivamente que a menudo se combinaron, especialmente en los años 1850–70. Véase Buhle (1991) para una valoración más equilibrada.

[31] Barkin (2008), p. 71.

[32] Gallagher (1998).

[33] Marx y Engels (1884), pp. 233–4.

[34] Marx y Engels (1961), pp. 202–6.

[Cita de «Manifestaciones abolicionistas en América», en este volumen.]

[35] Marx y Engels (1961), p. 258.

[36] La resistencia esclava y el abolicionismo negro desempeñaron importantes papeles en la radicalización de muchos republicanos y soldados de la Unión, un desarrollo que Marx y Engels anticiparon pero sobre el que desde entonces no escribieron mucho. Los miles de fugitivos de 1861 alcanzaron la cifra de 400.000 hacia el final de la guerra, lo que equivale a algo más de la décima parte de la población de esclavos, mientras el resto trabajaban por satisfacer sus propias necesidades más que por su dueño. Véase Hahn (2009). La Proclama de Emancipación no intentó la imposible tarea de discriminar entre propietarios leales y rebeldes en el seno de la Confederación, y, en la práctica, las oficinas de la Unión a menudo aceptaban refugiados si necesitaban reclutas o trabajadores, aun cuando estos refugiados pudieran proceder de los Estados fronterizos.

[37] En el trascurso de la Guerra Civil americana se llamaba «contrabando negro» a los esclavos que, habiéndose escapado de sus

dueños, se refugiaban en los campos militares de la Unión. A pesar de las ordenanzas del gobierno de Washington, algunos generales de la Unión rehusaron durante los primeros meses de la guerra de Secesión entregar los negros a sus antiguos propietarios. Para justificarse, afirmaban que estos esclavos eran propiedad de rebeldes que utilizaban a sus esclavos en trabajos militares (cavar trincheras, por ejemplo), de suerte que se podía considerar a estos esclavos como «contrabando de guerra» y retenerlos. (N. del T.)

[38] McPhenon (2008), pp. 33.

[39] Para una interpretación que aborda seriamente el tema del nacionalismo unionista, véase Bensel (1990), pp. 18–47.

[40] Ross (2009), p. 346.

[41] «Copperhead–democrats»: apelativo con el que los republicanos llamaban a los demócratas del norte partidarios de un acuerdo inmediato de paz con los confederados y de poner fin a la guerra. El término «víbora» (copperhead) hace referencia al carácter venenoso que para los republicanos tenía este grupo. (N. del T.)

[42] Menand (2001), p. 45.

[43] Menand (2001), pp. 52–3

[44] La prolongada adhesión de Lincoln a la idea de la colonización está documentada en Foner (2008).

[45] Holzer, ed., (1993), p. 189. Este no fue un comentario improvisado, sino que forma parte de una cuidadosa introducción de su discurso.

[46] Marx y Engels (1961), p. 273.

[47] Marx y Engels (1961), pp. 260–1.

[«A Abraham Lincoln, Presidente de los estados Unidos de América», en esta edición.]

[48] Marx y Engels (1961), p. 281. [Ibid., en esta edición]. Pocas veces se toman en consideración los diferentes sentidos de la carta,

lo que resulta lamentable cuando se la interpreta de un modo tendencioso, como es el caso de Messer–Kruse (1998), pp. 54–6, quien presenta a un Marx lamentándose del «tedio» de tener que escribir algo de tan poca importancia como la carta, a lo cual habría consentido solo porque: «en opinión de Marx, la esclavitud tenía que ser destruida al objeto de permitir el desarrollo histórico de la clase obrera blanca.» (Messe–Kruse (1998), p. 54)

[49] Marx y Engels (1961), pp. 262–3.

[«Respuesta del embajador americano a la carta de la Asociación Internacional de Trabajadores», en esta edición.]

[50] Vincent (1976), p. 22.

[51] Oakes (2007).

[52] Para la prolongada adhesión de Lincoln a la colonización, véase Foner (2008). Sinha (2008) documenta la contribución afro–americana al cambio de mentalidad de Lincoln sobre el tema. Oakes (2008), argumenta que la referencia al «trabajo no correspondido» en el rechazo de Lincoln a la esclavitud se hizo más marcada a finales de la década de 1850 y en los años de la guerra.

[53] Citado en Fredrickson (2008), p. 126.

[54] En este texto Marx, que de nuevo fue el autor, no ahorra elogios para Lincoln como «un hombre que ni se dejaba intimidar por la adversidad ni intoxicar por el éxito, que inflexiblemente se concentraba en perseguir su gran meta, sin comprometerla jamás por la ciega prisa, madurando lentamente sus pasos, sin desandarlos jamás, indiferente al favor popular, descorazonado porque el pulso popular no se relajaba; que atemperaba actos duros con el brillo de un corazón amable, que iluminaba escenas oscurecidas por la pasión con la sonrisa del humor, que hacía su obra titánica humildemente y con sencillez mientras los gobernantes de origen divino hacen pequeñas cosas con la grandilocuencia de la pompa y el Estado. Tal fue en verdad la modestia de este grande y buen hombre, que el mundo no lo descubrió como héroe hasta que hubo caído como mártir.» (Marx y Engels (1961), p. 358).

[55] Marx y Engels (1961), pp. 276–7.

[56] Marx y Engels (1961), p. 277.

[57] El estudio clásico de la doctrina del trabajo libre es Foner (1970).

[58] Montgomery (1967).

[59] Fernbach (1974), p. 14.

[60] Como señala Carol Johnson, esto deja poco espacio para el reformismo a largo plazo. Véase Johnson (1980).

[61] Draper (1986), p. 273.

[62] Dunyevskaya (1971), pp. 81–91.

[63] Véase Blackburn (2010), pp. 153-76.

[64] Citado en Messer-Kruse (1998), p. 191.

[65] Draper (1986), p. 15.

[66] Véanse Foner (1988) y Hahn (2003), pp. 103-5.

[67] Véase Blackburn (2010) y también Burbank (1978). Para el papel de los afro-americanos en la contienda y posteriormente, véase Jack (2007), especialmente pp. 142-50. Véanse también Bruce (1959), Foner (1977) y Green (2006).

Referencias

Anderson, Benedict (1996), Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism, London: Verso.

Ashworth, John (1995), Slavery, Capitalism, and Politics in the Antebellum Republic, Volume 1: Commerce and Compromise, 1820–1850, Cambridge: Cambridge University Press.

— (2007), Slavery, Capitalism, and Politics in the Antebellum Republic, Volume 2: The Coming of the Civil War, 1850–1861, Cambridge: Cambridge University Press.

Barkin, Kenneth (2008), «Ordinary Germans, Slavery and the U.S. Civil War», The Journal of African American History, 93, 1: 70–79.

Bensel, Richard Franklin (1990), Yankee Leviathan: The Origins of Central State Authority in America, 1859–1877, Cambridge, MA.: Harvard University Press.

Blackburn, Robin (2010), «State of the Union», New Left Review, II, 61: 153–74.

Bruce, Robert (1959), 1877: Year of Violence, New York: Bobbs–Merrill Company.

Buhle, Paul (1991), Marxism in the United States: Remapping the History of the American Left, London: Verso.

Burbank, David (1978) [1966], Reign of the Rabble: The St Louis General Strike of 1877, New York: A.M. Kelley.

Crofts, Daniel (2005), «And the War Came», in A Companion to the Civil War and Reconstruction, edited by Lacy K. Ford, Oxford: Blackwell.

Draper, Hal (1986), Karl Marx's Theory of Revolution, Volume 3: The «Dictatorship of the Proletariat», New York: Monthly Review Press.

Dunayevskaya, Raya (1971) [1958], Marxism and Freedom: From 1776 Until Today, London: Pluto Press.

Engels, Friedrich (1961) [1861], «Engels to Marx», in Marx and Engels 1961.

Fernbach, David (1974), «Introduction», in Karl Marx: The First International and After, edited by David Fernbach, Harmondsworth: Penguin.

Foner, Eric (1970), Free Soil, Free Labor, Free Men: The Ideology of the Republican Party Before the Civil War, Oxford: Oxford University Press.

— (1988), Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863–1877, New York: Harper and Row.

— (2008), «Lincoln and Colonization», in Foner (ed.) 2008.

— (2010), The Fiery Trial: Abraham Lincoln and American Slavery, New York: W.W. Norton and Company.

— (ed.) (2008), Our Lincoln: New Perspectives on Lincoln and His World, New York: W.W. Norton and Company.

Foner, Philip S. (1977), The Great Labor Uprising of 1877, New York: Monad Press.

Fredrickson, George M. (2008), Big Enough to Be Inconsistent: Abraham Lincoln Confronts Slavery and Race, Cambridge, MA.: Harvard University Press.

Gallagher, Gary (1998), «Blueprint for Victory», in Writing the Civil War: The Quest to Understand, edited by James M. McPherson and William James Cooper, Charlottesville: University of South Carolina Press.

Genovese, Eugene (1967), The Political Economy of Slavery: Studies in the Economy and Society of the Slave South, First Edition, New York: Vintage Books.

Green, James R. (2006), Death in the Haymarket: A Story of Chicago, the First Labor Movement, and the Bombing that Divided America, New York: Pantheon Books.

Hahn, Steven (2003), A Nation Under Our Feet: Black Political Struggles in the Rural South, from Slavery to the Great Migration, Cambridge, MA.: Harvard University Press.

— (2009), The Political Worlds of Slavery and Freedom, Cambridge, MA.: Harvard University Press.

Holzer, Harold (ed.) (1993), The Lincoln Douglas Debates, New York: Harper–Collins.

Jack, Bryan M. (2007), The St. Louis African American Community and the Exodusters, Columbia: University of Missouri Press.

Johnson, Carol (1980), «The Problem of Reformism and Marx's Theory of Fetishism», New Left Review, I, 119: 70–96.

LaFeber, Walter (1963), The New Empire: An Interpretation of American Expansion, 1860–1898, Ithaca: Cornell University Press.

Levine, Bruce (1992), The Spirit of 1848: German Immigrants, Labor Conflict, and the Coming of the Civil War, Urbana: University of Illinois Press.

McPherson, James M. (2007), This Mighty Scourge: Perspectives on the Civil War, Oxford: Oxford University Press.

— (2008), «A. Lincoln, Commander in Chief », in Foner (ed.) 2008.

Marx, Karl (1961) [1861], «The North American Civil War», in Marx and Engels 1961.

— (1985) [1861], «Marx to Engels», in Marx and Engels 1985.

Marx, Karl and Friedrich Engels (1961), The Civil War in the United States, Third Edition, New York: International Publishers.

— (1984), Collected Works, Volume 19, Moscow: Progress Publishers.

— (1985), Collected Works, Volume 41, London: Lawrence and Wishart.

Menand, Louis (2001), The Metaphysical Club: A Story of Ideas in America, New York: Farrar, Straus and Giroux.

Messer–Kruse, Timothy (1998), The Yankee International: Marxism and the American Reform Tradition, 1848–76, Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Montgomery, David (1967), Beyond Equality: Labor and the Radical Republicans, 1862–1872, New York: Alfred A. Knopf.

Moore Jr., Barrington (1966), Social Origins of Dictatorship and Democracy: Transitions to Democracy, New York: Columbia University Press.

Oakes, James (2007), The Radical and the Republican: Frederick Douglass, Abraham Lincoln, and the Triumph of Antislavery, New York: W.W. Norton and Company.

— (2008), «Natural Rights, Citizenship Rights, States» Rights, and Black Rights: Another Look at Lincoln and Race», in Foner (ed.) (2008).

Potter, David M. (1976), The Impending Conflict, 1848–1861, completed and edited by Don E. Fehrenbacher, New York: Harper and Row.

Richards, Leonard L. (1978) [1970], Gentlemen of Property and Standing: Anti–Abolition Mobs in Jacksonian America, Oxford: Oxford University Press.

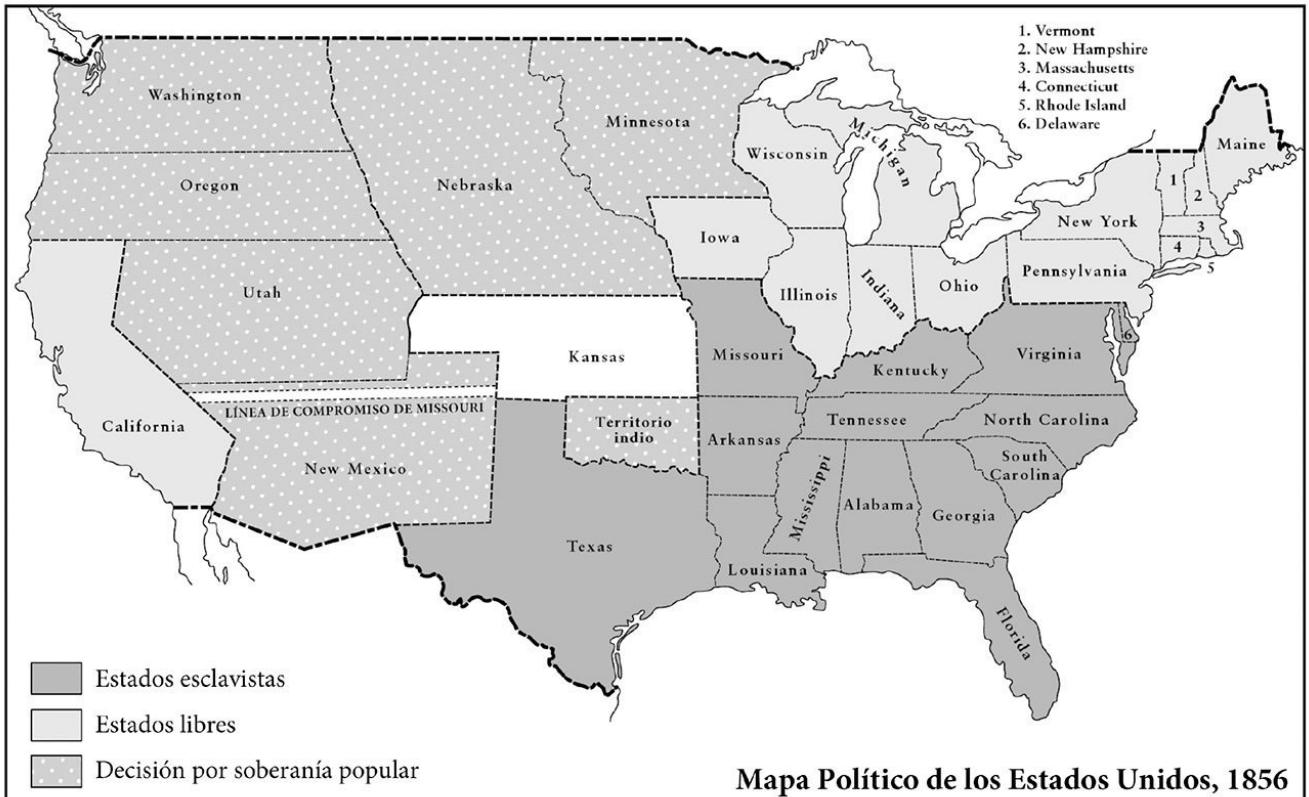
Ross, Dorothy (2009), «Lincoln and the Ethics of Emancipation: Universalism, Nationalism, Exceptionalism», The Journal of American History, 96, 2: 379–99.

Sinha, Manisha (2008), «Allies for Emancipation: Lincoln and Black Abolitionists», in Foner (ed.) 2008.

Stampp, Kenneth M. (1970), And the War Came: The North and the Secession Crisis, 1860–1861, Baton Rouge: Louisiana State University Press.

Vincent, Charles (1976), Black Legislators in Louisiana During Reconstruction, Baton Rouge: Louisiana State University Press.

Wilentz, Sean (2005), The Rise of American Democracy: Jefferson to Lincoln, New York: W.W. Norton and Company.



Mapa Político de los Estados Unidos, 1856

Abraham Lincoln

Carta a Jesse W. Fell,

con autobiografía adjunta

[68]

J.W. Fell, Esq Springfield

20 de diciembre de 1859

Estimado Señor,[69]

Adjunto el pequeño bosquejo que me pidió. No contiene gran cosa, por la razón, supongo, de que yo no soy gran cosa.

Si se hace algo de él, quiero que sea modesto, y que no exceda al material proporcionado. Supongo que no habría objeción a que se incorporara alguna cosa de mis discursos, si ello se considerase necesaria. Naturalmente, no debe aparecer como escrito por mí.

Suyo muy sinceramente,

A. Lincoln

Nací el 12 de febrero de 1809, en el condado de Hardin, Kentucky.

Mis padres nacieron en Virginia, no de familias distinguidas; tal vez debiera decir que de segunda. Mi madre, que falleció cuando yo tenía 10 años, pertenecía a una familia de nombre Hanks, algunos de cuyos parientes residen actualmente en el condado de Adams, y otros en el de Macon, Illinois. Mi abuelo paterno, Abraham Lincoln, emigró del condado de Rockingham, Virginia, a Kentucky, hacia el año 1781 o 1782, y uno o dos años más tarde fue muerto allí por los indios, no en batalla, sino a traición, cuando desbrozaba una tierra boscosa para construir una granja. Sus antepasados, que eran cuáqueros, se habían mudado del condado de Berks, Pensilvania, a Virginia. Se les intentó identificar con la familia del mismo nombre avecindada en la Nueva Inglaterra, pero no se descubrió dato alguno más significativo que la similitud de nombres cristianos en ambas familias: Enoch, Levi, Mordecai, Salomón, Abraham, etc.

Mi padre tenía apenas seis años cuando murió su padre; y creció, literalmente, sin instrucción. Cuando yo tenía ocho años se trasladó de Kentucky a lo que ahora es el condado de Spencer, en Indiana. Llegamos a nuestro nuevo hogar aproximadamente en la fecha en que el Estado ingresó en la Unión. Era una región virgen, en cuyos bosques abundaban los osos y otros animales salvajes. Allí crecí. Había unas cuantas escuelas, así llamadas, pero no se exigía de los maestros más que supieran «leer, escribir y hacer cuentas», hasta la regla de tres. Si se encontraba de paso por la región algún rezagado de quien se dijera que entendía latín, era visto como un mago. Absolutamente nada había que inspirara un deseo de instruirse. Claro está que cuando llegué a la mayoría de edad, no era mucho lo que sabía. Sin embargo, podía leer, escribir y hacer cuentas hasta la regla de tres, pero eso era todo. Desde entonces, nunca asistí a la escuela. La poca instrucción que tengo la fui adquiriendo aguijoneado por la necesidad.

Se me preparó para los trabajos agrícolas, que seguí desempeñando hasta la edad de 22 años. A los 21 vine a Illinois, y durante el primer año permanecí en el condado de Macon. Después fui a Nueva Salem (entonces pertenecía al condado de Sagamon, y ahora al de Menard) donde, durante un año, trabajé como empleado en una tienda. Posteriormente vino la guerra Black Hawk, [Halcón negro] y se me eligió capitán de voluntarios, lo cual me causó el mayor placer que hasta la fecha he disfrutado. Alborozado,

participé en la campaña; en ese mismo año (1883) contendí por un escaño en la legislatura; fui derrotado: fue la única vez que el pueblo me ha derrotado. En los siguientes comicios bienales, y fueron tres consecutivos, se me eligió para la legislatura. Después, ya no figuré como candidato. Durante aquel período legislativo había estudiado derecho, y me mudé a Springfield para ejercerlo allí. En 1846 fui elegido para la Cámara Baja. No presenté mi candidatura para la reelección. De 1849 a 1854 ambos inclusive, me dediqué más asiduamente que nunca a mi profesión. En política siempre he sido «whig», y por lo general, he figurado en la lista de candidatos de ese partido y he trabajado activamente en las campañas electorales. Empezaba yo a perder interés en la política, cuando la revocación del Compromiso de Missouri volvió a despertar mi interés. Lo que he hecho desde entonces es bastante bien conocido.

Si se considera deseable una descripción de mi persona, se podrá decir que mido seis pies y casi cuatro pulgadas;[70] soy delgado y por lo general, peso ciento ochenta libras[71] 81 1/2 kilos; de piel morena, cabello negro y áspero, y ojos grises. No recuerdo mayores rasgos o datos.

Suyo muy sinceramente,

Lincoln

[68] «To Jesse W. Fel», Collected Works of Abraham Lincoln. Vo. 3. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Digital Library Production Services, 2001. Traducción de A. de Francisco.

[69] Fell pidió el bosquejo en nombre de Joseph J. Lewis de West Chester, Pensilvania, quien lo utilizó para preparar un artículo sobre Lincoln, publicado en el Chester County Times, el 11 de febrero de 1860, y ampliamente reproducido en periódicos republicanos.

[70] Aproximadamente 1,84 metros.

[71] Aproximadamente 81 kilos y medio.

Dos fragmentos

sobre la esclavitud

[72]

I

1 de abril de 1854[73]

Es una verdad evidente, que nuestro buen Padre en el Cielo dejó tan clara, que todos la sentimos y entendemos, incluso las bestias y los insectos sigilosos. La hormiga, que ha arrastrado trabajosamente una miga hasta su hormiguero, defenderá con furia el fruto de su trabajo contra cualquier ladrón que la asalte. Tan clara, que el esclavo más bobo y estúpido que alguna vez haya trabajado para un amo, sabe en todo momento que está siendo tratado injustamente. Tan clara que nadie, de rango superior o inferior, la confunde jamás, excepto en forma completamente egoísta; porque aunque se escriba volumen tras volumen para demostrar que la esclavitud es buena cosa, nunca oímos de hombre alguno que desee ese bien para sí, haciéndose él mismo esclavo.

La mayoría de los gobiernos se ha basado, en la práctica, en denegar iguales derechos a los hombres, tal como en parte los he formulado. Nuestros gobiernos empezaron afirmando esos derechos. Dijeron que algunos hombres son demasiado ignorantes, y viciosos, como para compartir el gobierno. Posiblemente sea así, dijimos nosotros; y, según vuestro sistema, siempre los mantendríais en la ignorancia y el vicio. Nosotros propusimos darles a todos una oportunidad; y esperamos que el débil se hiciera más fuerte, el ignorante más sabio; y todos mejores y más felices juntos.

Hicimos el experimento; y el fruto está ante nosotros. Miradlo; pensad en él. Miradlo en su grandeza conjunta, en toda la extensión del país, con su numerosa población, sus buques y sus vapores y su ferrocarril…

■

[72] «Fragment on Slavery, I y II», Collected Works of Abraham Lincoln, vol. 2. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Digital Library Production Services, 2001. Trad. de Andrés de Francisco.

[73] Se ha mantenido la fecha arbitraria que Nicolay y Hay asignaron a este fragmento por falta de evidencia concluyente en sentido contrario. A los editores les parece probable que esta página aislada sea parte de un discurso compuesto en 1858–59. Puede que haya sido parte de la porción omitida en el discurso de Cincinnati, del 17 de septiembre de 1859, o una porción de alguna de los diversos discursos de 1858 para los que no se ha encontrado informe o manuscrito alguno. [John G. Nicolay y John Hay Abraham, dos principales secretarios de Lincoln en la Casa Blanca, publicaron en 1890 su biografía en diez volúmenes, Abraham Lincoln: A History]

II

1 de abril de 1854[74]

Si A puede demostrar (no importa lo concluyente que sea) que tiene derecho a esclavizar a B, ¿Por qué B no ha de aprovechar el mismo argumento, y demostrar igualmente, que tiene derecho a esclavizar a A?

Decís que A es blanco y que B es negro. Entonces se trata del color; ¿el más claro tiene derecho a esclavizar al más oscuro? Tened cuidado. Siguiendo esta regla, seréis esclavos del primer hombre con que tropecéis cuya piel sea más clara que la vuestra.

¿No os referís exactamente al color? ¿Queréis decir que los blancos son superiores intelectualmente a los negros y que, por tanto, tienen derecho a esclavizarlos? Tened cuidado otra vez. Según esta regla, habréis de ser esclavos del primer hombre blanco que encontréis cuya inteligencia sea superior a la vuestra.

Pero —decís— es cuestión de interés; y si podéis convertirlo en vuestro interés, tenéis el derecho a esclavizar a otro. Muy bien. Pero si ese otro puede convertirlo en interés suyo, él tendrá derecho a esclavizaros.

■

[74] También se ha mantenido la fecha asignada por Nicolay y Hay. Aunque probablemente no sea parte del mismo documento anterior, parece igual de probable que pertenezca a un periodo posterior.

La idea central de la Republica

[75]

Discurso pronunciado en un

banquete republicano en Chicago, Illinois,

el 10 de diciembre de 1856

En la medida en que el presidente[76] nos acusa de «querer cambiar las instituciones domésticas de los Estados existentes» y de «hacer todo lo que está en nuestro poder por privar a la constitución y a las leyes de autoridad moral», yo, en nombre del partido, porque así lo creo, y en el mío propio, porque lo sé, declaro que esa acusación es una falsedad absoluta y rotunda.

Nuestro gobierno descansa en la opinión pública. Quienquiera que pueda hacer variar la opinión pública puede lograr que el gobierno cambie casi en el mismo grado. La opinión pública sobre cualquier asunto consiste siempre en una «idea central», de la cual irradian todas las demás ideas secundarias. Esa «idea central» de la opinión política de nuestro pueblo fue al principio, y hasta hace poco, «la igualdad de los hombres». Y aunque siempre se sometía pacientemente a cualquier grado de desigualdad que pareciera existir como necesidad real, su funcionamiento constante ha sido un progreso continuo hacia la igualdad efectiva de todos los hombres. Las últimas elecciones presidenciales constituyeron la lucha de un partido por descartar esa idea central y por sustituirla con la idea contraria de que la esclavitud es justa en lo abstracto; y esta, como idea central, puede tener como consecuencia la perpetuidad de la esclavitud humana, y su propagación a todos los países y a todos los colores. Hace menos de un año el Enquirer de Richmond, partidario declarado de la esclavitud, sin reparar en el color, y con objeto de

apoyar su punto de vista, inventó la frase «igualdad estatal», y ahora, en su Mensaje, el presidente hace suya la frase reclamo del Enquirer, y nos dice que el pueblo «ha afirmado la igualdad constitucional de todos y cada uno de los Estados de la Unión, como Estados». El presidente se regala el oído diciéndose que la nueva idea central ha quedado completamente inaugurada; y en verdad, sí lo está, hasta donde el mero hecho de una elección presidencial pueda inaugurarla. A nosotros nos queda el saber que la mayoría del pueblo todavía no se ha declarado a favor de ella, así como la esperanza de que jamás lo hará.

Todos los que no votamos por el señor Buchanan, tomados en conjunto, formamos una mayoría de cuatrocientos mil; pero en la última contienda electoral nos dividimos entre Fremont y Fillmore. ¿No podremos unirnos en el futuro? Que todos los que realmente creen —y están resueltos a ello— que la sociedad libre no es ni habrá de ser un fracaso, y que en conciencia pueden declarar que en la pasada lucha hicieron únicamente lo que creyeron más conveniente; que cada uno de estos tenga la caridad de creer que todos los demás tienen derecho a afirmar lo mismo. Y así, que el pasado quede en el pasado. Que de las divergencias pasadas nada sobreviva y, con la mirada puesta en el verdadero problema, reinauguremos las antiguas y buenas «ideas centrales» de la República. Podemos hacerlo. El corazón humano está de nuestra parte; Dios está con nosotros. Podremos llegar, no a declarar una vez más que «todos los Estados, como Estados, son iguales», ni siquiera que «todos los ciudadanos, como ciudadanos, son iguales», sino a reafirmar la declaración más amplia y superior, que incluye a las otras dos y mucho más: que «todos los hambres son creados iguales».

■

[75] «Speech at a Republican Banquet, Chicago, Illinois». Este discurso apareció resumido en la Democratic Press de Chicago, el 11 de diciembre de 1856, mientras que la conclusión del discurso se publicó en el Illinois State Journal el 16 de diciembre de 1856, tal como se le entregó al periódico manuscrita por Lincoln. Aquí reproducimos la conclusión del Illinois State Journal, Collected

Works of Abraham Lincoln, vol. 2. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Digital Library Production Services, 2001. Trad. de A. de Francisco.

[76] Se refiere a Franklin Pierce, presidente demócrata saliente tras las elecciones presidenciales de 1856, ganadas por James Buchanan, también demócrata.

Carta a Henry L. Pierce y otros

[77]

(Los principios de Jefferson)

Springfield, Ill., 6 de abril de l859[78]

Señores Henry L. Pierce y otros

Caballeros,

Recibí oportunamente vuestra amable nota, en la que me invitáis a asistir a un festival en Boston el 13 del presente, para conmemorar el natalicio de Thomas Jefferson. Debido a los compromisos que tengo pendientes, no me será posible asistir.

Teniendo en mente que hace unos setenta años se formaron dos grandes partidos políticos en este país; que Thomas Jefferson fue el jefe de uno de ellos, y que Boston era el cuartel general del otro, es curioso e interesante observar que aquellos a quienes se supone herederos políticos del partido opuesto a Jefferson celebren ahora su natalicio en la sede original de su imperio, mientras que los que dicen ser sus herederos políticos casi han dejado de mencionar su nombre en parte alguna.

Al recordar, también, que el partido de Jefferson se formó a partir de una supuesta devoción superior por los derechos personales del hombre, y que se tenía por secundarios solamente, y muy inferiores, a los derechos de propiedad, y asumiendo entonces que la llamada democracia de hoy representa al partido de Jefferson, y que sus contrincantes representan a los partidos contrarios a Jefferson,

resulta igualmente interesante observar cómo se han cambiado por completo los papeles con respecto al principio sobre el cual originalmente se suponía que diferían.

La democracia de hoy sostiene que la libertad de un hombre no es nada en absoluto cuando entra en conflicto con el derecho de propiedad de otro hombre. Los republicanos, por el contrario, están de parte tanto del hombre como del dólar, pero, en caso de conflicto entre uno y otro, anteponen al hombre.

Recuerdo lo mucho que me divertí en cierta ocasión al observar un pleito entre dos hombres un tanto ebrios. Ambos tenían puesto su abrigo, y después de una larga pelea sin daño alguno, acabaron cada uno vistiendo el abrigo del otro. Si los dos partidos principales de la actualidad realmente son idénticos a los dos que existían en tiempos de Jefferson y de Adams, han realizado aproximadamente la misma hazaña que llevaron a cabo los dos borrachos.

Pero, dicho con sobriedad, salvar hoy día en esta nación los principios de Jefferson de una bancarrota total no resulta juego de niños.

Empezaría uno con la esperanza de poder convencer a cualquier niño cuerdo de que las proposiciones más sencillas de Euclides son verdaderas; sin embargo, fracasaría totalmente en el caso de un niño que negara las definiciones y los axiomas. Los principios de Jefferson constituyen las definiciones y los axiomas de una sociedad libre. Y sin embargo, se les niega y se les elude, y con no poco alarde de éxito. Audazmente uno los llama «brillantes generalidades», otro, llanamente, los califica de «mentiras evidentes por sí mismas», y todavía otros arguyen insidiosamente que tales principios tan solo se aplican a «razas superiores».

Estas expresiones, que difieren en la forma, son idénticas en cuanto a objetivo y efecto: la suplantación de los principios del gobierno libre, y la restauración de los principios de clasificación, de casta y de legitimidad. Deleitarán a una asamblea de testas coronadas que conspirarán contra el pueblo. Son la vanguardia (los mineros y los zapadores) del despotismo que vuelve. Es preciso rechazarlos o nos subyugarán.

Este es un mundo de compensaciones, y el que no quiera ser esclavo, debe consentir en no tener esclavos. Aquellos que niegan a otros la libertad, no la merecen para sí mismos, y ante un Dios justo, no la podrán disfrutar por mucho tiempo.

Todo honor a Jefferson, al hombre que bajo la concreta presión de una lucha por la independencia nacional librada por un solo pueblo, tuvo la serenidad, la visión y la capacidad para incluir en un documento meramente revolucionario una verdad abstracta aplicable a todos los hombres en todos los tiempos, y así dejarla embalsamada de tal manera que hoy día, y en todos los días venideros, habrá de constituir un reproche y un obstáculo para los heraldos que anuncien la reaparición de la tiranía y la opresión.

Su humilde servidor,

A. Lincoln

[77] «To Henry L. Pierce and Others», Collected Works of Abraham Lincoln, Vol. 3. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Digital Library Production Services, 2001 Traducción de A. de Francisco.

[78] Por estas fechas, Lincoln ocupaba una posición preeminente en la política nacional, y cada vez era más requerido como orador. La carta de invitación estaba firmada por Henry Pierce, industrial de Boston y luego representante estatal (1860–62) y alcalde de Boston (1873, 1878), y un comité de cinco republicanos encargados de organizar el Festival en honor de Jefferson. La respuesta de Lincoln tuvo amplia circulación en la prensa republicana.

Discurso

de la casa dividida

[79]

Señor presidente y caballeros

de la convención:

Si supiéramos dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos, juzgaríamos mejor qué hacer y cómo hacerlo.

Hace ya casi cinco años que se tomó una resolución con el propósito manifiesto, y la promesa fidedigna, de poner fin a la agitación en torno a la esclavitud.[80]

Tras poner en obra esa resolución, la agitación no solo no ha cesado, sino que ha aumentado constantemente.

En mi opinión, no cesará hasta llegar a una crisis y superarla.

«Una casa dividida contra sí misma no se mantiene en pie.»

Creo que este gobierno no puede perdurar medio esclavo y medio libre.

No espero que la Unión se disuelva —no espero que la casa se caiga —, sino que espero que deje de estar dividida.

Será del todo una sola cosa o del todo la contraria.

O los adversarios de la esclavitud impiden que siga extendiéndose y la dejan allí donde la opinión pública pueda descansar en la creencia de que se encuentra en curso de extinción final, o sus

partidarios la fomentarán hasta que llegue a ser legal en todos los Estados, los antiguos y los nuevos, en el norte tanto como en el sur.

¿Es esta última nuestra tendencia?

Que quien dude contemple detenidamente esa combinación ahora casi por completo legal —una pieza de maquinaria, por así decirlo —, compuesta por la doctrina Nebraska y la sentencia Dred Scott. Que considere no solo a qué función se adapta la maquinaria, y lo bien que se adapta, sino que estudie también la historia de su construcción y muestre, si puede, o más bien fracase en el intento, las pruebas del diseño y la acción concertada de sus principales artífices desde el principio.

El nuevo año de 1854 encontró la esclavitud excluida de más de la mitad de los Estados por las constituciones estatales y de la mayoría del territorio nacional por una prohibición del Congreso.

Cuatro días después comenzó la lucha, que terminó en la derogación de la prohibición del Congreso.

Esa derogación franqueó todo el territorio nacional a la esclavitud y fue el primer punto ganado.

Pero hasta entonces solo había obrado el Congreso y era indispensable un respaldo del pueblo, real o aparente, para salvar el punto ganado y dar ocasión a ganar más.

Esa necesidad no fue pasada por alto, sino que se satisfizo, hasta donde era posible, con el notable argumento de la «soberanía de ocupación», de otro modo llamada «el sagrado derecho de autogobierno», frase que, si bien expresa la única base justa de un gobierno, fue tan pervertida por el uso que se le dio que llegó a decir: si un hombre decide esclavizar a otro, un tercero no podrá oponerse.

Ese argumento se incorporó al decreto de Nebraska con este lenguaje: «La verdadera intención y significado de este decreto no es legislar acerca de la esclavitud en territorios o Estados, ni excluirla de ellos, sino dejar al pueblo completamente libre para formar y regular a su modo sus propias instituciones, sujeto

únicamente a la Constitución de los Estados Unidos».

Entonces se elevó un bramido de declamaciones desatadas a favor de la «soberanía de ocupación» y el «sagrado derecho al autogobierno».

«Pero —dijeron los miembros de la oposición— seamos más concretos, enmendemos el decreto para que declare expresamente que el pueblo de un territorio podría excluir la esclavitud.» «Nosotros no», dijeron los amigos de la medida, y rechazaron la enmienda.

Mientras el decreto de Nebraska se tramitaba en el Congreso, se presentó ante el Tribunal de Justicia de los Estados Unidos en el distrito de Missouri un litigio referente a la cuestión de la libertad de un negro, cuyo dueño lo había llevado voluntariamente a un Estado libre y luego a un territorio amparado por la prohibición del Congreso, manteniéndolo como esclavo durante mucho tiempo en ambos, y tanto respecto al decreto de Nebraska como al litigio se llegó a una sentencia en el mismo mes de mayo de 1854. El nombre del negro era Dred Scott, nombre que ahora designa la sentencia que se dictó en el caso.

Antes de la, entonces, cercana elección presidencial, el caso llegó al Tribunal Supremo de los Estados Unidos y se discutió allí, pero la sentencia se demoró hasta después de la elección. Sin embargo, antes de la elección, el senador Trumbull, en la cámara del Senado, pidió al principal impulsor del decreto de Nebraska que diera su opinión respecto a si el pueblo de un territorio podía excluir constitucionalmente la esclavitud de sus fronteras, y este contestó: «Es cuestión del Tribunal Supremo».

Llegó la elección. El señor Buchanan fue elegido y el respaldo, en lo que fuera, quedó asegurado. Ese fue el segundo punto ganado. Al respaldo, sin embargo, le faltaron casi cuatrocientos mil votos para formar una mayoría claramente popular, de modo que tal vez no fuera abrumadoramente fiable y satisfactorio.

El presidente saliente, en su último mensaje anual, descargó, todo lo solemnemente que pudo, el peso y la autoridad del respaldo sobre el pueblo.

El Tribunal Supremo volvió a reunirse; no anunció su sentencia, sino que ordenó una revisión.

Llegó la inauguración presidencial y aún no había sentencia del tribunal; pero el presidente entrante, en su discurso inaugural, exhortó fervientemente al pueblo a aceptar la sentencia próxima, cualquiera que fuera.

Unos días después llegó la sentencia.

El reputado autor del decreto de Nebraska encuentra rápidamente ocasión para pronunciar un discurso en este capitolio que respalda la sentencia Dred Scott y denuncia vehementemente toda oposición al respecto.

El nuevo presidente, también, aprovecha la primera ocasión de la carta de Silliman[81] para respaldar e interpretar con firmeza la sentencia y expresar su asombro por que se haya podido mantener otro punto de vista.

Al cabo hay una riña entre el presidente y el autor del decreto de Nebraska por la mera cuestión de hecho de si la Constitución de Lecompton[82] había sido, o no, en cualquier sentido, elaborada por el pueblo de Kansas, y en esa riña el último declara que todo cuanto quiere es un voto limpio del pueblo y que no le preocupa si la esclavitud es rechazada o aprobada. No entiendo su afirmación de que no le preocupa si la esclavitud es rechazada o aprobada de otro modo que como una definición válida de la política que él mismo querría imprimir en la opinión pública, el principio por el que dice que ha sufrido mucho y está dispuesto a sufrir hasta el final.

Hará bien en inclinarse por ese principio. Si tiene algún sentimiento paternal, hará bien en inclinarse por él. Ese principio es lo único que le queda de su doctrina Nebraska original. Con la sentencia Dred Scott, la «soberanía de ocupación» ha sido desocupada, se ha venido abajo como un cadalso temporal —como el molde de una fundición de vidrio que sirve para un soplo y vuelve a deshacerse en arena— que ayuda a ganar unas elecciones y luego se derriba. En su última lucha al lado de los republicanos, contra la Constitución de Lecompton, ya no queda nada de la doctrina Nebraska original. Esa

lucha tenía un motivo, el derecho del pueblo a elaborar su propia constitución, respecto al cual los republicanos y él nunca han diferido.

Los distintos puntos de la sentencia Dred Scott, en relación con la política de «No me preocupa» del senador Douglas, constituyen la pieza de maquinaria en la fase actual de desarrollo. Ese fue el tercer punto ganado.

Los elementos de trabajo de la maquinaria son:

Primero, que ningún negro importado como tal de África, y ningún descendiente de ese esclavo, podrá ser ciudadano de ningún Estado, en el sentido del término usado en la Constitución de los Estados Unidos.

Este punto priva al negro, en cualquier situación, del beneficio de la cláusula de la Constitución de los Estados Unidos que declara que «los ciudadanos de cada Estado tendrán derecho a todos los privilegios e inmunidades de los ciudadanos de los demás Estados».

En segundo lugar, que «de acuerdo con la Constitución de los Estados Unidos», ni el Congreso ni la cámara legislativa de un territorio podrán excluir la esclavitud de ningún territorio de los Estados Unidos.

Este punto permite que cualquier individuo llene los territorios de esclavos, sin peligro de perderlos como propiedad, y que aumenten las oportunidades de permanencia de la institución en el futuro.

En tercer lugar, que si mantener a un negro en la esclavitud en un Estado libre lo convierte en libre, en contra del propietario, los tribunales de los Estados Unidos no decidirán, sino que dejarán decidir a los tribunales de los Estados esclavistas si el negro será devuelto a la fuerza a su dueño.

Este punto no se plantea inmediatamente, pero si se concede provisionalmente y en apariencia con el respaldo del pueblo en una elección, entonces corrobora la conclusión lógica de que lo que el dueño de Dred Scott puede hacer legítimamente con Dred Scott en el Estado libre de Illinois, cualquier otro dueño podrá hacerlo

legítimamente con cualquier esclavo, o con miles de esclavos, en Illinois o en cualquier otro Estado libre.

A favor de esto, y en estrecha colaboración, la doctrina Nebraska, o lo que queda de ella, educa y moldea la opinión pública, al menos la opinión pública del norte, para que no le preocupe si la esclavitud es rechazada o aprobada.

Esto nos muestra exactamente dónde estamos y, en parte, hacia dónde nos dirigimos.

Arrojará una luz adicional sobre lo último retroceder y reconsiderar la serie de hechos históricos enunciados. Algunas cosas parecerán ahora menos oscuras y misteriosas que cuando empezaban a traslucirse. El pueblo sería «completamente libre», «sujeto únicamente a la Constitución». Lo que la Constitución tenía que ver con ello no podían verlo entonces los que estaban fuera del asunto. Ahora es muy sencillo ver que era el nicho adecuado donde colocar luego la sentencia Dred Scott y declarar que la completa libertad del pueblo no era en modo alguno libertad.

¿Por qué fue rechazada la enmienda que declaraba expresamente el derecho del pueblo a excluir la esclavitud? Ahora es muy sencillo ver que su aprobación habría malogrado el nicho de la sentencia Dred Scott.

¿Por qué se demoró la sentencia del tribunal? ¿Por qué, incluso, un senador se reservó su opinión individual hasta después de la elección presidencial? Ahora es muy sencillo ver que darlas a conocer entonces habría dañado el argumento del pueblo «completamente libre» con el que se ganó la elección.

¿Por qué el presidente saliente se felicitó por el respaldo? ¿Por qué el retraso de la revisión? ¿Por qué el presidente entrante exhortó por anticipado a acatar la sentencia?

Todo esto se parece a las palmaditas y caricias que se le dan a un caballo brioso, antes de montarlo, cuando se teme que pueda derribar al jinete.

¿Por qué ese afán del presidente y los demás por respaldar la

sentencia?

No podemos saber con certeza si todos estos ajustes son el resultado de un acuerdo previo. Pero si viéramos una serie de vigas cruzadas, algunas de las cuales sabemos que han sido traídas y llevadas en distintos momentos y a distintos lugares por distintos trabajadores —Stephen, Franklin, Roger y James, por ejemplo—,[83] y viéramos que constituyen exactamente la estructura de una casa o molino, y que cada espiga y cada muesca se corresponden, y que los pesos y las medidas de las piezas se adaptan exactamente a sus lugares, sin que sobre o falte una sola pieza —sin olvidar el cadalso—, o si, faltando una pieza, viéramos que la estructura está perfectamente preparada para encajarla, en ese caso, nos resultaría imposible no creer que Stephen y Franklin y Roger y James se entendían mutuamente desde el principio y trabajaban de acuerdo con un plan o proyecto común antes de dar el primer golpe.

No debería olvidarse que, según el decreto de Nebraska, tanto el pueblo de un Estado como el de un territorio serían «completamente libres», «sujetos únicamente a la Constitución».

¿Por qué mencionar el Estado? Estaban legislando para los territorios y no para o a propósito de los Estados. Desde luego que el pueblo de un Estado está y debe estar sujeto a la Constitución de los Estados Unidos, pero ¿por qué arrastrar esa mención hasta una mera ley territorial? ¿Por qué juntar al pueblo de un territorio y al pueblo de un Estado y considerar que su relación con la Constitución sea precisamente la misma?

Mientras que la opinión del tribunal emitida por su presidente Taney, en la sentencia Dred Scott, y las opiniones por separado de los demás jueces afirman expresamente que la Constitución de los Estados Unidos no permite al Congreso ni a la cámara legislativa de un territorio excluir la esclavitud de ningún territorio de los Estados Unidos, todas ellas omiten declarar si la misma Constitución permite o no que la excluyan un Estado o el pueblo de un Estado.

Posiblemente fuera una mera omisión, pero ¿quién podría estar completamente seguro, si McLean o Curtis hubieran tratado de matizar esa opinión con una declaración del poder ilimitado del pueblo de un Estado para excluir la esclavitud de sus fronteras, igual que Chase y

Macy trataron de incorporar esa declaración, a propósito del pueblo de un territorio, en el proyecto de ley de Nebraska; quién, pregunto, podría estar completamente seguro de que no habría sido rechazada en ese caso como lo fue en el otro?[84]

El juez Nelson fue quien más cerca estuvo de afirmar el poder de un Estado sobre la esclavitud. Lo ha hecho más de una vez con la precisa idea, y casi el lenguaje, del decreto de Nebraska. En una ocasión sus palabras exactas fueron: «Salvo en los casos en que la Constitución de los Estados Unidos limite el poder, la ley del Estado sobre la esclavitud es suprema en su jurisdicción».

En qué casos el poder de los Estados esté limitado por la Constitución de los Estados Unidos es una cuestión pendiente, del mismo modo, precisamente, que la limitación del poder de los territorios quedaba pendiente en el decreto de Nebraska. Poned esto y aquello junto y tendremos otro pequeño nicho que veremos, antes de que pase mucho tiempo, ocupado con otra sentencia del Tribunal Supremo que afirme que la Constitución de los Estados Unidos no permite a un Estado excluir la esclavitud de sus fronteras.

Hemos de esperar que esto suceda, especialmente si la doctrina de «no me preocupa si la esclavitud es rechazada o aprobada» se impone lo suficiente sobre la opinión pública con la promesa de que esa sentencia se mantendrá cuando se promulgue.

Esa sentencia es lo que le falta a la esclavitud para ser legal en todos los Estados.

Bienvenida o no, esa sentencia está probablemente al llegar y pronto estará sobre nosotros, a menos que el poder de la dinastía política actual sea encarado y derrocado.

Nos iremos a dormir tranquilamente, soñando que el pueblo de Missouri está a punto de ser un Estado libre, y nos despertaremos a la realidad de que, en lugar de eso, el Tribunal Supremo ha convertido a Illinois en un Estado esclavista.

Encarar y derrocar el poder de esa dinastía es el cometido que tienen por delante los que quieran impedir esa consumación.

Eso es lo que tenemos que hacer.

Pero ¿cómo lo haremos mejor?

Hay quienes nos denuncian sin tapujos a sus propios amigos y, sin embargo, nos susurran suavemente que el senador Douglas es el instrumento más adecuado para ese cometido. No nos dicen, ni nos lo ha dicho él, que desee que ese cometido se lleve a cabo. Desean que deduzcamos, de los hechos, que ahora está reñido con la cabeza actual de la dinastía y que regularmente ha votado con nosotros en un solo punto sobre el cual, él y nosotros, nunca hemos diferido.

Nos recuerdan que él es un gran hombre y que los mayores de los nuestros son muy pequeños. De acuerdo. Pero «un perro vivo es mejor que un león muerto». El juez Douglas, si no es un león muerto para este cometido, al menos es un león enjaulado y sin dientes. ¿Cómo podría oponerse al avance de la esclavitud? No le preocupa en absoluto. Su misión manifiesta consiste en convencer al «corazón público» de que no se preocupe en absoluto.

Un influyente periódico demócrata, partidario de Douglas, opina que el talento superior de Douglas será necesario para resistir la reanudación del comercio de esclavos africanos.

¿Cree Douglas inminente un esfuerzo por reanudar ese comercio? No ha dicho eso. ¿Lo piensa realmente? Si así fuera, ¿cómo podría resistirse? Durante años ha trabajado para demostrar el derecho sagrado de los blancos a llevar esclavos negros a los nuevos territorios. ¿Podría demostrar que es un derecho menos sagrado comprarlos donde puedan comprarse más baratos? Sin duda se pueden comprar más baratos en África que en Virginia.

Ha hecho todo lo que estaba en su poder para reducir la cuestión de la esclavitud a la de un mero derecho de propiedad y, entonces, ¿cómo podría oponerse al comercio exterior de esclavos —cómo podría rechazar que el comercio de esa «propiedad» sea «completamente libre»—, salvo con la protección de la producción interior? Puesto que los propios productores no pedirán esa protección, no tendrá ninguna oposición.

El senador Douglas mantiene, como sabemos, que un hombre puede

ser legítimamente más sabio hoy que ayer, que un hombre puede legítimamente cambiar cuando crea haberse equivocado.

Por esa razón, ¿podríamos seguir adelante y deducir que cambiará en algún particular del que no ha dado señales? ¿Podríamos basar nuestra acción con seguridad en una deducción tan vaga?

Ni ahora, ni nunca, querría malinterpretar la posición del juez Douglas, cuestionar sus motivos ni hacer nada que pudiera resultar personalmente ofensivo para él.

En el caso de que, alguna vez, él y nosotros podamos llegar a un acuerdo basado en principios de modo que nuestra gran causa pueda recibir la ayuda de su gran habilidad, espero no interponer un obstáculo añadido.

Pero, claramente, ahora no está con nosotros —ni lo pretende—, no ha prometido estarlo.

Nuestra causa ha de ser confiada a sus amigos indudables y ha de ser dirigida por ellos, por aquellos cuyas manos estén libres y hayan puesto su corazón a la obra, y a quienes les preocupa el resultado.

Hace dos años, los republicanos de la nación sumaban ciento trece mil.

Nos unimos con el único impulso de la resistencia ante un peligro común, con todas las circunstancias exteriores en contra nuestra.

Con elementos extraños, discordantes e incluso hostiles, tomados de los cuatro vientos, nos pusimos en formación y empezamos a librar batalla bajo el constante fuego graneado de un enemigo disciplinado, orgulloso y consentido.

¿Lo desafiamos entonces para flaquear ahora? Ahora, cuando el mismo enemigo vacila, disgregado y beligerante.

El resultado no es dudoso. No fracasaremos; si nos mantenemos firmes, no fracasaremos.

Sabios consejos podrán acelerarlo, o retrasarlo los errores, pero antes o después la victoria es segura.

[79] ««House Divided» Speech at Springfield, Illinois». Pronunciado el 16 de junio de 1858, al término de la convención estatal del Partido Republicano que había designado a Lincoln como candidato al Senado. Trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, en Abraham Lincoln (2005), El Discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión, Madrid: Tecnos, pp.142–181.

[80] El decreto de Kansas–Nebraska de 22 de mayo de 1854, que derogaba las restricciones sobre la esclavitud del Compromiso de Missouri, presentado por el senador Stephen Douglas.

[81] La carta, aunque firmada por Benjamin Silliman, fue escrita por el presidente James Buchanan, el 15 de agosto de 1857, en respuesta a las protestas en contra de las medidas del gobierno en Kansas emitidas por educadores y clérigos de Connecticut.

[82] La Constitución de Lecompton, adoptada por una convención proesclavista el 7 de noviembre de 1857, fue apoyada por el presidente Buchanan con la oposición del senador Douglas.

[83] Stephen Douglas, Franklin Pierce (presidente saliente), Roger Taney (presidente del Tribunal Supremo) y James Buchanan (presidente entrante).

[84] John McLean y Benjamin R. Curtis fueron los dos jueces del Tribunal Supremo cuya opinión difería de la sentencia promulgada. El juez Samuel Nelson, citado en el párrafo siguiente, había emitido una opinión preliminar, desfavorable para Dred Scott, con argumentos aún más estrictos. Salmon P. Chase y Daniel Macy habían tratado de impedir la promulgación del decreto de Nebraska en el Congreso.

Discurso en el

Instituto Cooper de Nueva York

[85]

Señor presidente y conciudadanos

de Nueva York:

Los hechos de los que trataré esta tarde son muy antiguos y familiares y no habrá nada nuevo en el uso general que haré de ellos. Si hubiera alguna novedad, sería en el modo de presentar los hechos y en las deducciones y observaciones que seguirán a esa presentación.

En su discurso del pasado otoño en Columbus, Ohio, según informa The New York Times, el senador Douglas dijo: «Nuestros padres, cuando forjaron el gobierno bajo el que vivimos, entendieron esa cuestión tan bien, e incluso mejor, que nosotros».

Respaldo completamente esto y lo adopto como texto de este discurso. Lo adopto porque proporciona un punto de partida preciso y común para una discusión entre los republicanos y el ala demócrata encabezada por el senador Douglas. Ese texto suscita, sencillamente, esta pregunta: «¿Qué entendieron los padres respecto a la cuestión mencionada?».

¿Cuál es la estructura de gobierno bajo la que vivimos?

La respuesta tiene que ser la Constitución de los Estados Unidos. La Constitución consiste en el texto original, elaborado en 1787, y con el cual se puso en marcha el gobierno, y doce enmiendas posteriores, las diez primeras de las cuales se incorporaron en 1789.

¿Quiénes fueron los padres que forjaron la Constitución? Supongo que los «treinta y nueve» que firmaron el instrumento original podrían perfectamente ser llamados los padres que forjaron esa parte del gobierno actual. Es tan cierto decir que la forjaron como lo es decir que representaban perfectamente la opinión y el sentimiento de toda la nación en aquel tiempo. No es necesario repetir sus nombres, familiares para casi todos y accesibles a todos por completo.

Considero a esos «treinta y nueve», por el momento, «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos».

¿Cuál es la cuestión que, de acuerdo con el texto, aquellos padres entendieron «tan bien, e incluso mejor, que nosotros»?

Es esta: la división estricta entre la autoridad local y la federal, o cualquier otro aspecto de la Constitución, ¿prohíbe a nuestro gobierno federal controlar la esclavitud en nuestros territorios federales?

Al respecto, el senador Douglas da una respuesta afirmativa, y los republicanos, negativa. La afirmación y la negación plantean un problema y ese problema —esa cuestión— es, precisamente, lo que el texto declara que nuestros padres entendieron «mejor que nosotros».

Averigüemos, entonces, si los «treinta y nueve», o cualquiera de ellos, hicieron algo respecto a esa cuestión y, si lo hicieron, cómo lo hicieron, de qué modo expresaron un entendimiento superior.

En 1784, tres años antes de la Constitución —los Estados Unidos poseían el Territorio del Noroeste, y ningún otro—, el Congreso de la Confederación tenía ante sí la cuestión de prohibir la esclavitud en aquel territorio y cuatro de los «treinta y nueve» que después elaborarían la Constitución estaban en aquel Congreso y votaron en aquella ocasión. De ellos, Roger Sherman, Thomas Mifflin y Hugh Williamson votaron por la prohibición, demostrando así que, a su entender, ninguna línea divisoria entre la autoridad local y la federal, ni ningún otro aspecto, prohibía al gobierno federal controlar la esclavitud en el territorio federal. El cuarto, James M'Henry, votó contra la prohibición, demostrando que, por alguna

causa, consideraba improcedente votar a su favor.

En 1787, antes aún de la Constitución, pero mientras la convención estaba preparando el texto y el Territorio del Noroeste seguía siendo el único territorio que poseían los Estados Unidos, la misma cuestión acerca de prohibir la esclavitud en el territorio volvió a ser planteada ante el Congreso de la Confederación, y dos más de los «treinta y nueve» que después firmarían la Constitución estaban en aquel Congreso y votaron en aquella ocasión. Eran William Blount y William Few y ambos votaron por la prohibición, demostrando así que, a su entender, ninguna línea divisoria entre la autoridad local y la federal, ni ningún otro aspecto, prohibía estrictamente al gobierno federal controlar la esclavitud en el territorio federal. Esta vez la prohibición se convirtió en ley y formó parte de lo que ahora se conoce muy bien como la Ordenanza de 1787.

La cuestión del control federal de la esclavitud en los territorios no parece haber sido directamente planteada en la convención que elaboró la Constitución original y, por ello, no se recuerda que los «treinta y nueve», o cualquiera de ellos, mientras estaban ocupados en aquel instrumento, expresaran su opinión sobre esa precisa cuestión.

En 1789, el primer Congreso que se reunió bajo la Constitución promulgó un decreto para la aplicación de la Ordenanza de 1787 que incluía la prohibición de la esclavitud en el Territorio del Noroeste. El decreto fue preparado por uno de los «treinta y nueve», Thomas Fitzsimmons, entonces miembro de la Cámara de Representantes por Pensilvania. Pasó todos los trámites en las dos cámaras, lo que equivale a una aprobación unánime. En ese Congreso había dieciséis de los treinta y nueve padres que elaboraron la Constitución original. Eran John Langdon, Nicholas Gilman, William S. Johnson, Roger Sherman, Robert Morris, Thomas Fitzsimmons, William Few, Abraham Baldwin, Rufus King, William Paterson, George Clymer, Richard Bassett, George Read, Pierce Butler, Daniel Carroll y James Madison.

Esto demuestra que, a su entender, ninguna línea divisoria entre la autoridad local y la federal, ni ningún otro aspecto de la Constitución, impedía estrictamente al Congreso que prohibiera la esclavitud en el territorio federal; de lo contrario, tanto su fidelidad

al principio justo como su juramento de defender la Constitución les habrían obligado a oponerse a la prohibición.

Además, George Washington, otro de los «treinta y nueve», era entonces el presidente de los Estados Unidos y, como tal, aprobó y firmó el decreto, corroborando de este modo su validez como ley y demostrando así que, a su entender, ninguna línea divisoria entre la autoridad local y la federal, ni ningún otro aspecto de la Constitución, prohibían al gobierno federal controlar la esclavitud en el territorio federal.

No mucho tiempo después de la adopción de la Constitución original, Carolina del Norte cedió al gobierno federal el territorio que ahora constituye el Estado de Tennessee, y pocos años más tarde Georgia cedió lo que ahora constituye los Estados de Mississippi y Alabama. En ambos actos de cesión, los Estados que cedían los territorios pusieron como condición que el gobierno federal no prohibiera la esclavitud en las tierras cedidas. Ya había esclavitud en las tierras cedidas. En esas circunstancias, el Congreso, al hacerse cargo de esas tierras, no prohibió en absoluto la esclavitud en ellas, pero hasta cierto punto interfirió en la esclavitud —tomó el control de ella—, incluso allí. En 1798, el Congreso organizó el Territorio del Mississippi. En el decreto de organización, prohibió, bajo multa, que se llevaran esclavos al territorio desde cualquier lugar fuera de los Estados Unidos, y concedía la libertad a los esclavos que fueran llevados allí. Ese decreto pasó todos los trámites en las dos cámaras del Congreso. En ese Congreso había tres de los «treinta y nueve» que elaboraron la Constitución original. Eran John Langdon, George Read y Abraham Baldwin. Probablemente votaron a favor. Desde luego habrían pedido que quedara constancia de su oposición si, a su entender, la línea divisoria entre la autoridad local y la federal, o cualquier otro aspecto de la Constitución, hubieran prohibido estrictamente al gobierno federal controlar la esclavitud en el territorio federal.

En 1803, el gobierno federal compró la tierra de Luisiana. Nuestras anteriores adquisiciones territoriales provenían de nuestros propios Estados, pero la tierra de Luisiana fue adquirida a una nación extranjera. En 1804, el Congreso le dio una organización territorial a la parte que ahora constituye el Estado de Luisiana. Nueva

Orleáns, que estaba en esa parte, era una ciudad antigua y relativamente grande. Había otras ciudades y poblaciones considerables y la esclavitud estaba extendida y entreverada en el pueblo. El Congreso, en el decreto territorial, no prohibió la esclavitud, pero interfirió en ella —tomó el control de ella— de un modo más marcado y extenso de lo que lo había hecho en el caso de Mississippi. En esencia, la disposición que se elaboró en relación con los esclavos fue:

1) Que ningún esclavo sería importado del extranjero al territorio.

2) Que ningún esclavo que hubiera sido importado a los Estados Unidos después del 1 de mayo de 1798 sería llevado allí.

3) Que ningún esclavo sería llevado allí, salvo por el propietario y para su propio uso como colono, siendo la pena en todos los casos una multa al violador de la ley y la libertad del esclavo.

Este decreto pasó también todos los trámites. En el Congreso que lo aprobó había dos de los «treinta y nueve». Eran Abraham Baldwin y Jonathan Dayton. Como he dicho en el caso de Mississippi, es probable que ambos votaran a favor. No habrían permitido que se aprobara sin que quedara constancia de su oposición si, a su entender, hubiera violado la línea que divide estrictamente la autoridad local de la federal o cualquier otra provisión constitucional.

Entre 1819 y 1820, se planteó y resolvió la cuestión de Missouri. Hubo muchos votos, a favor y en contra, en ambas cámaras del Congreso, en las distintas fases de la cuestión general. Dos de los «treinta y nueve», Rufus King y Charles Pinckney, eran miembros de aquel Congreso. El señor King votó firmemente a favor de la prohibición de la esclavitud y contra todos los compromisos,

mientras que el señor Pinckney votó contra la prohibición de la esclavitud y contra todos los compromisos. En esto, el señor King demostró que, a su entender, el Congreso no había violado la línea divisoria entre la autoridad local y la federal, ni ningún otro aspecto de la Constitución, al prohibir la esclavitud en el territorio federal, mientras que el señor Pinckney, con sus votos, demostró que, a su entender, había razón suficiente para oponerse a la prohibición en ese caso.

Los casos que he mencionado son los únicos hechos de los «treinta y nueve», o de cualquiera de ellos, referidos a esta cuestión, que he sido capaz de descubrir.

Al enumerar a las personas que intervinieron en esta cuestión, cuatro en 1784, dos en 1787, diecisiete en 1789, tres en 1798, dos en 1804 y dos entre 1819 y 1820, contamos a treinta de ellas. Pero esto sería contar a John Langdon, Roger Sherman, William Few, Rufus King y George Read dos veces cada uno y a Abraham Baldwin tres. El verdadero número de los «treinta y nueve» que he demostrado que intervino en esta cuestión y que, según nuestro texto, la entendió mejor que nosotros, es de veintitrés, quedando otros dieciséis que no parecen haberse pronunciado de ningún modo.

Aquí tenemos, entonces, a veintitrés de los treinta y nueve padres «que forjaron el gobierno bajo el que vivimos» y que, bajo su responsabilidad oficial y sus juramentos corporativos, intervinieron en la misma cuestión que el texto afirma que «entendieron tan bien, e incluso mejor, que nosotros», y veintiuno de ellos —una clara mayoría de los treinta y nueve— serían culpables de una gran indecencia política y de perjurio intencionado si, a su entender, una división estricta entre la autoridad local y la federal o cualquier otro aspecto de la Constitución que habían elaborado ellos mismos, y jurado defender, hubieran prohibido al gobierno federal controlar la esclavitud en los territorios federales. Así obraron los veintitrés y, en la medida en que los hechos hablan más alto que las palabras, sus hechos, bajo semejante responsabilidad, hablan aún más alto.

Dos de los veintitrés votaron en contra de que el Congreso prohibiera la esclavitud en los territorios federales en aquellos casos en los que intervinieron en la cuestión, pero no sabemos por qué

razón votaron de ese modo. Tal vez lo hicieran porque pensaban que una división estricta entre la autoridad local y la federal, o alguna disposición o principio de la Constitución, se interponían en el camino, o tal vez, sin esas prevenciones, votaron contra la prohibición porque les parecía que era conveniente. Nadie que haya jurado defender la Constitución podría votar conscientemente a favor de una medida que considerase inconstitucional, por conveniente que fuera, pero podría y debería votar contra una medida que juzgara constitucional si, al mismo tiempo, la considerase inconveniente. Sería, por tanto, incierto establecer que los dos que votaron contra la prohibición lo hicieron porque, a su entender, una división estricta entre la autoridad local y la federal, o cualquier otro aspecto de la Constitución, prohibían al gobierno federal controlar la esclavitud en territorio federal.

Los dieciséis restantes de los «treinta y nueve», hasta donde he descubierto, no han dejado recuerdo alguno de su opinión respecto a la cuestión del control federal de la esclavitud en los territorios federales. Pero hay razones para creer que su opinión al respecto no habría sido diferente de la opinión de los veintitrés pares si se hubiera manifestado en absoluto.

Con el propósito de seguir estrictamente el texto, he omitido deliberadamente cualquier opinión manifestada por otras personas, por distinguidas que fueran, distintas a los treinta y nueve padres que elaboraron la Constitución original y, por la misma razón, he omitido también cualquier opinión manifestada por cualquiera de los «treinta y nueve» en cualquier otra fase de la cuestión general de la esclavitud. Si examináramos sus hechos y declaraciones en esas otras fases, como el comercio exterior de esclavos y la moralidad y la decencia de la esclavitud en general, tendríamos ante nosotros, respecto a la cuestión del control federal de la esclavitud en los territorios federales, que aquellos dieciséis, si hubieran intervenido, lo habrían hecho como los otros veintitrés. Entre los dieciséis había varios de los más destacados antiesclavistas de aquellos tiempos, como el doctor Franklin, Alexander Hamilton y Gouverneur Morris, mientras que no había nadie conocido que no lo fuera, salvo, tal vez, John Rutledge, de Carolina del Sur.

La suma de todos es que, de los treinta y nueve padres que

elaboraron la Constitución original, veintinueve —una clara mayoría— entendían con claridad que ninguna división estricta entre la autoridad local y federal, ni parte alguna de la Constitución, prohibían al gobierno federal controlar la esclavitud en los territorios federales, mientras que, probablemente, los demás compartían la misma opinión. Esa, incuestionablemente, era la opinión de los padres que elaboraron la Constitución original, y el texto afirma que entendieron esa cuestión «mejor que nosotros».

Pero, hasta ahora, he considerado el entendimiento de la cuestión manifestado por los forjadores de la Constitución original. En y por el instrumento original, había un modo de proponer enmiendas y, como ya he afirmado, la estructura actual del «gobierno bajo el que vivimos» consiste en el texto original y doce artículos de enmienda elaborados y adoptados desde entonces. Quienes ahora insisten en que el control federal de la esclavitud en los territorios federales viola la Constitución nos remiten a las supuestas disposiciones que ese control viola y, según lo entiendo yo, se fijan solo en disposiciones de los artículos de enmienda, y no en el instrumento original. El Tribunal Supremo, en el caso Dred Scott, se ampara en la quinta enmienda, que afirma que ninguna persona será privada de «la vida, la libertad o la propiedad sin el debido proceso legal», mientras que el senador Douglas y sus peculiares partidarios se amparan en la décima enmienda, que afirma que «los poderes no delegados a los Estados Unidos por la Constitución... quedan reservados a los Estados respectivos o al pueblo».

Ahora bien, sucede que estas enmiendas fueron formuladas por el primer Congreso que se reunió bajo la Constitución, el mismo Congreso que aprobó el decreto mencionado que aplicaba la prohibición de la esclavitud en el Territorio del Noroeste. No solo era el mismo Congreso, sino que eran los mismos individuos quienes, en la misma sesión, y al mismo tiempo que la sesión, tuvieron en consideración, hasta que las maduraron, las enmiendas constitucionales y el decreto que prohibía la esclavitud en todos los territorios que poseía la nación. Las enmiendas constitucionales fueron introducidas antes y aprobadas después del decreto que aplicaba la Ordenanza de 1787, de modo que, mientras se tramitaba el decreto que aplicaba la Ordenanza, también se tramitaban las enmiendas constitucionales.

Los setenta y seis miembros del Congreso, incluyendo a dieciséis de los forjadores de la Constitución original, como ya se ha dicho, fueron, de modo eminente, los padres que forjaron aquella parte del «gobierno bajo el que vivimos» de la que ahora se dice que prohibía al gobierno federal controlar la esclavitud en los territorios federales.

¿No es algo presuntuoso que alguien, en nuestros días, afirme que las dos medidas que el Congreso elaboró deliberadamente, y meditó hasta madurarlas al mismo tiempo, son absolutamente incoherentes entre sí? ¿No es indecorosamente absurda esa afirmación cuando se une a otra afirmación, pronunciada por la misma boca, según la cual quienes elaboraron esas dos medidas, supuestamente incoherentes, entendieron que eran realmente incoherentes mejor que nosotros, mejor que quien afirma que eran incoherentes?

Sería más sensato asumir que los treinta y nueve forjadores de la Constitución original, y los setenta y seis miembros del Congreso que formuló las enmiendas, en conjunto, incluyen a quienes verdaderamente pueden ser llamados «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos». Asumiendo esto, desafío a cualquiera a que demuestre que uno solo de ellos, en el transcurso de su vida, declarara que, a su entender, una división estricta entre la autoridad local y la federal, o cualquier otro aspecto de la Constitución, prohibían al gobierno federal controlar la esclavitud en los territorios federales. Doy un paso más. Desafío a cualquiera a que demuestre que un solo hombre vivo en todo el mundo haya declarado, antes del principio de este siglo (podría incluso decir que antes del principio de la última mitad de este siglo), que, a su entender, una división estricta entre la autoridad local y la federal, o cualquier otra parte de la Constitución, prohibían al gobierno federal controlar la esclavitud en los territorios federales. A quienes ahora lo declaran no solo les opongo a «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos», sino también, a su lado, a todos los hombres vivos en el siglo en que ese gobierno fue forjado, para que busquen, aunque no serían capaces de encontrar un solo caso, a alguien que esté de acuerdo con ellos.

Aquí y ahora, permitidme que me defienda de ser malinterpretado. No quiero decir que estemos obligados a seguir implícitamente todo

cuanto nuestros padres hicieron. Hacer eso sería no tener en cuenta las luces de la experiencia común, rechazar todo progreso, toda mejora. Lo que digo es que, si queremos suplantar las opiniones y resoluciones de nuestros padres en cualquier aspecto, debemos hacerlo siguiendo una prueba tan concluyente, y un argumento tan claro, que ni siquiera su gran autoridad, debidamente considerada y sopesada, pueda oponerse a ellos, y menos aún en una cuestión que nosotros mismos decimos que entendieron mejor que nosotros.

Si alguien, en la actualidad, cree sinceramente que una división estricta entre la autoridad local y la federal, o cualquier otra parte de la Constitución, prohíben al gobierno federal controlar la esclavitud en los territorios federales, tiene derecho a decirlo y a reforzar su posición con todas las pruebas fidedignas y los mejores argumentos que pueda. Pero no tiene derecho a engañar a los demás, que tienen menos acceso a la historia y menos ocio para estudiarla, con la falsa creencia de que «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos» eran de la misma opinión, sustituyendo la prueba fidedigna y el mejor argumento por la falsedad y el engaño. Si alguien, en la actualidad, cree sinceramente que «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos» usaron y aplicaron principios, en otros casos, que debían haberlos llevado a entender que una división estricta entre la autoridad local y la federal, o cualquier otra parte de la Constitución, prohíben al gobierno federal controlar la esclavitud en los territorios federales, tiene derecho a decirlo. Pero, al mismo tiempo, debería asumir la responsabilidad de decir que, en su opinión, entiende aquellos principios mejor que nuestros padres y, en especial, no debería eludir la responsabilidad afirmando que ellos «entendieron esta cuestión tan bien, e incluso mejor, que nosotros».

¡Pero basta! Dejemos que todos cuantos crean que «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos entendieron esta cuestión tan bien, e incluso mejor, que nosotros» digan y hagan lo que quieran al respecto. Eso es todo lo que los republicanos piden —lo que todos los republicanos desean— en relación con la esclavitud. Como los padres la fijaron, fijémosla de nuevo, como un mal que no debe extenderse y que ha de ser tolerado y protegido solo porque su presencia actual entre nosotros hace de esa tolerancia y protección una necesidad. Mantengamos todas las garantías que los padres le

dieron, no con reluctancia, sino completa y limpiamente. Los republicanos han luchado por esto y con esto, hasta donde yo sé o creo, estarán satisfechos.

Ahora, si quiere escuchar —aunque supongo que no—, dirigiré unas palabras a la gente del sur.

Le diría: os consideráis un pueblo razonable y justo y yo considero que, respecto a las cualidades generales de razón y justicia, no sois inferiores a ningún otro pueblo. Sin embargo, cuando habláis de nosotros, los republicanos, lo hacéis solo para denunciarnos como reptiles o, en el mejor de los casos, como forajidos. Prestaríais oídos a piratas o asesinos, pero no a los «republicanos negros». En todas vuestras pugnas recíprocas, juzgáis que una condena incondicional del «republicanismo negro» es lo primero a lo que hay que atender. De hecho, esa condena parece un requisito imprescindible —una licencia, digamos— entre vosotros para ser admitido o autorizado a hablar. Ahora bien, ¿podríamos persuadiros a que os paraseis a pensar si eso es justo con nosotros e incluso con vosotros? Presentad vuestros cargos y alegaciones y tened la paciencia suficiente para oírnos negarlos o justificarlos.

Decís que somos seccionales. Lo negamos. Eso constituye una acusación y la prueba de la carga pesa sobre vosotros. Aportáis una prueba, ¿cuál? Que nuestro partido no existe en vuestra sección, no obtiene votos en vuestra sección. El hecho es esencialmente verdadero, pero ¿prueba eso la acusación? Si fuera así, en el caso de que, sin cambiar de principios, empezáramos a obtener votos en vuestra sección, dejaríamos de ser seccionales. No podéis evitar esta conclusión y, sin embargo, ¿estáis dispuestos a aceptarla? Si lo estáis, probablemente os deis cuenta en seguida de que habremos dejado de ser seccionales, pues obtendremos votos en vuestra sección este mismo año. Descubriréis, pues esa es la sencilla verdad, que vuestra prueba no afecta a la acusación. El hecho de que no hayamos obtenido votos en vuestra sección es cosa vuestra, no nuestra. Si hay falta en ese hecho, la falta es vuestra en primer lugar y lo seguirá siendo hasta que demostréis que nos rechazáis por algún principio o práctica erróneos. Si nos rechazáis por algún principio o práctica erróneos, la falta es nuestra, pero eso os llevaría allí donde tendríais que haber empezado: a una discusión de lo

bueno o malo de nuestros principios. Si nuestros principios, llevados a la práctica, perjudicaran a vuestra sección en beneficio nuestro o por cualquier otra razón, entonces nuestros principios, y nosotros con ellos, seríamos seccionales y sería justo que os opusierais y nos denunciarais como tales. Vayamos, pues, a la cuestión de si nuestros principios, llevados a la práctica, perjudican a vuestra sección y hagámoslo de modo que sea posible que podamos decir algo por nuestra parte. ¿Aceptáis el desafío? ¡No! Entonces creéis realmente que el principio que «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos» juzgaron tan justo como para adoptarlo, y respaldarlo una y otra vez con sus juramentos oficiales, es, de hecho, tan erróneo que exige vuestra condena sin un momento de consideración.

Algunos de vosotros os complacéis en ostentar la advertencia de Washington contra los partidos seccionales en su Discurso de despedida. Menos de ocho años antes de que Washington hiciera esa advertencia, aprobó, como presidente de los Estados Unidos, un decreto del Congreso que aplicaba la prohibición de la esclavitud al Territorio del Noroeste, un decreto que se incorporó a las disposiciones del gobierno a ese respecto hasta el mismo momento en que formuló aquella advertencia, y un año después de formularla, le escribió a La Fayette que consideraba aquella prohibición una sabia medida y expresaba, con el mismo propósito, su esperanza de que algún día formáramos una confederación de Estados libres.

Sin olvidarnos de esto, y viendo que el seccionalismo ha brotado desde entonces con el mismo objeto, ¿es aquella advertencia un arma en vuestras manos o en las nuestras? Si Washington hablara, ¿nos echaría la culpa del seccionalismo a nosotros, que seguimos sus resoluciones, o a vosotros, que las rechazáis? Tenemos en cuenta la advertencia de Washington y os la formulamos a vosotros, junto con su ejemplo, que señala una justa aplicación.

Decís que sois conservadores —eminentemente conservadores—, mientras que nosotros somos revolucionarios, destructores o algo por el estilo. ¿Qué es el conservadurismo? ¿No es la adhesión a lo antiguo y probado contra lo nuevo y no probado? Nosotros nos adherimos, y luchamos por ella, a la misma y antigua resolución, respecto a ese controvertido punto, adoptada por «los padres que

forjaron el gobierno bajo el que vivimos», mientras que vosotros, de común acuerdo, rechazáis, despreciáis y escupís sobre esa antigua resolución e insistís en sustituirla con otra nueva. Es cierto que diferís entre vosotros mismos respecto a la sustitución. Os dividen nuevas proposiciones y planes, pero sois unánimes en rechazar y denunciar la antigua resolución de los padres. Algunos de vosotros querríais que reviviera el comercio exterior de esclavos; otros un código sobre esclavos del Congreso para los territorios; otros, que el Congreso impidiera que los territorios prohibieran la esclavitud en sus fronteras; otros, que la esclavitud se mantuviera en los territorios por una sentencia judicial; otros, que prevaleciera el «gran principio» de que «si un hombre esclaviza a otro, un tercero no podrá oponerse», fantásticamente llamado «soberanía popular», pero ninguno de vosotros está a favor de la prohibición federal de la esclavitud en los territorios federales, de acuerdo con la práctica de «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos». Ninguno de vuestros planes podría mostrar un precedente o un partidario en el siglo que ha transcurrido desde que se originó nuestro gobierno. Considerad si vuestra pretensión de ser conservadores y el cargo de destrucción que nos imponéis se basan en los fundamentos más claros y estables.

Decís también que hemos acentuado la cuestión de la esclavitud más de lo que estaba antiguamente. Lo negamos. Admitimos que ahora es más prominente, pero negamos que nosotros la hayamos hecho así. No fuimos nosotros, sino vosotros, quienes abandonasteis la antigua resolución de los padres. Nos resistimos entonces, y aún nos resistimos, a vuestra innovación, y de aquí proviene la mayor prominencia de la cuestión. ¿Querríais reducir la cuestión a sus antiguas proporciones? Volved a la antigua resolución. Lo que ha sido volverá a ser en las mismas condiciones. Si queréis la paz de los viejos tiempos, volved a adoptar los preceptos y resoluciones de los viejos tiempos.

Nos acusáis de promover insurrecciones entre vuestros esclavos. Lo negamos, ¿y cuál es vuestra prueba? ¡Harper's Ferry! ¡John Brown! [86] John Brown no era republicano y no habéis logrado implicar a ningún republicano en su asalto a Harper's Ferry. Si algún miembro de nuestro partido es culpable en ese asunto, lo sabréis o no lo sabréis. Si lo sabéis, no tenéis excusa por no nombrarlo y probar el

hecho. Si no lo sabéis, no tenéis excusa por afirmarlo y, especialmente, por persistir en la afirmación tras haber intentado aportar una prueba y fracasado. No necesitaréis que os diga que persistir en una acusación que no sabéis si es verdadera es sencillamente una calumnia maliciosa.

Algunos de vosotros admitís que ningún republicano ayudó o alentó deliberadamente en el asunto de Harper's Ferry, pero insistís en que nuestras doctrinas y declaraciones necesariamente llevan a esos resultados. No lo creemos. Sabemos que no mantenemos doctrina alguna ni hacemos declaraciones que no mantuvieran o hicieran «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos». Nunca habéis jugado limpio con nosotros en este asunto. Cuando ocurrió, algunas elecciones estatales de importancia estaban próximas y os congratulabais visiblemente con la idea de que, echándonos la culpa, podríais sacar una ventaja en las elecciones. Llegaron las elecciones y vuestras expectativas no se cumplieron. Todos los republicanos sabían, para sí mismos al menos, que vuestra acusación era una calumnia y, por ello, no se inclinaron a votar a vuestro favor. Las doctrinas y declaraciones republicanas iban acompañadas por una continua protesta contra cualquier interferencia en lo que respecta a vuestros esclavos o a vosotros con vuestros esclavos. Seguramente que eso no los animaría a la revuelta. Es cierto que, de acuerdo con «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos», declaramos nuestra creencia en que la esclavitud es un mal, pero los esclavos ni siquiera nos han oído decirlo. Es difícil que los esclavos sepan que hay un Partido Republicano por lo que nosotros decimos o hacemos. Creo que, de hecho, lo saben por haber oído vuestras tergiversaciones. En vuestras luchas políticas internas, cada facción acusa a la otra de simpatía con el republicanismo negro y, para apoyar la acusación, define el republicanismo negro como mera insurrección, sangre y trueno entre los esclavos.

Las insurrecciones de esclavos no son ahora más frecuentes de lo que eran antes de organizarse el Partido Republicano. ¿Qué suscitó la insurrección de Southampton, hace veintiocho años, en la que se perdieron tres veces más vidas, al menos, que en Harper's Ferry? [87] Podéis estirar vuestra elástica fantasía hasta llegar a la conclusión de que la insurrección de Southampton fue «promovida

por el republicanismo negro». En la situación actual de los Estados Unidos, no creo que sea posible una insurrección general, ni siquiera demasiado amplia, de los esclavos. La unidad de acción indispensable no puede lograrse. Los esclavos no tienen medios rápidos de comunicación ni los podrían proporcionar los incendiarios libres, negros o blancos. Los materiales explosivos están repartidos por todas partes, pero no hay, ni nadie podría proporcionar, las mechas indispensables.

Mucho es lo que la gente del sur dice a propósito del afecto de los esclavos por sus amos y amas, y una parte de ello, al menos, es cierta. Una conspiración para sublevarse apenas podría ocurrírseles y comunicarse a veinte personas antes de que uno de ellos, para salvar la vida de uno de sus amos o amas favoritos, lo divulgara. Esa es la regla y la revolución de esclavos en Haití no fue una excepción, sino un caso que tuvo lugar en circunstancias peculiares. La conspiración de la pólvora en la historia inglesa, aunque sin relación con los esclavos, fue más señalada. En este caso, solo veinte personas conocían el secreto y, sin embargo, uno de ellos, angustiado por salvar a un amigo, le reveló la existencia de la trama y, en consecuencia, impidió la desgracia. Envenenamientos ocasionales en las cocinas, asesinatos claros o encubiertos en los campos y revueltas locales que se extiendan a una muchedumbre seguirán ocurriendo como resultado natural de la esclavitud, pero una insurrección general de los esclavos, en mi opinión, no podrá suceder en este país durante mucho tiempo. Todos los temores o esperanzas respecto a ese acontecimiento se disiparán.

En el lenguaje del señor Jefferson, expresado hace muchos años: «Aún está en nuestro poder dirigir el proceso de emancipación, y deportación, pacíficamente y de una manera tan gradual que el mal desaparezca inadvertidamente, conforme el lugar de los esclavos sea ocupado, pari passu, por trabajadores blancos libres. Si, por el contrario, lo abandonamos a la mera fuerza, la naturaleza humana temblará con la perspectiva».

El señor Jefferson no quería decir, ni yo tampoco, que el poder de emancipación estuviera en el gobierno federal. Él hablaba de Virginia y, en lo que concierne al poder de emancipación, yo hablo solo de los Estados esclavistas. El gobierno federal, sin embargo,

tiene el poder de restringir la extensión de la institución, el poder de asegurar que una insurrección de esclavos no tenga lugar en el suelo americano que ahora esté libre de la esclavitud.

El empeño de John Brown fue peculiar. No fue una insurrección de esclavos. Fue un intento de hombres blancos de promover una revuelta entre esclavos en la que los esclavos no quisieron participar. De hecho, fue tan absurdo que los esclavos, con toda su ignorancia, vieron claramente que no podía tener éxito. La filosofía de ese empeño se corresponde con los muchos intentos, relatados en la historia, de asesinar a reyes y emperadores. Un entusiasta medita sobre la opresión de un pueblo hasta que se imagina que el cielo le ha encargado que lo libere. Lo intenta y todo acaba en su propia ejecución. El intento de Orsini respecto a Luis Napoleón y el de John Brown en Harper's Ferry comparten la misma filosofía. La disposición a echar la culpa a la vieja Inglaterra en un caso y a Nueva Inglaterra en el otro no menoscaba el parecido entre ambos.

¿En qué podría beneficiaros el ejemplo de John Brown, del libro de Helper[88] o de otros asuntos parecidos para romper la organización republicana? La acción humana puede modificarse hasta cierto punto, pero la naturaleza humana no puede cambiar. Hay un juicio y un sentimiento contrarios a la esclavitud en esta nación que suman, al menos, un millón y medio de votos. No podéis destruir ese juicio ni ese sentimiento rompiendo la organización política que lo anima. No podéis dividir y dispersar un ejército en formación bajo vuestro fuego graneado, pero si pudierais, ¿qué ganaríais con sacar al sentimiento que lo creó del canal pacífico que lleva a las urnas para obligarlo a seguir otro? ¿Qué otro canal habría? ¿Se reduciría o aumentaría el número de los John Brown con esa operación?

Sin embargo, romperíais la Unión antes que someteros a una derogación de vuestros derechos constitucionales.

Ese es un rumor imprudente, pero quedaría paliado, si no justificado del todo, si nos propusiéramos, por la sola fuerza de los números, privaros de algún derecho formulado con claridad en la Constitución. Pero no nos proponemos eso.

Al plantearlo así, aludís a un derecho constitucional específico y

sobreentendido de llevar esclavos a los territorios federales y mantenerlos allí como propiedad. Pero ese derecho no está formulado específicamente en la Constitución. Ese instrumento no dice nada literalmente respecto a ese derecho. Nosotros, por el contrario, negamos que ese derecho exista en la Constitución, ni siquiera por implicación.

Vuestro propósito, entonces, dicho llanamente, es destruir el gobierno si no se os permite interpretar y aplicar la Constitución a vuestro gusto en todos los puntos en disputa entre vosotros y nosotros. O gobernáis o lo echáis todo a perder.

Dicho llanamente, ese es vuestro lenguaje. Tal vez digáis que el Tribunal Supremo ha decidido en la disputada cuestión constitucional a vuestro favor. No es así del todo. Prescindiendo de la distinción legislativa entre dictum y sentencia, el tribunal ha decidido la cuestión a vuestro favor parcialmente. El tribunal ha dicho en lo esencial que tenéis un derecho constitucional a llevar esclavos a los territorios federales y mantenerlos allí como propiedad. Cuando digo que la sentencia se ha dictado parcialmente, quiero decir que la ha dictado un tribunal dividido por una mayoría neta de jueces, que no estaban completamente de acuerdo unos con otros en las razones para dictarla, que la ha dictado de modo que sus partidarios declarados discrepan entre sí respecto a su significado y que se ha basado, principalmente, en un planteamiento equivocado, un planteamiento basado en la opinión de que «el derecho de propiedad de un esclavo está clara y expresamente formulado en la Constitución».

Un examen de la Constitución mostrará que el derecho de propiedad de un esclavo no está «clara y expresamente formulado» en ella. Tengamos en cuenta que los jueces no basaron su opinión judicial en que tal derecho estuviera implícitamente formulado en la Constitución, sino que defendieron la veracidad de que está «clara y expresamente» formulado allí; «claramente», es decir, sin que pueda confundirse con otra cosa; «expresamente», es decir, en palabras que signifiquen exactamente eso, sin ayuda de inferencias y no susceptibles de otro significado.

Si solo hubieran basado su opinión judicial en que tal derecho está formulado en aquel instrumento por implicación, habría sido

sencillo que otros mostrasen que las palabras «esclavo» y «esclavitud» no se encuentran en la Constitución, ni siquiera la palabra «propiedad», en relación con cualquier lenguaje referido a los esclavos o la esclavitud, y que dondequiera que se refiera al esclavo, se le llama «persona», y dondequiera que se refiera al derecho legal de su amo en relación con él se habla de «servicio o trabajo debidos», como una deuda que se pueda saldar con servicio o trabajo. También sería sencillo mostrar, en la historia contemporánea, que ese modo de aludir a los esclavos y la esclavitud, en lugar de hablar de ellos, fue empleado a propósito para excluir de la Constitución la idea de que pudiera considerarse propiedad a un hombre.

Es fácil y seguro mostrar todo esto.

¿No sería razonable esperar que, cuando se informe a los jueces de este obvio error, retiren su enunciado erróneo y reconsideren la conclusión basada en ese planteamiento?

Hay que recordar que «los padres que forjaron el gobierno bajo el que vivimos» —los hombres que elaboraron la Constitución— decidieron esta misma cuestión constitucional a nuestro favor hace mucho tiempo, la decidieron sin discrepar unos de otros, sin discrepar respecto a su significado una vez establecido y, hasta donde lo muestran las pruebas, sin basarse en ningún planteamiento equivocado.

En estas circunstancias, ¿os sentís verdaderamente justificados para demoler este gobierno si una sentencia judicial como la vuestra no se acepta inmediatamente como la regla final y conclusiva de la acción política? ¡No permitiríais la elección de un presidente republicano! Si eso sucediera, decís que destruiríais la Unión y que el crimen de haberla destruido ¡recaería sobre nosotros! Es fantástico. Un salteador de caminos apoya su pistola en mi sien y masculla entre dientes: «¡La bolsa o la vida, te mataré y serás un asesino!».

Desde luego que lo que el bandido me pide —mi dinero— es mío y tengo todo el derecho a conservarlo, pero no es más mío que mi voto, y la amenaza de muerte para robarme el dinero y la amenaza de destrucción de la Unión para robarme el voto apenas podrían

distinguirse en principio.

Ahora unas palabras para los republicanos. Lo más deseable es que todas las partes de esta gran confederación estén en paz y armonía unas con otras. Hagamos nosotros, los republicanos, lo que nos toca al respecto. Aunque nos provoquen, no nos dejemos llevar por la pasión y el disgusto. Aunque la gente del sur no nos escuche, consideremos tranquilamente sus peticiones y, con una perspectiva deliberada de nuestro deber, atendámoslas si podemos. Tras juzgar todo cuanto digan y hagan, y según el objeto y la naturaleza de nuestra controversia, determinemos, si podemos, con qué quedarían satisfechos.

¿Quedarían satisfechos si les entregáramos incondicionalmente los territorios? Sabemos que no. En sus quejas actuales contra nosotros, los territorios apenas han sido mencionados. Ahora la moda son las invasiones y las insurrecciones. ¿Quedarían satisfechos si, en el futuro, no tuviéramos nada que ver con invasiones e insurrecciones? Sabemos que no. Lo sabemos, pues sabemos que nunca hemos tenido nada que ver con invasiones e insurrecciones y, sin embargo, esta abstinencia completa no nos exime de la acusación y la denuncia.

La cuestión es recurrente: ¿con qué quedarían satisfechos? Con esto, sencillamente: no solo tendríamos que dejarlos estar, sino que, de algún modo, tendríamos que convencerlos de que los hemos dejado estar. Como sabemos por experiencia, esa no es una tarea sencilla. Hemos tratado de convencerlos desde el principio mismo de nuestra organización, pero sin éxito. En todos nuestros programas y discursos hemos manifestado, constantemente, nuestro propósito de dejarlos estar, pero eso no ha logrado convencerlos. Tampoco ha servido para convencerlos el hecho de no hayan descubierto a ninguno de nuestros hombres en el intento de molestarlos.

Si han fracasado todos estos medios naturales y, en apariencia, adecuados, ¿qué los convencería? Esto y solo esto: que dejáramos de considerar mala la esclavitud y nos uniéramos a ellos en considerarla justa, lo que habríamos de hacer a fondo, con hechos y palabras. No tolerarían el silencio, habríamos de situarnos claramente a su lado. La nueva ley de sedición del senador Douglas habría de ser promulgada y aplicada para suprimir todas las

declaraciones de que la esclavitud es mala, tengan lugar en la política, la prensa, los púlpitos o en privado. Tendríamos que detener y devolver a sus esclavos fugitivos con sumo placer. Deberíamos derogar las constituciones de nuestros Estados libres. Habría que desinfectar la atmósfera de toda señal de oposición a la esclavitud antes de que dejaran de creer que todos sus problemas proceden de nosotros.

Soy plenamente consciente de que ellos no plantearían el caso de esta manera. La mayoría de ellos, probablemente, nos diría: «Dejadnos estar, no nos hagáis nada y decid lo que queráis de la esclavitud». Pero los hemos dejado estar —nunca los hemos molestado—, así que, por fin, es lo que decimos lo que los deja insatisfechos. Seguirán acusándonos de hacer algo hasta que dejemos de decirlo.

También soy consciente de que, en esos términos, no han pedido la derogación de las constituciones de los Estados libres. Sin embargo, esas constituciones afirman que la esclavitud es mala con un énfasis más solemne que cualesquiera otras manifestaciones y, cuando acallen esas otras manifestaciones, pedirán la derogación de esas constituciones y nada podrá resistir su petición. Nada se opone a que pidan todo esto ahora. Pidieran lo que pidieran, y por la razón que fuera, no podrían detenerse voluntariamente antes de esa consumación. Al mantener, como mantienen, que la esclavitud es moralmente justa y socialmente edificante, no podrían dejar de pedir su pleno reconocimiento nacional como un derecho legal y una bendición social.

Nosotros no podríamos oponernos con otro fundamento que el de nuestra convicción de que la esclavitud es mala. Si la esclavitud fuera justa, las palabras, los hechos, las leyes y las constituciones contrarias a ella serían en sí mismos malos y habrían de ser acallados y desechados. Si fuera justa, no podríamos oponernos a su nacionalidad, a su universalidad; si es mala, entonces no pueden insistir precisamente en su extensión, en su engrandecimiento. Podríamos concederles todo lo que piden si pensáramos que la esclavitud es justa; ellos podrían concedernos igualmente lo que pedimos si pensaran que es mala. Que ellos piensen que es justa y nosotros pensemos que es mala es, precisamente, el punto del que

depende toda la controversia. No hay culpa, si piensan que es justa, como lo piensan, en desear su pleno reconocimiento, por ser justa; pero si pensamos que es mala, como pensamos, ¿podemos darles la razón? ¿Podríamos votar con su perspectiva y contra la nuestra? ¿Podríamos hacer esto con la perspectiva de nuestras responsabilidades morales, sociales y políticas?

Aunque pensamos que la esclavitud es mala, podríamos dejarla en paz donde esté, pues se debe a una necesidad surgida de su presencia en la nación, pero mientras nuestros votos lo impidan, ¿podríamos dejar que se extienda por los territorios nacionales y que nos inunde aquí, en los Estados libres? Si nuestro sentido del deber lo prohíbe, mantengámonos firmes en aras del deber, sin miedo y efectivamente. Que no nos distraigan esos impedimentos sofísticos con los que nos acosan y acometen, impedimentos como que busquemos a tientas un terreno intermedio entre lo justo y lo malo, una búsqueda tan vana como la del hombre que no está ni vivo ni muerto; como la resolución de «No me preocupa» respecto a una cuestión que preocupa a todos los hombres sinceros; como las apelaciones a la Unión y las súplicas a sus sinceros partidarios para que cedan ante los secesionistas, desoigan la regla divina y llamen al arrepentimiento a los piadosos, no a los pecadores; como las invocaciones a Washington, que imploran que los hombres desdigan lo que dijo Washington y deshagan lo que Washington hizo.

Que no desacrediten nuestro deber con falsas acusaciones contra nosotros, ni nos atemoricen con amenazas de destrucción del gobierno y de mazmorras para nosotros. TENGAMOS FE EN QUE LO JUSTO HACE LA FUERZA Y, CON ESA FE, HASTA EL FIN, ATREVÁMONOS A CUMPLIR NUESTRO DEBER SEGÚN LO ENTENDEMOS.

■

[85] «Address at Cooper Institute, New York City». Pronunciado el 27 de febrero de 1860. Trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, en Abraham Lincoln (2005), El Discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión, Madrid: Tecnos, pp.182–210.

[86] En 1859, el abolicionista John Brown y sus seguidores asaltaron el arsenal federal de Harper's Ferry, donde fueron reducidos por los soldados de la Unión. Varios de los hijos de Brown murieron en el asalto y posterior asedio y el propio Brown fue ejecutado por su acción, que, sin embargo, igual que su persona, había sido ampliamente admirada en el norte. Uno de sus defensores fue Henry David Thoreau, que escribió varios ensayos en su memoria y ayudaría a huir a algunos miembros de la banda.

[87] En agosto de 1831, un grupo de insurgentes negros capitaneados por Nat Turner asesinó a cerca de sesenta blancos, incluidos mujeres y niños, en el condado de Southampton, Virginia. Durante la represión posterior murieron más de cien esclavos negros y Turner y una veintena de sus compañeros fueron ejecutados.

[88] Lincoln se refiere a The Impending Crisis of the South: How to Meet It (1857), de Hinton R. Helper, que denostaba la esclavitud por el perjuicio que causaba a la economía del sur. Una versión abreviada del libro se publicó en el norte con ayuda de congresistas republicanos.

Primer

discurso inaugural

[89]

Conciudadanos de los

Estados Unidos:

En cumplimiento de una costumbre tan antigua como el propio gobierno, comparezco ante vosotros para dirigiros unas breves palabras y prestar, en vuestra presencia, el juramento que la Constitución de los Estados Unidos prescribe que ha de prestar el presidente «antes de entrar en posesión de su cargo».

No considero necesario, en este momento, discutir los asuntos de la administración sobre los que no hay especial ansiedad ni excitación.

Parece que hay, en los Estados del sur, cierta aprensión por que la llegada de una administración republicana ponga en peligro sus propiedades, su paz y su seguridad personal. No ha habido nunca una causa razonable para esa aprensión. De hecho, siempre se ha aportado la prueba más fiable de lo contrario y se ha podido someter a examen. Se encuentra en casi todos los discursos publicados de quien ahora se dirige a vosotros. Cito uno de esos discursos cuando declaro que «no albergo ningún propósito de interferir, directa o indirectamente, en la institución de la esclavitud en los Estados donde existe. Creo que no tengo derecho legal a hacerlo y tampoco inclinación». Quienes me nominaron y quienes me han elegido lo han hecho con pleno conocimiento de que he hecho esa declaración, y muchas similares, sin haberme retractado de ninguna de ellas. Más aún, formularon en el programa para que yo lo aceptara y como una ley para ellos mismos, y para mí, la clara

y enfática resolución que ahora os leo: «Resolvemos que el mantenimiento inviolado de los derechos de los Estados, y especialmente el derecho de cada Estado a ordenar y controlar sus propias instituciones domésticas de acuerdo con su juicio exclusivo, es esencial para el equilibrio de poder del que depende la perfección y la perduración de nuestra fábrica política, y denunciamos la invasión ilegal por una fuerza armada del suelo de cualquier Estado o territorio, sin importar con qué pretexto, como uno de los crímenes más graves».

Reitero ahora esos sentimientos y, al hacerlo, expongo ante la opinión pública la prueba más concluyente de la que es susceptible este caso: en modo alguno la administración entrante pone en peligro las propiedades, la paz y la seguridad de ninguna sección. Añadiré que toda la protección que, conforme a la Constitución y las leyes, pueda darse, se dará de buen grado a los Estados que la soliciten legalmente, cualquiera que sea la causa, de buen grado a una sección y a otra.

Hay una gran controversia sobre la entrega de los fugitivos del servicio o trabajo. La cláusula que ahora leo está tan sencillamente escrita en la Constitución como cualquier otra de sus disposiciones: «Ninguna persona sujeta a servicio o trabajo en un Estado, bajo las leyes respectivas, que escape a otro, quedará descargada, en virtud de una ley o regulación interna, de tal servicio o trabajo, y será entregada si es reclamada a la parte a la que tal servicio o trabajo se debe».

Es difícil cuestionar que quienes redactaron esta disposición se referían a la reclamación de lo que llamamos esclavos fugitivos, y la intención del legislador es la ley. Los miembros del Congreso juraron su apoyo a toda la Constitución, a esa disposición tanto como a cualquier otra. Respecto a la proposición, entonces, de que los esclavos cuyos casos recaigan en los términos de esa cláusula, «serán entregados», sus juramentos son unánimes. Ahora bien, si quisieran hacer el esfuerzo, de buen grado, ¿no podrían, con una unanimidad casi igual, elaborar y tramitar una ley para que se mantuviera aquel juramento unánime?

Hay cierta diferencia de opinión respecto a si esta cláusula ha de ser aplicada por la autoridad nacional o estatal, pero, seguramente, esa

diferencia no tiene demasiado peso. Si el esclavo ha de ser entregado, apenas tendrá importancia para él, o para otros, cuál sea la autoridad que lo haga. ¿Podría alguien admitir, en todo caso, que su juramento no se mantuviera por una controversia insustancial respecto a cómo habría de mantenerse?

De nuevo, en cualquier ley al respecto, ¿no deberían introducirse todas las salvaguardas de la libertad conocidas en la jurisprudencia civilizada y humana para que un hombre libre no fuera en ningún caso entregado como esclavo? ¿Y no debería también, al mismo tiempo, proponerse por ley la aplicación de la cláusula de la Constitución que garantiza que «los ciudadanos de cada Estado tendrán derecho a todos los privilegios e inmunidades de los ciudadanos de los demás Estados»?

Presto el juramento oficial en este día sin reservas mentales ni propósito alguno de interpretar la Constitución o las leyes por medio de reglas hipercríticas. Aunque prefiero no especificar los decretos particulares del Congreso más idóneos para ser promulgados, sugiero que sería más seguro para todos, tanto en los puestos públicos como privados, conformarse y acatar aquellos decretos que no hayan sido derogados antes que violar uno solo de ellos, confiando en encontrar impunidad al tenerlos por inconstitucionales.

Hace setenta y dos años de la primera inauguración presidencial bajo nuestra Constitución nacional. Durante ese periodo, quince ciudadanos diferentes y eminentemente distinguidos se han sucedido en la administración de la rama ejecutiva del gobierno. Lo han guiado a través de muchos peligros y, en general, con éxito. Sin embargo, pese al alcance de estos precedentes, asumo ahora la misma tarea para el breve término constitucional de cuatro años en medio de grandes y peculiares dificultades. Una disrupción de la Unión federal que hasta el momento era solo una amenaza se está intentando ahora de un modo formidable.

Afirmo que, a la vista de la ley universal y de la Constitución, la Unión de estos Estados es perpetua. La perpetuidad está implícita, si no es expresa, en la ley fundamental de todos los gobiernos nacionales. Es seguro afirmar que ningún gobierno en sentido estricto ha incluido una disposición en su ley orgánica para su

propia terminación. Sigamos aplicando las provisiones expresas de nuestra Constitución nacional y la Unión durará siempre: será imposible destruirla salvo por una acción no provista por el instrumento mismo.

Si los Estados Unidos no son un gobierno en sentido estricto, sino una asociación de Estados basada en la mera naturaleza de un contrato, ¿podrían, como contrato, separarse pacíficamente sin que intervinieran todas las partes que lo firmaron? Una parte puede violar un contrato, romperlo, por así decirlo, pero ¿no hacen falta todas las partes para rescindirlo legalmente?

Siguiendo estos principios generales, encontramos la proposición de que, desde un punto de vista legal, la Unión es perpetua, lo que confirma la propia historia de la Unión. La Unión es más antigua que la Constitución. Se formó de hecho con los Artículos de la Asociación de 1774. Continuó madurando con la Declaración de Independencia de 1776. Maduró por completo y la fe de los entonces trece Estados se empeñó y comprometió expresamente en que fuera perpetua en los Artículos de la Confederación de 1778. Por fin, en 1787, uno de los objetos declarados para ordenar y establecer la Constitución fue «formar una Unión más perfecta».

Pero si uno, o solo una parte, de los Estados pueden destruir legalmente la Unión, la Unión es menos perfecta que antes de la Constitución, al haber perdido el elemento vital de la perpetuidad.

De estas premisas se sigue que ningún Estado, por propia iniciativa, puede separarse legalmente de la Unión, que las resoluciones y ordenanzas al efecto son legalmente vanas y que los actos de violencia, en uno o más Estados, contra la autoridad de los Estados Unidos son insurreccionales o revolucionarios, según las circunstancias.

Considero, por tanto, con la perspectiva de la Constitución y las leyes, que la Unión no se ha roto y, hasta donde alcance mi habilidad, procuraré, como la Constitución expresamente me encarga, que las leyes de la Unión se cumplan fielmente en todos los Estados. Creo que no hago más que cumplir con mi deber y lo cumpliré mientras sea practicable, a menos que mi legítimo dueño, el pueblo americano, me retire los medios necesarios o, de cualquier

modo autorizado, me indique lo contrario. Confío en que esto no se entienda como una amenaza, sino solo como el propósito manifiesto de que la Unión se defenderá y se mantendrá constitucionalmente.

Para ello no hay necesidad de derramar sangre ni de violencia, y no la habrá a menos que se fuerce a la autoridad nacional. Usaré el poder que se me ha confiado para mantener, ocupar y poseer la propiedad y las plazas que pertenecen al gobierno y para recaudar las tasas e impuestos, pero más allá de lo que sea necesario para esos cometidos, no habrá invasión ni se usará la fuerza contra o por el pueblo en ninguna parte. Donde la hostilidad a los Estados Unidos, en una localidad interior, sea tan grande y universal que impida a los ciudadanos residentes desempeñar competentemente sus cargos federales, no se obligará a desempeñarlos a forasteros que puedan resultar odiosos al pueblo. Aunque el gobierno tenga un derecho estrictamente legal a exigir el desempeño de esos cargos, el intento sería tan irritante, y casi impracticable en conjunto, que creo que sería mejor renunciar, temporalmente, a desempeñar esos cargos.

El correo, salvo que sea rechazado, seguirá repartiéndose por toda la Unión. Hasta donde sea posible, el pueblo tendrá la sensación de perfecta seguridad que resulta más favorable para el pensamiento y la reflexión en calma. Se seguirá el curso indicado salvo que los acontecimientos, y la experiencia, muestren una modificación o cambio más adecuados y, en cualquier caso o exigencia, ejerceré toda mi discreción, de acuerdo con las condiciones que prevalezcan y con la perspectiva de la esperanza de una solución pacífica de los problemas nacionales y la restauración de las simpatías y los afectos fraternos.

Que haya personas en una u otra sección que tratan de destruir la Unión a toda costa y se alegran de cualquier pretexto para hacerlo no lo confirmaré ni lo negaré; si las hay, no tengo necesidad de dirigirles la palabra. Sin embargo, ¿no puedo hablar a quienes verdaderamente aman la Unión?

Antes de entrar en una materia tan grave como la destrucción de nuestra fábrica nacional, con todos sus beneficios, sus memorias, sus esperanzas, ¿no sería más sensato preguntar, precisamente, por qué la erigimos? ¿Daréis un paso tan desesperado mientras quede la

posibilidad de que una parte de los males de los que huis no existan realmente? ¿Lo daréis, cuando los males a los que os dirigís son mayores que los males reales de los que huís? ¿Os arriesgaréis a cometer un error tan terrible?

Todos admiten estar satisfechos con la Unión mientras puedan mantenerse los derechos constitucionales. ¿Es cierto, entonces, que se haya conculcado un derecho llanamente escrito en la Constitución? Creo que no. Felizmente, la mente humana está constituida de tal modo que ningún partido tendrá la audacia de hacerlo. Pensad, si podéis, en un solo ejemplo en que una disposición llanamente escrita en la Constitución haya sido conculcada. Si, por la mera fuerza de los números, una mayoría privara a una minoría de un derecho constitucional claramente escrito, eso podría, desde un punto de vista moral, justificar la revolución; desde luego que lo haría, si ese derecho fuera vital. Pero ese no es nuestro caso. Los derechos vitales de las minorías y de los individuos están tan asegurados, por afirmaciones y negaciones, garantías y prohibiciones, en la Constitución, que nunca se ha suscitado una controversia al respecto. No podría forjarse, sin embargo, ley orgánica alguna con una disposición específicamente aplicable a cualquier cuestión que pudiera surgir en la administración práctica. No puede anticiparse la previsión y ningún documento de extensión considerable contiene provisiones expresas para todas las cuestiones posibles. Los fugitivos del trabajo, ¿serán entregados por la autoridad nacional o la estatal? La Constitución no lo dice expresamente. ¿Podría el Congreso prohibir expresamente la esclavitud en los territorios? La Constitución no lo dice expresamente. ¿Debería el Congreso proteger la esclavitud en los territorios? La Constitución no lo dice expresamente.

De cuestiones de esta clase brotan todas nuestras controversias constitucionales y, al respecto, nos dividimos en mayorías y minorías. Si la minoría no consiente, la mayoría debe hacerlo o cesaría el gobierno. No hay alternativa; para la continuidad del gobierno ha de haber acuerdo de una parte o de otra. Si, en ese caso, la minoría se separa en lugar de consentir, establece un precedente que, en su momento, la dividirá y arruinará, pues una minoría se separará de ella misma cuando una mayoría rechace ser controlada por la minoría. Por ejemplo, ¿no podría una parte de

una nueva confederación, dentro de uno o dos años, separarse arbitrariamente, del mismo modo que las partes de la Unión actual tratan de separarse de ella? Todos los que albergan sentimientos secesionistas han sido educados para tener la disposición de ánimo necesaria para ello. ¿Hay una identidad de intereses tan perfecta entre los Estados para componer una nueva Unión y producir solo armonía e impedir una futura secesión?

Dicho llanamente, la idea central de la secesión es la esencia de la anarquía. Una mayoría, con la restricción de los frenos constitucionales y las limitaciones, que cambia con facilidad según los cambios deliberados de las opiniones y los sentimientos populares, es el único soberano verdadero de un pueblo libre. Quien la rechace, necesariamente se desplaza hacia la anarquía o el despotismo. La unanimidad es imposible; la regla de la minoría como arreglo permanente es completamente inadmisible, de modo que, si se rechaza el principio de la mayoría, la anarquía o cualquier forma de despotismo será lo único que quede.

No olvido la posición que algunos asumen de que las cuestiones constitucionales ha de decidirlas el Tribunal Supremo, ni niego que tales sentencias sean vinculantes en cualquier caso para las partes en litigio, en lo que respecta a ese litigio, además de aspirar al mayor respeto y consideración, en los casos paralelos, de los demás departamentos del gobierno. Puesto que es obviamente posible que una sentencia semejante pueda ser errónea en algún caso, el efecto pernicioso que le sigue, limitado a ese caso particular que podría ser revisado sin llegar a convertirse en un precedente para otros, será mejor tolerado que los males de una práctica distinta. Al mismo tiempo, el ciudadano imparcial habrá de confesar que, si las resoluciones del gobierno en cuestiones vitales que afectan a todo el pueblo han de quedar irrevocablemente fijadas por sentencias del Tribunal Supremo en el instante mismo en que se tomen, en los litigios ordinarios entre las partes, en las acciones personales, entonces el pueblo dejará de gobernarse a sí mismo, habiendo resignado prácticamente su gobierno hasta ese extremo en las manos de ese eminente tribunal. Con esta perspectiva, no se trata de un ataque al tribunal ni a los jueces. Es un deber, que no pueden eludir, resolver los casos que estrictamente se les planteen y no es falta suya si otros tratan de darles a sus sentencias un propósito

político.

Una sección de nuestro país cree que la esclavitud es justa y debe extenderse, mientras que la otra cree que es mala y no debe extenderse. Esta es la única disputa sustancial. Tal vez la cláusula del esclavo fugitivo de la Constitución y la ley para la supresión del comercio exterior de esclavos se hayan aplicado tan bien como puede aplicarse una ley en una comunidad en la que el sentido moral del pueblo soporta imperfectamente la misma ley. El gran cuerpo del pueblo acepta ambos casos por una escueta obligación legal y unos pocos infringen ambas disposiciones. Creo que esto no se puede remediar perfectamente y que, en ambos casos, sería peor después de separarse las secciones que antes. El comercio exterior de esclavos, ahora imperfectamente suprimido, reviviría al cabo sin restricción en una de las secciones, mientras que los esclavos fugitivos, ahora entregados solo de una manera parcial, no serían entregados de ninguna manera por la otra sección.

Físicamente hablando, no podemos separarnos. No podemos apartar nuestras respectivas secciones una de otra ni construir un muro infranqueable entre ellas. Marido y mujer pueden divorciarse y alejarse más allá del alcance respectivo, pero las diferentes partes de un país no pueden hacerlo. Han de seguir cara a cara y el trato, amistoso u hostil, debe seguir dándose entre ellas. ¿Sería posible, entonces, volver más ventajoso ese trato, o más satisfactorio, después de la separación de lo que era antes? ¿Podrían los extranjeros firmar tratados más fácilmente de lo que los amigos elaboran leyes? ¿Podrían los tratados aplicarse más fielmente entre extranjeros que las leyes entre amigos? Suponed que vais a la guerra: no podréis luchar siempre y, cuando, tras muchas pérdidas por ambas partes, y ninguna ganancia, dejéis de luchar, las mismas viejas cuestiones, en los términos del trato, volverán a plantearse entre vosotros.

Este país, con sus instituciones, pertenece al pueblo que lo habita. Cuando el pueblo se canse del gobierno existente, podrá ejercer su derecho constitucional a enmendarlo o su derecho revolucionario a desmembrarlo o derribarlo. No podría ser ignorante del hecho de que muchos ciudadanos dignos y patriotas desean enmendar la Constitución nacional. Aunque no recomiendo las enmiendas,

reconozco plenamente la autoridad legítima del pueblo en este asunto para llevarlas a cabo de cualquiera de los modos prescritos por el propio instrumento y, en las circunstancias existentes, yo favorecería, en lugar de oponerme, la oportunidad del pueblo para obrar al respecto.

Me atrevo a añadir que prefiero el modo de la convención, puesto que permite que las enmiendas se originen en el pueblo, en lugar de permitirle solo que acepte o rechace proposiciones de otros, que no habrían sido elegidos especialmente con ese propósito, y que tal vez no fueran las que el pueblo aceptaría o rechazaría. Sé que hay una propuesta de enmienda de la Constitución, enmienda que, sin embargo, no he visto que haya sido tramitada en el Congreso, al efecto de que el gobierno federal no interfiera en las instituciones internas de los Estados, incluyendo la de las personas sujetas a servicio. Para evitar una mala interpretación de lo que he dicho, me aparto de mi propósito de no hablar de enmiendas particulares hasta el punto de mantener que no tengo objeciones que hacer a que esa disposición, hasta ahora implícita en la ley constitucional, sea expresa e irrevocable.

El primer magistrado recibe su autoridad del pueblo y el pueblo no le ha concedido la capacidad de fijar los términos para la separación de los Estados. El pueblo podría hacer eso si quisiera, pero el ejecutivo, como tal, no tiene nada que ver con ello. Su deber es administrar el gobierno actual conforme llega a sus manos y transmitirlo intacto a su sucesor.

¿Por qué no hay una confianza paciente en la justicia final del pueblo? ¿Hay otra esperanza mejor o igual en el mundo? En nuestras diferencias actuales, ¿hay algún partido que no confíe en estar en lo cierto? Si el todopoderoso Gobernador de las naciones, con su eterna verdad y justicia, estuviera al lado del norte, o al lado del sur, la verdad y la justicia prevalecerían en el juicio de este gran tribunal, el pueblo americano.

Por la forma del gobierno bajo el que vivimos, este mismo pueblo ha dado sabiamente a sus servidores públicos poco poder para hacer daño y, con la misma sabiduría, ha previsto la devolución de ese poder a sus manos tras breves intervalos.

Mientras el pueblo mantenga su virtud y vigilancia, ninguna administración, en un extremo de maldad o locura, podrá perjudicar seriamente al gobierno en el breve espacio de cuatro años.

Compatriotas, todos y cada uno, pensad con calma y bien en este asunto. Nada que sea valioso se perderá por tomarnos tiempo. Si hubiera un fin que os urgiera, a toda prisa, a dar un paso que no daríais deliberadamente, ese fin se frustraría si lo demorásemos, pero un buen fin no se verá frustrado por ello. Quienes estén insatisfechos aún tienen la vieja Constitución intacta y, en el punto en cuestión, las leyes que habéis elaborado bajo su amparo, mientras que la nueva administración carece de poder inmediato, aunque quisiera, para cambiarlas. Aun admitiendo que estéis insatisfechos, manteneos en el lado acertado de la disputa; no hay una sola razón para precipitaros a la acción. La inteligencia, el patriotismo, el cristianismo y una firme confianza en Aquel que no ha abandonado esta tierra favorecida, siguen siendo útiles para solventar, del mejor modo, nuestras dificultades actuales.

En vuestras manos, mis insatisfechos compatriotas, y no en las mías, está el motivo decisivo para la Guerra Civil. El gobierno no os atacará. No habrá conflicto si no sois los agresores. Vosotros no habéis depositado un juramento en el cielo para destruir el gobierno, mientras que yo he prestado el más solemne para «preservarlo, protegerlo y defenderlo».

Termino. No somos enemigos, sino amigos. No debemos ser enemigos. Aunque la pasión aumente, no debe romper los vínculos del afecto. Las cuerdas místicas de la memoria, pulsadas en cada campo de batalla, y la tumba del patriota, en todos los corazones y hogares vivos a lo largo y a lo ancho de esta tierra, se unen al coro de la Unión cuando las tocan, como seguramente harán, los mejores ángeles de nuestra naturaleza.

■

[89] «First Inaugural Address». Pronunciado el 4 de marzo de 1861 en Washington. Trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, en Abraham

Lincoln (2005), El Discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión, Madrid: Tecnos, pp.214–227.

Proclama de emancipación

definitiva

[90]

Considerando que, en el vigésimo segundo día de septiembre del año de nuestro Señor mil ochocientos sesenta y dos, el presidente de los Estados Unidos emitió una proclamación que contenía, entre otras cosas, lo siguiente:

Que desde el primer día de enero del año de nuestro Señor mil ochocientos sesenta y tres, todas las personas mantenidas como esclavos en un Estado o en una parte de un Estado, cuyo pueblo esté en rebelión contra los Estados Unidos, serán libres para siempre, y el gobierno ejecutivo de los Estados Unidos, incluyendo la autoridad militar y naval, reconocerá y mantendrá la libertad de tales personas y no hará ni promulgará decreto alguno que reprima a tales personas, ni a ninguna de ellas, en cualquier esfuerzo que emprendan en su situación de libertad real.

Que el ejecutivo, el primer día de enero mencionado, por proclamación, designará los Estados y partes de los Estados, si los hay, cuyo pueblo respectivo esté en rebelión contra los Estados Unidos, y el hecho de que un Estado, o su pueblo, esté en aquel día, con buena fe, representado en el Congreso de los Estados Unidos por miembros escogidos en elecciones en las que haya participado una mayoría de los votantes cualificados del Estado será, en ausencia de un testimonio suficiente de mayor valor, considerado una prueba concluyente de que ese Estado, y su pueblo, no está en rebelión contra los Estados Unidos.

Ahora yo, Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos, en virtud del poder de que se me ha investido como comandante en jefe del ejército y la armada de los Estados Unidos en el momento de la actual rebelión contra la autoridad y el gobierno de los Estados Unidos, y como una medida de guerra necesaria y adecuada para suprimir dicha rebelión, en este primer día de enero del año de nuestro Señor mil ochocientos sesenta y tres, y de acuerdo con mi propósito públicamente declarado durante un periodo de cien días, ordeno y designo como Estados y partes de Estados en que el pueblo está en este día en rebelión contra los Estados Unidos los siguientes: Arkansas, Texas, Luisiana (salvo los distritos de St. Bernard, Plaquemines, Jefferson, St. Johns, St. Charles, St. James, Ascension, Assumption, Terrebonne, Lafourche. St. Mary, St. Martin y Orleáns, incluyendo la ciudad de Nueva Orleáns), Mississippi, Alabama, Florida, Georgia, Carolina del Sur, Carolina del Norte y Virginia (salvo los cuarenta y ocho condados designados como Virginia occidental y los condados de Berkley, Accomac, Northampton, Elizabeth–City, York, Princess Ann y Norfolk, incluyendo las ciudades de Norfolk y Portsmouth).

En virtud del poder, y con el propósito mencionado, ordeno y declaro que todas las personas mantenidas como esclavos en los Estados designados, y partes de los Estados, salvo en aquellas partes exceptuadas que se quedan como si esta proclamación no se hubiera emitido, sean en adelante libres y que el gobierno ejecutivo de los Estados Unidos, incluyendo la autoridad militar y naval, reconozca y mantenga la libertad de tales personas.

Ordeno al mismo tiempo al pueblo declarado libre que se abstenga de toda violencia, salvo que sea necesaria en caso de defensa propia, y le recomiendo que, en los casos que lo permitan, trabaje fielmente por salarios razonables.

Declaro, asimismo, y hago saber que tales personas, en condiciones favorables, serán recibidas en el servicio armado de los Estados Unidos para la guarnición de fuertes, posiciones, estaciones y otros lugares, así como en los barcos de toda clase en el servicio mencionado.

En aras de este acto, que sinceramente se tiene por un acto de justicia, garantizado por la Constitución, por necesidad militar,

invoco el juicio considerado de la humanidad y el gracioso favor de Dios todopoderoso.

En testimonio de todo lo cual, pongo con mi mano el sello de los Estados Unidos.

En la ciudad de Washington, el primer día de enero del año de nuestro Señor mil ochocientos sesenta y tres, y octogésimo séptimo de la Independencia de los Estados Unidos.

Por el presidente, Abraham Lincoln,

William H. Seward, secretario de Estado.

[90] «Emancipation Proclamation», 1 de enero de 1863. Trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, en Abraham Lincoln (2005), El Discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión, Madrid: Tecnos, pp.250–252.

Discurso de Gettysburg

[91]

Hace ocho décadas y siete años nuestros padres alumbraron en este continente una nueva nación, concebida en libertad y dedicada a la proposición de que todos los hombres han sido creados iguales.

Ahora estamos empeñados en una gran Guerra Civil para probar si aquella nación, o cualquier nación concebida de ese modo y dedicada a ese propósito, puede perdurar. Nos encontramos en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a dedicar una parte de este campo a lugar definitivo de descanso de quienes dieron aquí sus vidas para que aquella nación viviera. Es completamente adecuado y apropiado que lo hagamos.

Pero, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos venerar este suelo. Los valientes, vivos y muertos, que lucharon aquí ya lo han consagrado, muy por encima de nuestro escaso poder para poner y quitar. El mundo no tomará nota ni recordará durante mucho tiempo lo que digamos aquí, pero no podrá olvidar nunca lo que ellos hicieron. Más bien es a nosotros, los vivos, a quienes toca dedicarnos ahora al trabajo inacabado que quienes lucharon aquí adelantaron de un modo tan noble. Más bien es a nosotros a quienes toca dedicarnos a la gran tarea que tenemos por delante: aumentar, por estos muertos honorables, nuestra devoción a la causa por la que ellos dieron hasta la última medida de la devoción; resolver aquí, por encima de todo, que estos muertos no murieron en vano; que esta nación, bajo la mirada de Dios, tendrá un nuevo nacimiento de la libertad y que el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparecerá de la tierra.

▮

[91] «Address at Gettysburg, Pennsylvania». Pronunciado el 19 de noviembre de 1863. Lincoln supervisó la publicación de este texto —cuyo manuscrito, si lo hubo, no se ha conservado, lo que ha favorecido la leyenda de su improvisación, a pesar de compartir todos los rasgos de estilo de su escritura final— en Autograph Leaves of Our Country en la primavera de 1864, a cargo de la Feria Sanitaria de Baltimore, en la que pronunciaría un importante discurso el 18 de abril, dedicado a establecer las diferencias de significado entre la libertad y la tiranía, en el momento en que habían llegado las noticias de una masacre de soldados negros de la Unión a manos de las tropas confederadas. Trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, en Abraham Lincoln (2005), El Discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión, Madrid: Tecnos, pp.253–254.

Segundo

discurso inaugural

[92]

Conciudadanos:

En esta segunda comparecencia para prestar el juramento del cargo presidencial, hay menos ocasión para un discurso extenso de lo que hubo en la primera. Entonces un planteamiento, más o menos detallado, del curso que se seguiría parecía adecuado y apropiado. Ahora, al término de cuatro años, durante los cuales las declaraciones públicas se han sucedido constantemente sobre cada aspecto y cada fase de la gran lucha que aún absorbe la atención y acapara las energías de la nación, pocas novedades pueden presentarse. El público conoce tan bien como yo mismo el progreso de nuestros ejércitos, del que depende todo lo esencial, y confío en que sea razonablemente satisfactorio y alentador para todos. Con gran esperanza para el futuro, no aventuraré ninguna predicción al respecto.

Hace cuatro años, en esta misma ocasión, todos los pensamientos se dirigían ansiosamente hacia una inminente Guerra Civil. Todos la temían, todos querían evitarla. Mientras pronunciaba el discurso inaugural desde este lugar, dedicado íntegramente a salvar la Unión sin guerra, había agentes insurgentes en la ciudad tratando de destruirla sin guerra, tratando de disolver la Unión y dividir los efectivos por medio de la negociación. Ambos partidos despreciaban la guerra, pero uno de ellos iría a la guerra antes que dejar que sobreviviera la nación y el otro aceptaría la guerra antes que dejar que pereciera. Y estalló la guerra.

Una octava parte de la población estaba formada por esclavos de

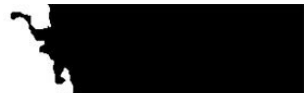
color, no distribuidos generalmente por la Unión, sino localizados en la parte del sur. Esos esclavos constituían un peculiar y poderoso interés. Todos sabían que ese interés era, en cierto modo, la causa de la guerra. Incrementar, perpetuar y extender ese interés era el fin por el que los insurgentes dividirían la Unión incluso por medio de la guerra, mientras que el gobierno declaraba que no tenía derecho a hacer otra cosa que restringir su prolongación territorial. Ningún partido esperaba que la guerra, en caso de estallar, alcanzara la magnitud y la duración que ha alcanzado. Ninguno anticipaba que la causa del conflicto podría cesar cuando el conflicto mismo terminase, o incluso antes. Ambos preveían un triunfo más fácil y un resultado menos fundamental y terrible. Ambos leían la misma Biblia y rezaban al mismo Dios y cada uno invocaba Su ayuda contra el otro. Podría parecer extraño que alguien se atreviera a pedir una justa ayuda de Dios para obtener su pan con el sudor de la frente de otros hombres, pero no juzguemos para no ser juzgados. Las plegarias de los dos partidos no podían ser atendidas; ninguna lo ha sido plenamente. El Todopoderoso tiene sus propios designios. «¡Ay del mundo por las ofensas! Es inevitable que haya ofensas. Pero ¡ay del hombre por quien viene la ofensa!» Si supusiéramos que la esclavitud americana es una de esas ofensas que, por la providencia de Dios, deben suceder, pero que, habiendo durado hasta que Él señalara su tiempo, ahora es cuando Él desea que acabe, y que Él ha dado al norte y al sur esta terrible guerra como aflicción debida a aquel por quien viene la ofensa, ¿discerniríamos en ello una desviación de los atributos que los creyentes en un Dios viviente siempre le han adscrito a Él? Hondamente esperamos, rezamos fervientemente para que este poderoso azote de la guerra pase rápidamente. Sin embargo, si Dios desea que continúe hasta que toda la riqueza acumulada durante doscientos cincuenta años de trabajo no remunerado del esclavo se hunda, y hasta que cada gota de sangre derramada por el látigo sea pagada con otra derramada por la espada, habrá que decir lo que se dijo hace tres mil años: «Los mandatos del Señor son rectos».

Sin malicia para nadie, con caridad para todos, con firmeza en lo justo, según Dios nos deja ver lo justo, esforcémonos para terminar la obra en la que estamos empeñados, para vendar las heridas de la nación, para cuidar de quien ha sufrido en la batalla y a su viuda y a su huérfano, para hacer todo cuanto pueda depararnos y abrigar

una paz justa y duradera entre nosotros mismos y con todas las naciones.

■

[92] «Second Inaugural Address». Pronunciado el 4 de marzo de 1865. Trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, en Abraham Lincoln (2005), El Discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión, Madrid: Tecnos, pp.255–257.



Karl Marx

La Guerra Civil

norteamericana

[93]

Londres, 20 de octubre de 1861

Hace meses que los más destacados diarios y semanarios de la prensa londinense repiten la misma letanía sobre la Guerra Civil americana. Aunque insultan a los Estados libres del norte, se defienden afanosamente de la sospecha de simpatizar con los Estados esclavistas del sur. En realidad, todo el tiempo escriben dos tipos de artículos: el uno para atacar al norte, el otro para excusarse de sus ataques al norte. Qui s'excuse s'accuse.

En esencia extenuantes, sus argumentos rezan así: la guerra entre el norte y el sur es un simple conflicto de aranceles. Nada tiene que ver con los principios ni con la cuestión del esclavismo, y en realidad remite a la sed de soberanía que tiene el norte. Finalmente, incluso si la justicia estuviese del lado del norte, ¡sería empresa inútil querer subyugar por la violencia a ocho millones de anglosajones!. ¿Acaso la separación del sur no liberaría al norte de toda relación con la esclavitud de los negros y le aseguraría —cuenta habida de sus veinte millones de habitantes y de su inmenso territorio— un desarrollo superior, cuya amplitud ni él mismo imagina? En consecuencia, ¿no debería el norte saludar la secesión como un acontecimiento venturoso, en lugar de intentar domeñarla mediante una Guerra Civil sangrienta y fútil?

Vamos a considerar punto por punto la prédica de la prensa inglesa.

La guerra entre el norte y el sur —tal es la primera excusa— no es más que una simple guerra de aranceles, una guerra entre un

sistema proteccionista y otro librecambista, en la que Inglaterra se pone, naturalmente, del lado de la libertad comercial. ¿Puede el propietario de esclavos gozar plenamente de los frutos del trabajo de sus esclavos o debe ser parcialmente despojado de ellos por los proteccionistas del norte? Tal es la cuestión que se plantea en esta guerra.

Le estaba reservado al Times hacer este brillante descubrimiento, aplicándose el Economist, el Examiner, la Saturday Review y tutti quanti a desarrollar el tema en detalle. Merece la pena señalar que este descubrimiento se hizo, no en Charleston, sino en Londres. Naturalmente, en América todos saben que el sistema de libre cambio prevaleció desde 1846 hasta 1861, y que fue preciso esperar hasta 1861 para que el representante Morrill lograse la aprobación por el Congreso de su sistema de protección aduanera, después de que la rebelión hubiera estallado. No ha habido, pues, secesión porque el Congreso hubiera votado el sistema de aranceles de Morrill, sino que, en el mejor de los casos, este sistema fue adoptado en el Congreso porque la secesión había estallado.

Cuando Carolina del Sur sufrió en 1831 su primer ataque de secesión, las leyes proteccionionistas de 1828 le sirvieron ciertamente de pretexto, pero solo de pretexto, como se ha sabido por la declaración del general Jackson. En realidad, esta vez no se ha vuelto a hacer uso del viejo pretexto. En el Congreso de la secesión de Montgomery,[94] se evitó cualquier alusión al problema de los aranceles, ya que el cultivo azucarero de Louisiana —uno de los Estados más influyentes del sur— depende enteramente de la protección aduanera.

Por otra parte, la prensa londinense sigue alegando que la guerra de los Estados Unidos apunta exclusivamente al mantenimiento de la Unión por la fuerza. Los yanquis no pueden avenirse a borrar quince estrellas de su bandera.[95] Quieren otorgarse una posición colosal en la escena mundial. ¡Ciertamente, todo sería muy distinto si esta guerra se librase por la abolición de la esclavitud!, pero, como declara categóricamente la Saturday Review, esta guerra nada tiene que ver con la cuestión de la esclavitud.

Ante todo, hace falta recordar que la guerra no ha sido provocada por el norte, sino por el sur. El norte se encuentra a la defensiva.

Durante meses, ha visto sin rechistar cómo los secesionistas se apoderaban de fuertes, arsenales militares, instalaciones portuarias, edificios aduaneros, oficinas de tesorería, buques y depósitos de armas de la Unión; ha visto cómo se ofendía a su bandera y se hacía prisioneros a cuerpos enteros de tropas. Finalmente, los secesionistas decidieron forzar al gobierno de la Unión a salir de su pasividad mediante un flagrante acto de guerra, y fue por esta sola razón por lo que bombardearon Fort Sumter, cerca de Charleston. El 11 de abril (1861), su general Beauregard se enteró en el curso de una entrevista con el comandante de Fort Sumter, mayor Anderson, de que la plaza solo disponía de víveres para tres días y que, pasado este plazo, tendría que rendir las armas. A fin de acelerar la rendición, a primera hora del día siguiente (12 de abril) los secesionistas iniciaron un bombardeo que debía conducir a la caída de la plaza en pocas horas. Apenas llegó la noticia por telégrafo a Montgomery, sede del Congreso de la secesión, el ministro de la Guerra, Walker, declaró públicamente en nombre de la nueva Confederación: «Nadie puede decir dónde acabará la guerra comenzada hoy». Al mismo tiempo, profetizó «que antes del Primero de Mayo la enseña de la Confederación del Sur ondeará sobre la cúpula del viejo Capitolio de Washington y, dentro de poco, sin duda, también sobre el Faneuil Hall de Boston».[96] Solo entonces tuvo lugar la proclama en la que Lincoln llamaba a 75.000 hombres para proteger a la Unión. El bombardeo de Fort Sumter cortó la única vía constitucional posible, a saber: la convocatoria de una asamblea general del pueblo americano, como Lincoln había propuesto en su discurso inaugural. A Lincoln no le quedaba otra alternativa que huir de Washington, evacuar Maryland y Delaware, abandonar Missouri y Virginia, o responder a la guerra con la guerra.

A la pregunta de cuál es el principio de la Guerra Civil americana, responde el propio sur con el grito de guerra lanzado en el momento de la ruptura de la paz. Stephens, vicepresidente de la Confederación del Sur, declaró en el Congreso de la secesión que lo que distinguía esencialmente la Constitución que rompió a nacer en Montgomery de la de Washington y Jefferson era que, en lo sucesivo y por primera vez, la esclavitud quedaba reconocida como una institución buena en sí y como fundamento de todo el edificio del Estado, en tanto que los padres de la revolución, trabados como

estaban por los prejuicios del siglo XVIII, habían tratado la esclavitud como un mal importado de Inglaterra y al que había que eliminar progresivamente. Otro matador[97] del sur, M. Speed, gritó: «Para nosotros se trata de defender una gran república esclavista (a great slave republic)». Si por lo tanto el norte ha sacado la espada simplemente en defensa de la Unión, ¿acaso no había declarado ya el sur que el mantenimiento de la esclavitud no era compatible por más tiempo con la existencia de la Unión?

Así como el bombardeo de Fort Sumter fue la señal para el inicio de las hostilidades, la victoria electoral del Partido Republicano del norte —la elección de Lincoln para la Presidencia— fue la señal para la secesión. Lincoln fue elegido el 6 de noviembre de 1860. El 8 de noviembre de 1860, llegó este telegrama de Carolina del Sur: «La secesión se considera aquí como un hecho consumado». El 10 de noviembre, la Asamblea legislativa de Georgia puso en marcha sus planes de secesión, y el 15 de noviembre se convocaba una sesión especial de la Asamblea legislativa de Mississippi para debatir la secesión. A decir verdad, la propia victoria de Lincoln no era sino el resultado de una escisión en el campo demócrata. Durante la batalla electoral, los demócratas del norte habían concentrado sus votos en Douglas y los del sur en Breckinridge, y esta dispersión de los votos demócratas permitió la victoria del Partido Republicano. ¿De dónde proviene la superioridad, por un lado, del Partido Republicano en el norte y, por otro lado, la división en el seno del Partido Demócrata, cuyos miembros, en el norte y en el sur, operaban concertadamente hacía más de medio siglo?

La presidencia de Buchanan[98] representó el punto culminante del dominio sobre la Unión, que el sur había acabado por usurpar gracias a su alianza con los demócratas del norte. El último Congreso continental de 1787, y el primer Congreso constitucional de 1789–1790, habían proscrito legalmente la esclavitud de todos los territorios de la República al noroeste de Ohio. (Como se sabe, territorio es la denominación que reciben las colonias situadas en el interior de los propios Estados Unidos, en tanto que no alcanzasen el nivel de población constitucionalmente prescrito para la formación de Estados autónomos.)

El llamado compromiso de Missouri (1820), a raíz del cual Missouri entró en las filas de los Estados Unidos como Estado esclavista, excluyó la esclavitud de todos los territorios más allá de los 36° 30' de latitud norte y al oeste del Missouri. Este compromiso hizo que la zona de la esclavitud avanzase en muchos grados de longitud, mientras, de otro lado, se asignaban límites geográficos muy precisos a su propagación futura. Esta barrera geográfica fue a su vez derribada en 1854 por lo que se llama el decreto de Kansas–Nebraska, cuyo promotor fue Stephen A. Douglas, a la sazón líder de los demócratas del norte. El decreto adoptado por las dos cámaras del Congreso abolió el compromiso de Missouri, puso en pie de igualdad esclavitud y libertad, ordenó al gobierno de la Unión tratarlos con la misma indiferencia y dejó a la soberanía popular el cuidado de decidir si era menester o no introducir la esclavitud en un territorio. Se abolía así, por vez primera en la historia de los Estados Unidos, toda limitación geográfica y legal a la extensión de la esclavitud en los territorios. Por esta nueva legislación, todo el territorio hasta entonces libre de Nuevo México, cinco veces mayor que el Estado de Nueva York, fue transformado en territorio de esclavos, y la zona esclavista se extendió de la frontera de la República Mexicana a los 38° de latitud norte. En 1859, se dio a Nuevo México un código esclavista que rivalizaba en barbarie con las legislaciones de Texas y Alabama. Sin embargo, como indica el censo de 1860, Nuevo México cuenta apenas con una cincuentena de esclavos sobre una población de cien mil habitantes. Bastó, pues, al sur enviar al otro lado de la frontera a un puñado de aventureros con unos cuantos esclavos, y a continuación —con la ayuda del gobierno central de Washington, de sus funcionarios y de los contratistas de Nuevo México— orquestar una falsa representación popular, para imponer a este territorio la esclavitud y con ella la dominación de los propietarios de esclavos.

No obstante, este práctico método no resultó aplicable en los demás territorios. Es por esto por lo que el sur dio un paso más y el Congreso apeló al Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Este Tribunal, compuesto por nueve magistrados de los que cinco pertenecían al sur, era de antiguo el instrumento más dócil de los propietarios de esclavos. Fue él quien sentenció en 1857, con ocasión del memorable caso de Dred Scott, que cada ciudadano americano tenía derecho a llevar con él, a no importa qué territorio,

cualquier propiedad reconocida por la Constitución. Ahora bien, como la Constitución reconocía la propiedad de esclavos, obligaba así al gobierno de la Unión a proteger dicha propiedad. En consecuencia, sobre una base constitucional, los esclavos podían ser forzados por sus dueños a trabajar en todos los territorios, y a cualquier propietario de esclavos en particular se le permitía introducir la esclavitud —incluso contra la voluntad de los colonos — en todos los territorios hasta entonces libres. Se denegaba así a las legislaturas territoriales el derecho a prohibir la esclavitud y se imponía al Congreso y al gobierno de la Unión el deber de favorecer a los promotores del esclavismo.

Si el Compromiso de Missouri de 1820 había extendido la frontera geográfica de la esclavitud en los territorios, si el decreto de Kansas–Nebraska de 1854 había borrado cualquier frontera geográfica y la había sustituido por una barrera política, la voluntad de la mayoría de los colonos, la decisión del Tribunal Supremo en 1857, derribó incluso esta barrera política y transformó todos los territorios de la república, presentes y futuros, de semilleros de Estados libres en semilleros de esclavitud.

Al mismo tiempo, en 1850, bajo el gobierno de Buchanan, se endurecieron las leyes de extradición de los esclavos fugitivos y se aplicaron despiadadamente en los Estados del norte. Parecía como si la vocación constitucional del norte consistiese en atrapar a los esclavos para los dueños del sur. De otra parte, a fin de frenar cuanto fuese posible la colonización de los territorios por colonos libres, el partido esclavista puso en jaque toda la legislación sobre la libertad del suelo, es decir, las disposiciones que aseguraban a los colonos una cantidad determinada de tierras del Estado, libres de cargas.

La política interior, al igual que la exterior, de los Estados Unidos se puso al servicio de los propietarios de esclavos. De hecho, Buchanan había accedido a la dignidad presidencial gracias al manifiesto de Ostende, en el que proclamaba que la adquisición de Cuba, bien por compra bien por la fuerza de las armas, era la gran tarea de la política nacional. Bajo su gobierno, el norte de México ya fue distribuido entre los especuladores americanos de tierras, que

esperaban con impaciencia la señal para invadir Chihuahua, Coahuila y Sonora. Las continuas expediciones piratas de los filibusteros contra los Estados de América Central estaban dirigidas, huelga decirlo, desde la Casa Blanca de Washington. En íntima ligazón con esta política exterior, que se proponía abiertamente conquistar territorios nuevos a fin de introducir allí la esclavitud y la dominación de los esclavistas, se sitúa la reapertura del comercio de esclavos, secretamente apoyada por el gobierno de la Unión. El propio Stephen A. Douglas declaró el 20 de agosto de 1859 en el Senado americano: «Durante el año pasado hemos importado más negros de África que nunca con anterioridad en un solo año, incluida la época en que el comercio de esclavos todavía era legal. El número de esclavos importados el año pasado alcanzó los quince mil».

La propagación armada de la esclavitud en el exterior, tal era el objetivo confeso de la política nacional. De hecho, la Unión se había convertido en la esclava de trescientos mil propietarios de esclavos que dominaban en el sur. Este resultado se derivaba de una serie de compromisos que el sur debía a su alianza con los demócratas del norte. Todas las tentativas, renovadas periódicamente desde 1817, de resistir a las usurpaciones crecientes de los propietarios de esclavos fracasaron ante esta alianza. Finalmente, llegó el punto de inflexión.

Desde que fue aprobado el decreto de Kansas–Nebraska, que borraba la línea fronteriza de la esclavitud y sometía su aplicación a la voluntad de los colonos en los territorios nuevos, los emisarios armados de los esclavistas —bribones de las regiones fronterizas de Missouri y Arkansas— se precipitaron sobre Kansas, con el cuchillo de monte en una mano y el revólver en la otra, a fin de expulsar a los colonos, tratándolos con una crueldad sin nombre. Estas incursiones de bandidaje encontraban apoyos en el gobierno central de Washington. De ahí la tremenda reacción. En todo el norte, y especialmente en el noroeste, se formó una organización de auxilio para apoyar a Kansas con hombres, armas y dinero. De esta organización de auxilio nació el Partido Republicano, que debe así su existencia a la lucha en defensa de Kansas. Una vez fracasada la tentativa de convertir a Kansas por la fuerza .en un territorio de esclavos, el sur se esforzó en obtener los mismos resultados por

medio de intrigas políticas. El gobierno de Buchanan, en particular, hizo cuanto pudo para incluir a Kansas entre los Estados esclavistas de los Estados Unidos, imponiéndole una Constitución esclavista. De ahí surgió una nueva lucha, librada esta vez en lo esencial en el Congreso de Washington. Incluso M. Stephen A. Douglas, jefe de los demócratas del norte, intervino entonces (1857–1858) contra el gobierno y sus aliados del sur, ya que el otorgamiento de una Constitución esclavista contradecía el principio de soberanía de los colonos garantizada por el decreto de Nebraska de 1854. Douglas, senador por Illinois, un Estado del noroeste, habría, naturalmente, perdido toda su influencia si hubiese intentado conceder al sur el derecho de robar, por la fuerza de las armas o por los actos del Congreso, los territorios colonizados por el norte. Después de haber creado el Partido Republicano, la lucha por Kansas provocaba ahora la primera escisión en el seno del Partido Demócrata mismo.

El Partido Republicano dispuso de su primera plataforma con ocasión de las elecciones presidenciales de 1856. Si bien su candidato —John Frémont— no salió victorioso, el número considerable de votos que obtuvo probó en todo caso que el Partido crecía rápidamente, de manera especial en el noroeste.[99] Con motivo de su segunda Convención nacional para las elecciones presidenciales (17 de mayo de 1860), los republicanos enriquecieron su programa de 1856 con solo algunos añadidos. Esencialmente, contenía los siguientes puntos: no hay que ceder ni la menor pulgada de tierra a los esclavistas; es preciso que cese la política de bandidaje frente al exterior; hay que estigmatizar la reapertura del comercio de esclavos; hay, en fin, que dictar leyes sobre la libertad de suelo, a fin de promover la libre colonización.

El punto decisivo y vital de este programa era el de no ceder en lo sucesivo una pulgada de terreno nuevo al esclavismo; se le debía, por el contrario, mantener acantonado en los límites de los Estados donde ya existía legalmente. Así, la esclavitud debería quedar formalmente confinada. Ahora bien, la expansión continua del territorio y la continua extensión de la esclavitud más allá de los antiguos límites es una ley de vida para los Estados esclavistas de la Unión.

El cultivo de artículos de exportación sureños —algodón, tabaco,

azúcar, etc.—, practicado por los esclavos, solo es remunerativo en la medida en que se efectúa con amplias aportaciones de esclavos, en gran escala y en inmensas extensiones de tierras naturalmente fértiles, que no exigen más que un trabajo simple. El cultivo intensivo, que no depende tanto de la fertilidad del suelo como de las inversiones de capital y de la inteligencia y la energía del trabajador, es contrario a la naturaleza de la esclavitud. De ahí la rápida transformación de Estados tales como Maryland y Virginia, que antaño utilizaban esclavos para producir artículos de exportación en Estados que producen esclavos para exportarlos después hacia los Estados situados más al sur. Incluso en Carolina del Sur, donde los esclavos representan las cuatro séptimas partes de la población, la producción algodonera ha permanecido enteramente estacionaria durante años debido al agotamiento del suelo. Y, efectivamente, por la fuerza misma de las cosas, Carolina del Sur ya se ha transformado parcialmente en un Estado de cría de esclavos, puesto que cada año vende esclavos a los Estados del extremo sur y del sudoeste por valor de cuatro millones de dólares. Tan pronto se alcanza este punto, resulta indispensable adquirir territorios nuevos para que una parte de los propietarios de esclavos con sus esclavos ocupen nuevas tierras fértiles, transformándose la parte abandonada tras ellos en territorio de cría de esclavos destinados a la venta en el mercado. No cabe duda alguna, pues, de que sin la adquisición de Louisiana, Missouri y Arkansas por los Estados Unidos, la esclavitud se habría extinguido hace ya tiempo en Virginia y Maryland. En el Congreso secesionista de Montgomery, uno de los portavoces del sur —el senador Toombs— formuló de una manera diáfana la ley económica que rige la expansión continua del territorio de la esclavitud: «De aquí a quince años, sin un gran incremento del territorio esclavista, o permitimos a los esclavos huir de los blancos, o los blancos tendrán que huir de los esclavos».

Como es sabido, la representación de los distintos Estados en la Cámara de Representantes del Congreso depende del número de habitantes de su respectiva población. Como la población de los Estados libres crece infinitamente más aprisa que la de los Estados esclavistas, el número de representantes del norte bien pronto habrá de sobrepasar con mucho al de representantes del sur. La verdadera sede del poderío político del sur se desplaza continuamente hacia el

Senado americano, donde cada Estado —ya sea fuerte o débil su población— dispone de dos escaños senatoriales. Para mantener su influencia en el Senado y, a través del Senado, su hegemonía sobre los Estados Unidos, el sur ha menester de crear incesantemente nuevos Estados esclavistas. Ahora bien, esto solo es posible conquistando países extranjeros —por ejemplo Texas— o transformando los territorios pertenecientes a los Estados Unidos, primero en territorios de esclavos, y luego en Estados esclavistas, como es el caso de Missouri, de Arkansas, etc. John Calhoun —adulado por los propietarios de esclavos y considerado como su hombre de Estado por excelencia— declaraba en el Senado, el 19 de febrero de 1847, que el Senado por sí solo ponía en manos del sur la balanza del poder; que la expansión del territorio esclavista era indispensable para preservar en el Senado ese equilibrio entre el sur y el norte, y que las tentativas del sur de crear por la fuerza nuevos Estados esclavistas quedaban así justificadas.

A fin de cuentas, el número efectivo de propietarios de esclavos en el sur de la Unión no supera lo trescientos mil, o sea, una oligarquía muy exigua, a la que se enfrentan muchos millones de los llamados «pobres blancos» (poor whites), cuya masa crece sin cesar en virtud de la concentración de la propiedad de la tierra, y cuyas condiciones únicamente son comparables a las de los plebeyos romanos de la época del declive extremo de Roma. Tan solo mediante la adquisición —o la perspectiva de adquisición— de territorios nuevos, o mediante expediciones filibusteras, es posible cuadrar los intereses de estos «pobres blancos» con los de los propietarios de esclavos, dar a su turbulenta sed de acción una dirección que no sea peligrosa, y domesticarlos con la esperanza de que ellos mismos podrán convertirse un día en propietarios de esclavos.

Un estricto confinamiento de la esclavitud en su antiguo dominio debería, pues —por las leyes económicas del esclavismo—, conducir a su extinción progresiva; después —desde el punto de vista político —, a arruinar la hegemonía ejercida por los Estados esclavistas del sur gracias al Senado, y por fin, a exponer a la oligarquía esclavista en el interior mismo de sus Estados a los amenazantes peligros de los «pobres blancos». Al seguir el principio de que toda nueva extensión de los territorios esclavistas debía prohibirse por ley, los

republicanos consecuentemente atacaban la raíz de la dominación de los propietarios de esclavos. La victoria electoral de los republicanos debía, pues, empujar a la lucha abierta entre el norte y el sur. No obstante, esta misma victoria estuvo condicionada por la escisión dentro del campo demócrata, en la forma que ya hemos mencionado.

La lucha por Kansas ya había provocado una escisión entre el partido esclavista y sus aliados demócratas del norte. Durante la elección presidencial de 1860, el mismo conflicto estalló de forma aún más general. Los demócratas del norte, con su candidato Douglas, hacían que la introducción de la esclavitud en los territorios dependiese de la voluntad de la mayoría de los colonos. El partido esclavista —con su candidato Breckinridge— sostenía que la Constitución de los Estados Unidos —como había declarado el Tribunal Supremo— llevaba legalmente la esclavitud en su estela; en sí y por sí, la esclavitud era ya legal sobre todos los territorios, y no exigía ninguna naturalización especial. Así, pues, en tanto que los republicanos negaban toda ampliación de los territorios esclavistas, el partido sudista pretendía que todos los territorios de la República eran dominios suyos legalmente protegidos. Lo que habían intentado a modo de ejemplo con respecto a Kansas, imponer por la fuerza la esclavitud a un territorio gracias al gobierno central y contra la voluntad de los propios colonos, ahora querían convertirlo en ley para todos los territorios de la Unión. Sin embargo, hacer esta concesión no estaba en manos de los jefes demócratas: ello habría determinado, simplemente, que sus huestes desertaran al campo republicano. Por otra parte, la «soberanía de los colonos» a lo Douglas no podía satisfacer al partido de los esclavistas. Lo que estos pretendían hacer debería realizarse dentro de los cuatro años siguientes, bajo el nuevo presidente y por medio del gobierno central, y no admitía demora alguna.

No se les escapaba a los propietarios de esclavos que había nacido una nueva potencia, el noroeste, cuya población casi se había duplicado de 1850 a 1860 y que era ahora prácticamente igual a la población blanca de los Estados esclavistas. Ahora bien, esta potencia no estaba inclinada, por sus tradiciones, su temperamento y su modo de vida, a dejarse arrastrar de compromiso en compromiso, como habían hecho los viejos Estados del nordeste. La

Unión solo tenía interés para el sur si aquella le entregaba el poder federal para realizar su política esclavista. Si no era este el caso, valía más romper ahora, antes de asistir todavía durante cuatro años al desarrollo del Partido Republicano y al auge del noroeste, y entablar la lucha en condiciones más desfavorables. ¡El partido esclavista jugaba va banque! Cuando los demócratas del norte se negaron a seguir desempeñando por más tiempo el papel de «pobres blancos» del sur, el sur dio la victoria a Lincoln dispersando sus votos; a continuación desenvainó la espada tomando aquella victoria como pretexto.

Como se ve, todo el movimiento reposaba —y todavía reposa— sobre el problema de los esclavos. Es cierto que no se trata directamente de emancipar —o no— a los esclavos en el seno de los Estados esclavistas existentes; se trata, antes bien, de saber si veinte millones de hombres libres del norte van a dejarse dominar más tiempo por una oligarquía de trescientos mil propietarios de esclavos; si los inmensos territorios de la República servirán de semilleros de Estados libres o de Estados esclavistas; si, en fin, la política nacional de la Unión tendrá por divisa la propagación armada de la esclavitud a México y América central y meridional.

En otro artículo examinaremos qué valor tiene la aserción de la prensa londinense, según la cual el norte debería aprobar la secesión como la solución más favorable y, en definitiva, como la única posible del conflicto en curso.[100]

■

[93] Karl Marx, «Der nordamerikanische Bürgerkrieg», Die Presse No. 293, 25 de octubre de 1861.

[94] El 4 de febrero de 1861, el Congreso de Montgomery fundó los Estados Confederados de América con once Estados miembros bajo la presidencia de Jefferson Davis.

[95] Esa cantidad incluía los Estados fronterizos que el sur también reclamaba.

[96] Faneuil Hall, conocido con el nombre de «cuna de la libertad»,

era el lugar de cita y encuentro de los revolucionarios de Boston en el curso de la guerra de la Independencia. Lo había regalado a la villa el rico comerciante Peter Faneuil.

[97] El término «Matador» aparece en el original alemán.

[98] James Buchanan fue presidente de los EE.UU. desde 1857 hasta 1861.

[99] De los 1.341.264 votos conseguidos por Frémont en 1856, 559.864 provenían de los Estados del noroeste (Ohio, Michigan, Indiana, Illinois, Wisconsin y Iowa), o sea, el 41,7 por ciento del total.

[100] Véase el siguiente capítulo «La Guerra Civil en los Estados Unidos».

La Guerra Civil

en los Estados Unidos

[101]

Finales de octubre de 1861

«¡Déjale marchar, no merece tu cólera!»[102] Una vez más y sin tregua, el sentido del Estado inglés —por boca de lord John Russell — dirige al norte de los Estados Unidos el consejo de Leporello a la amante abandonada por don Juan. Si el norte deja marchar al sur, se desembarazará de toda ligazón con la esclavitud —su pecado original histórico— y sentará las bases de un desarrollo nuevo y superior.

De hecho, si el norte y el sur fuesen dos países tan netamente distintos como Inglaterra y Hannover, por ejemplo, su separación no sería más difícil que la de esos dos Estados.[103] «El sur», sin embargo, no es ni un territorio geográficamente bien diferenciado del norte ni una unidad moral. No es un país en absoluto, sino una divisa de combate.

El consejo de separación amistosa presupone que la Confederación del Sur, aunque fue quien inició la ofensiva en la Guerra Civil, se bate por lo menos con fines defensivos. Se piensa que para el partido esclavista solo se trata de unificar los territorios que dominaba hasta ahora, a fin de formar un grupo de Estados independientes, sustrayéndolos a la autoridad de la Unión. Nada más falso. «El sur tiene necesidad de su entero territorio. Quiere y debe tenerlo». Ha sido este el grito de guerra con el que los secesionistas cayeron sobre Kentucky. Por «su entero territorio» entienden, en primer lugar, todo lo que llamamos Estados fronterizos (border states): Delaware, Maryland, Virginia, Carolina

del Norte, Kentucky, Tennessee, Missouri y Arkansas. A continuación, reivindican todo el territorio situado al sur de la línea que va desde el ángulo noroeste de Missouri hasta el Océano Pacífico. En consecuencia, lo que los esclavistas llaman el «sur» son más de las tres cuartas partes del actual territorio de la Unión. Una amplia fracción del territorio así reivindicado se encuentra todavía en poder de la Unión y primero tendría que serle conquistado. Pero todos estos territorios denominados Estados fronterizos —y aun aquellos que están en poder de la Confederación— jamás han sido verdaderos Estados esclavistas. Constituyen antes bien el territorio de los Estados Unidos, en el cual los sistemas de la esclavitud y del trabajo libre existen el uno al lado del otro y luchan por la hegemonía; de hecho es ahí donde se despliega la batalla entre el sur y el norte, entre la esclavitud y la libertad. La Confederación del Sur no libra, pues, una guerra de defensa, sino una guerra de conquista con vistas a extender y perpetuar la esclavitud.

La cadena de montañas que comienza en Alabama y se extiende hacia el norte hasta el río Hudson —verdadera columna vertebral de los Estados Unidos— divide el sedicente sur en tres partes. La región montañosa, formada por los montes de Alleghany con sus dos cadenas paralelas, el Cumberland Range al oeste y las Blue Ridge Mountains al este, separa como una cuña las llanuras bajas de la costa oeste del Atlántico de las de los valles meridionales del Mississippi. Las dos llanuras bajas separadas por la zona montañosa, con sus inmensos marjales de arroz y sus vastas plantaciones de algodón, representan actualmente el área del esclavismo propiamente dicha. La larga cuña de la zona montañosa que se extiende hasta el corazón de la esclavitud —con el espacio libre que le corresponde, el clima vigorizador y un subsuelo rico en carbón, en sal, en calizas, en mineral de hierro, en oro; resumiendo, en todas las materias primas necesarias para un desarrollo industrial diversificado— es ya en su mayor parte una tierra de libertad. Por su naturaleza física, el suelo no puede aquí cultivarse con provecho sino por pequeños granjeros libres. Aquí el sistema esclavista vegeta solo esporádicamente y jamás ha echado raíces. En la mayoría de los Estados fronterizos, los habitantes de las altas mesetas forman el núcleo de la población libre que toma partido por el norte, siquiera sea con fines de autopreservación.

Consideremos en detalle los territorios disputados.

Delaware, el Estado fronterizo situado más al noroeste, es fáctica y moralmente una posesión de la Unión. Todos los esfuerzos de los secesionistas para formar siquiera sea una fracción que les fuese favorable han fracasado desde el comienzo de la guerra, frente a una población unánime. La fracción esclavista de dicho Estado se halla hace mucho tiempo en decadencia. Solamente entre los años 1850 y I860, el número de esclavos ha disminuido a la mitad; de una población total de 112.218 no se cuentan actualmente más que 1.798 esclavos. Pese a ello, Delaware es reivindicado por la Confederación del Sur y, de hecho, el norte no podría seguir conservándolo militarmente si el sur se apoderase de Maryland.

En Maryland se asiste al mismo conflicto entre las altas mesetas y las llanuras bajas. Sobre un total de 687.034 habitantes, hay 87.188 esclavos. Las elecciones generales más recientes han probado rotundamente que la aplastante mayoría del pueblo está a favor de la Unión. El ejército, integrado por treinta mil hombres, que actualmente ocupa Maryland, no solo debe servir de reserva al ejército de Potomac, sino tener en jaque a la rebelión esclavista en el interior del país. Se comprueba aquí el mismo fenómeno que en los Estados fronterizos, en los que la gran masa del pueblo está al lado del norte, en tanto que un partido esclavista numéricamente insignificante está por el sur. El partido esclavista compensa esta debilidad numérica merced a los instrumentos de fuerza que le proporciona su prolongado ejercicio del poder en todos los cargos del Estado, sus hábitos hereditarios de intriga política y la concentración de grandes medios financieros en unas cuantas manos.

Virginia representa actualmente el mayor acantonamiento militar; el grueso de las fuerzas de la secesión y del ejército de la Unión se hacen frente allí. En las altas mesetas del noroeste de Virginia, el número de esclavos se eleva a quince mil en tanto que la población libre, veinte veces más numerosa, está compuesta por granjeros libres. Las llanuras bajas del este de Virginia, en desquite, cuentan con alrededor de medio millón de esclavos. La cría y venta de negros en los Estados del sur representa su principal fuente de ingresos. Apenas los jefes de facción de las llanuras bajas hubieron hecho aprobar mediante intrigas el decreto

de secesión en la asamblea legislativa del Estado de Richmond, y abierto a toda prisa las puertas de Virginia al ejército sudista, cuando el noroeste de Virginia se escindió de la secesión, erigiéndose en Estado nuevo, que en el presente defiende su territorio con las armas en la mano bajo la bandera de la Unión, contra los invasores sureños.

Tennessee, con 1.109.847 habitantes, de los cuales 275.784 son esclavos, se encuentra en las manos de la Confederación del Sur, que aplica a todo el país la ley marcial y un sistema de proscripción que recuerda los días del triunvirato romano. Cuando en el curso del invierno de 1861 los esclavistas quisieron convocar una asamblea popular para ratificar la secesión, la mayoría de la población rechazó esta convocatoria, a fin de privar al movimiento de secesión de cualquier pretexto. Más tarde, cuando Tennessee fue conquistado militarmente por la Confederación del Sur y sometido a un régimen de terror, un tercio del cuerpo electoral continuó manifestándose en favor de la Unión. Como en la mayoría de los Estados fronterizos, el verdadero centro de la resistencia contra el partido esclavista se encuentra en la región montañosa, en Tennessee oriental. El 17 de junio de 1861, una asamblea general del pueblo de Tennessee oriental se reunió en Greenville, declarándose partidaria de la Unión. La asamblea eligió para el Senado de Washington al antiguo gobernador Andrew Johnson, uno de los más fervientes partidarios unionistas, y publicó una declaration of grievances, un pliego de quejas, que ponía al descubierto todos los medios de fraude, de intriga y de terror utilizados para obligar a Tennessee a salir de la Unión durante las «elecciones». Desde entonces, las fuerzas armadas de los secesionistas han mantenido en jaque al este de Tennessee.

En el norte de Alabama, el noroeste de Georgia y el norte de Carolina del Norte, encontramos las mismas condiciones que en el oeste de Virginia y en el este de Tennessee.

Más al oeste, en el Estado fronterizo de Missouri, con 1.173.317 habitantes y 114.965 esclavos —la mayoría de los cuales se concentra en la parte noroeste del Estado— la asamblea popular se ha pronunciado en favor de la Unión en agosto de 1861. Habiéndose rebelado contra la asamblea legislativa de Missouri. Jackson —gobernador del Estado e instrumento del partido esclavista— fue declarado fuera de la ley y se puso a la cabeza de

las hordas armadas que invadieron Missouri partiendo de Texas, Arkansas y Tennessee, a fin de hacerle arrodillarse ante la Confederación y cortar sus vínculos con la Unión. Junto a Virginia, Missouri constituye actualmente el teatro principal de la Guerra Civil.

Nuevo México no es un Estado, sino un simple territorio. Bajo la presidencia de Buchanan, los sureños enviaron allá a veinticinco esclavos, a continuación de lo cual introdujeron una Constitución esclavista confeccionada en Washington. Como el propio sur admite, este Estado nada le había pedido. Pero el sur quería Nuevo México y por eso vomitó a una banda de aventureros de Texas al otro lado de la frontera. Nuevo México imploró la protección del gobierno de la Unión contra estos libertadores.

Se habrá advertido que hemos subrayado la correlación numérica entre esclavos y hombres libres en los distintos Estados fronterizos. De hecho, esta correlación es decisiva. Es el termómetro con el que hay que medir el calor vital del sistema esclavista. El alma de todo el movimiento secesionista es Carolina del Sur. Esta cuenta con 402.541 esclavos contra 301.271 hombres libres. En segundo lugar, viene Mississippi, que ha dado a la Confederación del Sur su dictador: Jefferson Davis. Este Estado cuenta con 436.695 esclavos contra 354.699 hombres libres. El tercero es Alabama, con 435.132 esclavos contra 529.164 hombres libres.

El último de los Estados fronterizos disputados que nos queda por mencionar es Kentucky. Su historia reciente es particularmente característica de la política de la Confederación del Sur. Sobre 1.135.713 habitantes, Kentucky cuenta con 225.490 esclavos. En las tres elecciones generales sucesivas —en el invierno de 1861, para el Congreso de los Estados fronterizos; en junio de 1861, para el Congreso de Washington, y, en fin, en agosto de 1861, para las legislativas del Estado de Kentucky— una mayoría siempre en aumento se pronunció por la Unión. Por otro lado, Magoffin, gobernador de Kentucky, y todos los dignatarios del Estado, son fanáticos seguidores del partido esclavista, de la misma manera que Breckinridge, representante de Kentucky en el Senado de Washington, vicepresidente de los Estados Unidos con Buchanan y candidato del partido esclavista en 1860, durante las elecciones

presidenciales. La influencia del partido esclavista, demasiado débil para ganarse a Kentucky para la secesión, resultó, sin embargo, lo bastante fuerte como para conducirlo a una declaración de neutralidad cuando la guerra estalló. La Confederación reconoció la neutralidad por cuanto que servía a sus intereses y porque le hacía falta vencer la resistencia de Tennessee oriental. Apenas alcanzado este objetivo, golpeó las puertas de Kentucky a culatazos, proclamando que «el sur tiene necesidad de su entero territorio. ¡Quiere y debe tenerlo!».

Desde el suroeste y el sudeste, sus cuerpos de francotiradores invadieron simultáneamente el Estado «neutral». Kentucky despertó así de su sueño de neutralidad; su asamblea legislativa tomó partido abiertamente por la Unión, rodeó al gobernador felón de un comité de salud pública, llamó al pueblo a las armas, declaró a Breckinridge fuera de la ley y ordenó a los secesionistas evacuar inmediatamente el territorio invadido. Esta fue la señal de guerra. Un ejército de la Confederación del Sur realizó un movimiento hacia Louisville, mientras afluían voluntarios de Illinois, Indiana y Ohio para salvar a Kentucky de los misioneros armados de la esclavitud.

Las tentativas de la Confederación para anexionarse Missouri y Kentucky, por ejemplo, contra la voluntad de la población, demuestran la inanidad del pretexto de que lucha para defender los derechos de los Estados individuales frente a las usurpaciones de la Unión. Ciertamente, la Confederación reconoce a los diferentes Estados que forman —a su lado— el «sur» el derecho a separarse de la Unión, pero les niega el de permanecer en ella.

Aunque la guerra contra el exterior, la dictadura militar en el interior y el esclavismo por doquier les prestan de momento una apariencia de armonía, los propios Estados esclavistas no carecen de elementos de oposición. Un claro ejemplo de esto es Texas, con 180.388 esclavos contra 601.039 habitantes. La ley en virtud de la cual Texas se convirtió en Estado de la Unión como Estado esclavista, le concedió el derecho a formar de su territorio no uno solo, sino cinco Estados. Con ello el sur hubiese adquirido diez nuevos votos, en lugar de dos, en el Senado americano; y el aumento del número de votos en el Senado era uno de los objetivos

principales de su política por aquel entonces. Sin embargo, de 1845 a 1860, los esclavistas ni siquiera lograron partir en dos el Estado de Texas, en donde la población alemana desempeña un papel importante; pues en el segundo Estado, el partido del trabajo libre habría prevalecido sobre el partido esclavista. ¿Hay mejor prueba de la fuerza de la oposición contra la oligarquía esclavista en el propio Texas?

Georgia es el mayor y el más poblado de los Estados esclavistas. Cuenta con 462.230 esclavos sobre un total de 1.057.327 habitantes, o sea, cerca de la mitad de la población. Pese a esto, el partido esclavista no ha conseguido hasta ahora que la Constitución impuesta al sur en Montgomery fuese sancionada con el voto general de la población en Georgia.

En la Convención del Estado de Louisiana que se reunió el 21 de marzo de 1861 en Nueva Orleáns, Roselius, un veterano político de aquel Estado, declaró: «La Constitución de Montgomery no es una Constitución, sino una conspiración. No instaura un gobierno del pueblo, sino una oligarquía detestable que no conoce frenos. Al pueblo no se le ha permitido intervenir en esta ocasión, La Convención de Montgomery ha cavado la tumba de la libertad política y hoy se nos invita a asistir a sus exequias».

De hecho, la oligarquía de los trescientos mil propietarios de esclavos no solo utilizó el Congreso de Montgomery para proclamar la separación del sur respecto al norte, sino que la aprovechó además para trastocar la Constitución interna de los Estados esclavistas y completar el avasallamiento de la parte blanca de la población, que todavía intentaba conservar alguna independencia bajo la protección y la Constitución democrática de la Unión. Ya entre 1856 y 1860 los portavoces políticos, los juristas, las autoridades morales y religiosas del partido esclavista habían tratado de demostrar, no tanto que la esclavitud de los negros estaba justificada, como que el color de la piel nada importaba, ya que en todas partes la clase obrera había nacido para la esclavitud.

Como se ve, la guerra de la Confederación del Sur es una guerra de conquista en el sentido más pleno, destinada a extender y perpetuar la esclavitud. La mayor parte de los Estados fronterizos y de los territorios no se encuentra aún en manos de la Unión, pese a haber

tomado partido a su favor por medio de las urnas y luego de las armas. Sin embargo, la Confederación los incluye en el «sur» y trata de arrancárselos a la Unión por la fuerza. En los Estados fronterizos que de momento ocupa, la Confederación tiene en jaque mediante la ley marcial a las regiones montañosas relativamente libres. En el interior de los Estados esclavistas propiamente dichos, suplanta la democracia hasta aquí existente, instaurando el poder sin límites de la oligarquía de los trescientos mil propietarios de esclavos.

Si abandonara sus planes de conquista, la Confederación del Sur renunciaría a su principio vital y al objetivo de la secesión. De hecho, la secesión solo se produjo porque en el seno de la Unión la transformación de los Estados fronterizos y de los territorios en Estados esclavistas ya no parecía realizable por más tiempo. Por lo demás, si se cediese pacíficamente a la Confederación del Sur los territorios en litigio, el norte abandonaría a la república esclavista más de las tres cuartas partes de todo el territorio de los Estados Unidos. El norte perdería enteramente el Golfo de México, el Océano Atlántico a excepción de una estrecha franja de tierra que se extiende desde el estuario de Penobscot hasta la bahía de Delaware, e incluso se cortaría a sí mismo la salida al Océano Pacífico. Missouri, Kansas, Nuevo México, Arkansas y Texas arrastrarían a su vez a California. Incapaces de arrebatar a la república esclavista enemiga la desembocadura del Mississippi en el sur, los grandes Estados agrícolas situados en la cuenca que se halla entre las Montañas Rocosas y las Alleghanys, en los valles del Mississippi, del Missouri y del Ohio, se verían obligados por sus intereses económicos a desgajarse del norte y a entrar en la Confederación del Sur. A su vez, estos Estados del noroeste arrastrarían, en esta vorágine de secesión, a todos los Estados nordistas situados más al este, a excepción tal vez de Nueva Inglaterra.[104]

De hecho, esto no sería la disolución de la Unión, sino su reorganización, una reorganización sobre la base de la esclavitud, bajo el control reconocido de la oligarquía esclavista. El plan de semejante reorganización ha sido abiertamente proclamado por los principales portavoces del sur en el Congreso de Montgomery. Ello explica el parágrafo de la nueva Constitución, que abre las puertas de la nueva Confederación a todo Estado de la antigua Unión. El

sistema esclavista infectaría a toda la Unión. En los Estados del norte, donde la esclavitud negra es prácticamente irrealizable, la clase obrera blanca se vería progresivamente rebajada a la condición del ilota. Esto sería pura y simplemente la aplicación del principio, abiertamente proclamado, según el cual solo ciertas razas serían aptas para la libertad: así como en el sur el trabajo propiamente dicho está reservado a los negros, en el norte se reservaría a los alemanes y los irlandeses, o a sus descendientes directos.

La actual lucha entre el sur y el norte es, pues, en lo esencial un conflicto entre dos sistemas sociales, entre el sistema de la esclavitud y el del trabajo libre. La lucha ha estallado porque los dos sistemas no pueden coexistir en paz por más tiempo sobre el continente norteamericano. Esa lucha solo puede terminar con la victoria de uno o del otro.

Si los Estados fronterizos y los territorios en litigio donde ambos sistemas luchan por la hegemonía son como una espina en la carne del sur, no debemos desconocer que, por otra parte, han supuesto hasta ahora la principal debilidad del norte en el curso de la guerra. Por orden de los conjurados del sur, una fracción de esclavistas de esos distritos ha simulado de manera hipócrita lealtad al norte, mientras otra fracción descubría que sus intereses inmediatos y sus ideas tradicionales la aproximaban a la Unión. Estas dos fracciones han paralizado por igual al norte. El miedo a alterar el estado de ánimo de los esclavistas «leales» de los Estados fronterizos y arrojarlos en brazos de la secesión, en otros términos, los miramientos colmados de prudencia hacia los intereses, prejuicios y sentimientos de estos dudosos aliados, ha marcado a la Unión desde el comienzo de la guerra con el cuño de una flaqueza incurable, empujándola por la vía de las medidas a medias, obligándola a disimular el principio inherente a la guerra, preservando el punto más vulnerable del enemigo, la raíz del mal: la esclavitud en sí.

Si aun recientemente Lincoln ha revocado de manera pusilánime la proclama Frémont en Missouri sobre la emancipación de los negros pertenecientes a los rebeldes,[105] lo hizo exclusivamente en razón de las violentas protestas de los esclavistas «leales» de Kentucky. Como quiera que sea, se ha llegado a un punto crítico en esta

materia. Con Kentucky, el último Estado fronterizo ha ocupado su puesto en los campos de batalla entre el sur y el norte. Desde el momento en que se trata de una auténtica guerra por los Estados fronterizos en los Estados fronterizos mismos, su pérdida o su conquista queda sustraída a la esfera de los debates diplomáticos o parlamentarios. Una fracción de esclavistas arrojará a tierra la máscara de la lealtad, la otra se contentará con la perspectiva de una indemnización monetaria como la que Gran Bretaña entregó a los propietarios de las plantaciones en la India occidental.[106] Los propios acontecimientos empujan a proclamar la consigna decisiva: la emancipación de los esclavos.

Hasta los más obstinados de entre los demócratas y los diplomáticos del norte se sienten atraídos por esta fórmula, como demuestran diversas manifestaciones muy recientes. En una carta abierta, el general Cass, ministro de la Guerra con Buchanan y, hasta aquí, uno de los aliados más celosos del sur, ha declarado que la emancipación de los esclavos era conditio sine qua non para la salvación de la Unión. En su última «revista» de octubre, el Dr. Browson —portavoz del partido católico del norte y, según su propia confesión, el más decidido adversario de la emancipación de los esclavos desde 1836 hasta 1860— publica un artículo en favor de la abolición. Entre otras cosas, dice: «Si hemos combatido la abolición mientras estimábamos que amenazaba a la Unión, hoy hemos de luchar contra el mantenimiento de la esclavitud tanto más enérgicamente, cuanto más persuadidos estamos de que en lo sucesivo aquella es incompatible con la continuidad de la Unión o de la nación como libre Estado republicano.»[107]

En fin, el World, órgano neoyorkino de los diplomáticos del gabinete de Washington, concluye con estas palabras uno de sus últimos artículos de sensación contra los abolicionistas:

«El día en que se decida que o desaparece la esclavitud o desaparece la Unión, se habrá pronunciado la sentencia de muerte de la esclavitud. Si el norte no puede vencer sin la emancipación, vencerá con emancipación».

■

[101] Karl Marx, «Der Bürgerkrieg in den Vereinigten Staaten», Die Presse No. 306, 7 de noviembre de 1861.

[102] Del Don Juan de Byron. Como es sabido el consejo de Leporello era malintencionado.

[103] Con motivo de la muerte del último representante de la dinastía de Hannover en 1837, terminó la unión personal entre Inglaterra y Hannover, que subsistía desde 1714.

[104] Nueva Inglaterra, situada en el nordeste de Estados Unidos estaba constituida por un grupo de seis Estados fuertemente industrializados (Maine, Massachusetts, Conectitcut, Rhode Island, Vermont, New Hampshire). Era el núcleo del movimiento abolicionista.

[105] En agosto de 1861, el general Frémont proclama la confiscación de los bienes de toda persona que, en Missouri, cogiera las armas contra el gobierno de Washington o ayudara al enemigo de alguna manera. El manifiesto declaraba además que los esclavos de estos traidores serían emancipados. Para aplicar estas decisiones, el general Frémont crea oficinas para la abolición de la esclavitud y las declaraciones de libertad. Lincoln ordena oficialmente a Frémont que ajuste su proclama a la ley de confiscación y que anule las decisiones relativas a la emancipación de los esclavos (la ley adoptada el 6 de agosto de 1861 por el Congreso no preveía más que la liberación de los esclavos que habían sido directamente utilizados por los rebeldes con fines militares). Como Frémont rehusara ejecutar las órdenes presidenciales, fue destituido de su puesto de comandante en jefe del ejército de Missouri en octubre de 1861.

[106] Los británicos arrebataron Jamaica a los españoles y la ocuparon en 1645. Aprovechando la lucha que se produjo, muchos negros se fugaron a las montañas logrando mantenerse con independencia conociéndoseles con el nombre de cimarrones. En todo momento constituyeron un incentivo para las sublevaciones de negros, que fueron haciéndose temibles, pues requiriendo el cultivo de la caña de azúcar mucha mano de obra esclava, llegaron los negros a ser diez veces más numerosos que los blancos. Con ocasión de una de tales insurrecciones —la de 1833—, el gobierno británico

creyó mejor ceder, cuando además se veía presionado por un creciente movimiento antiesclavista en la metrópoli. De aquí que el Parlamento inglés adoptase ese año la ley de abolición de la esclavitud en las indias occidentales británicas, ofreciendo a los propietarios la indemnización de dos libras por cada negro emancipado; invirtió en esta operación 22 millones de libras que, evidentemente, fueron recuperadas con creces a través de impuestos que gravaban a toda la población y principalmente a los mismos negros.

[107] Brownson's Quarterly Review, Third New York Series, Nueva York, 1861, Vol. ii, 510-46.

Crisis en la cuestión

esclavista

[108]

Londres, 10 de diciembre de 1861

Con toda evidencia, los Estados Unidos han llegado a un punto crítico en la cuestión de la esclavitud, cuestión que subyace a toda la Guerra Civil. El general Frémont ha sido destituido de sus funciones por declarar que los esclavos de los rebeldes debían ser emancipados. Poco después, el gobierno de Washington publica un mensaje al general Sherman, comandante de la expedición a Carolina del Sur, que iba más lejos que la proclama de Frémont, puesto que prescribía que los esclavos en fuga, incluso si pertenecían a esclavistas «leales», debían recibir el estatuto de asalariados y, en ciertas condiciones, ser armados, consolando a los esclavistas «leales» con la perspectiva de percibir ulteriormente una compensación. El coronel Cochrane va más lejos que Frémont y reclama que se arme a todos los esclavos, como medida militar. El ministro de Guerra Cameron aprueba públicamente las «propuestas» de Cochrane. Entre tanto, el ministro del Interior desautoriza al ministro de Guerra, en nombre del gobierno. El ministro de Guerra reitera su «propuesta» con más energía aún con ocasión de una conferencia oficial, y revela que elevará esta cuestión al Congreso. El sucesor de Frémont en Missouri, el general Halleck, igual que el general Dix en Virginia oriental, ha sacado a los esclavos fugitivos de sus campamentos militares y les ha prohibido en lo sucesivo reaparecer en la proximidad de las posiciones ocupadas por su ejército. Al mismo tiempo, el general Wool acoge con brazos abiertos el «contrabando» negro[109] en el fuerte de Monroe; los viejos líderes del Partido Demócrata, los senadores Dickinson y

Croswell (exmiembro de la sedicente regencia demócrata)[110] publican una carta abierta en la que aprueban a Cochrane y Cameron, y el coronel Jennison sobrepasa a todos sus superiores jerárquicos en una orden del día a sus tropas, donde declara entre otras cosas:

«Nada de contemporización en lo que concierne a los rebeldes y a los que simpatizan con ellos [...] He declarado al general Frémont que yo no he tomado las armas, que yo sepa, para que la esclavitud sobreviva a este combate. Los esclavos que pertenezcan a los rebeldes encontrarán siempre ayuda y protección en este campo, y los defenderemos hasta el último hombre y hasta el último cartucho. No quiero, entre mis tropas, hombres que no sean abolicionistas. Aquí no hay sitio para ellos, y espero que no lo haya entre nosotros, ya que cada cual sabe que la esclavitud es la base, el centro y el vértice de esta guerra infernal [...]. Si el gobierno desaprueba mi manera de obrar, puede recoger mi diploma de oficial, pero, en tal caso, yo actuaré por mi libre iniciativa, incluso, si al principio, no puedo contar más que con media docena de hombres.»

En los Estados esclavistas fronterizos —especialmente en Missouri y, en grado menor, en Kentucky— la cuestión de la esclavitud se halla en vías de resolverse en la práctica. En efecto, se está produciendo una dispersión a gran escala de los esclavos. Por ejemplo, en Missouri, han desaparecido 50.000 esclavos, unos porque han huido otros porque han sido transportados por los propietarios de esclavos hacia los Estados del sur más distantes.

Es muy extraño que un acontecimiento tan importante y significativo no haya encontrado eco en ninguno de los periódicos ingleses. El 18 de noviembre los delegados de los cuarenta y cinco condados de Carolina del Norte, en la isla Hatteras, han nombrado un gobierno provisional, revocado el Acta de Secesión y proclamado la vuelta de Carolina del Norte al seno de la Unión. Los condados de Carolina del Norte representados en esta convención han sido invitados a elegir sus representantes al Congreso de Washington.

■

[108] Karl Marx, «Krise in der Sklavenfrage», Die Presse No. 343, 14 de diciembre de 1861.

[109] En el trascurso de la Guerra Civil americana se llamaba «contrabando negro» a los esclavos que, habiéndose escapado de sus dueños, se refugiaban en los campos militares de la Unión. A pesar de las ordenanzas del gobierno de Washington, algunos generales de la Unión rehusaron durante los primeros meses de la guerra de Secesión entregar los negros a sus antiguos propietarios. Para justificarse, afirmaban que estos esclavos eran propiedad de rebeldes que utilizaban a sus esclavos en trabajos militares (cavar trincheras, por ejemplo), de suerte que se podía considerar a estos esclavos como «contrabando de guerra» y retenerlos.

[110] La regencia demócrata era el grupo dirigente del Partido Demócrata en el Estado de Nueva York. Existió hasta 1854 y residía en Albany, que era el centro administrativo del Estado de Nueva York.

Asuntos

americanos

[111]

26 de febrero de 1862

El presidente Lincoln nunca se aventura a dar un paso adelante hasta que el curso de los acontecimientos y el estado general de la opinión pública ya no permitan mayor dilación. Pero, una vez que «Old Abe» se convence por sí mismo de que tal cambio se ha producido, sorprende tanto a sus amigos como a sus enemigos con una operación repentina, ejecutada con el menor ruido posible. Así, de la manera menos llamativa, acaba de asestar un golpe que seis meses atrás hubiera podido costarle el puesto de presidente y que, hace un mes todavía, habría suscitado una tempestad de protestas. Hablamos de la destitución de McClellan del puesto de comandante en jefe de los ejércitos de la Unión. Antes de nada, Lincoln había reemplazado al ministro de la Guerra, Cameron, por un jurista enérgico e implacable, Mr. Edwin Stanton. Este lanzó inmediatamente una orden del día a los generales Buell, Halleck, Butler, Sherman y otros comandantes de áreas enteras o jefes de expedición, comunicándoles que en lo futuro debían prever que todas las órdenes públicas o secretas les llegarían directamente del ministerio de la Guerra y que informarían asimismo directamente a dicho ministerio. En fin, Lincoln dio algunas órdenes, que él mismo firmó como «comandante en jefe del Ejército y la Marina», título que le pertenecía según la Constitución. De esta forma «tranquila», el «joven Napoleón»[112] fue despojado del mando supremo que hasta entonces ejercía sobre todos los ejércitos, y reducido al mando exclusivo del ejército del Potomac, pese a conservar el título de «comandante en jefe». Los éxitos conseguidos en Kentucky, en

Tennessee y en la costa atlántica han inaugurado favorablemente la asunción del mando supremo por el presidente Lincoln.

El cargo de comandante en jefe ocupado hasta entonces por McClellan fue legado a los Estados Unidos por Inglaterra y corresponde más o menos a la dignidad de gran condestable en el ejército francés del antiguo régimen. Ya durante la guerra de Crimea, la propia Inglaterra descubrió la inconveniencia de esta anticuada institución. Adoptó, pues, un compromiso por el cual una parte de las atribuciones del comandante en jefe se transfería al ministerio de la Guerra.

Para juzgar la táctica fabiana de McClellan en el Potomac carecemos del material deseado. Pero no hay duda de que su actuación estorbaba la dirección de las operaciones militares en general. Puede decirse de McClellan lo que Macaulay decía de Essex:

Los defectos militares de Essex se derivan esencialmente de su timidez política. Estaba honestamente ligado, pero sin pasión alguna, a la causa del Parlamento; y si algo temía más que una gran derrota, era una gran victoria.

Como la mayoría de los oficiales formados en West Point y pertenecientes al ejército regular, McClellan se encuentra más o menos ligado por espírit de corps a sus antiguos camaradas que se encuentran en el campo enemigo. Sienten los mismos celos de los parvenus entre los «soldados civiles». Para ellos, la guerra debe conducirse de manera puramente técnica, como un negocio, con vistas siempre a restaurar la Unión sobre su antigua base, y por ello conviene ante todo mantenerla libre de principios y de cualquier tendencia revolucionaria. ¡Bonita manera de concebir una guerra que es esencialmente guerra de principios! Los primeros generales del Parlamento inglés participaban del mismo error.

Pero —dice Cromwell en su mensaje del 4 de julio de 1653 al Rump Parliament—, ¡cómo cambió todo tan pronto tomaron el mando hombres que tenían por principio la devoción y la religión!

El Star de Washington, órgano particular de McClellan, declara en su último número:

El objetivo de todas las combinaciones militares del general McClellan es el restablecimiento de la Unión en la forma exacta que tenía antes de que estallase la rebelión.

¡No ha de sorprendernos, pues, que en el Potomac el ejército se dedique, bajo la mirada del comandante en jefe, a la caza de esclavos! Muy recientemente, McClellan hizo expulsar del campamento, por orden expresa, a la familia de músicos Kutchinson, porque cantaba canciones antiesclavistas.

Aparte de dichas manifestaciones «anti–tendenciales», McClellan cubría con su escudo protector a los traidores del ejército unionista. Por ejemplo, ascendió a Maynard a un grado superior, pese a que este era un agente de los secesionistas, como prueban los documentos oficiales del comité de investigación de la Cámara de Representantes. Del general Paterson, cuya traición provocó la derrota de Manassas, al general Stone, que organizó la derrota de Baile Bluff en directa connivencia con el enemigo, McClellan se las arreglaba para sustraer de los consejos de guerra a cualquier militar traidor y hasta, muy a menudo, para impedir que fuese destituido de su cargo. A este respecto, el comité de investigación del Congreso ha revelado los hechos más sorprendentes. Lincoln decidió demostrar mediante una medida enérgica que, al asumir él el mando supremo, la hora de los traidores con charreteras había terminado, y que se había producido un punto de inflexión en la política de guerra. Por orden suya, el general Stone fue arrestado en su lecho el 10 de febrero, a las dos de la mañana, y conducido al fuerte Lafayette. Unas horas más tarde llegó la orden de detención,

firmada por Stanton, en la que se le acusaba de alta traición, cargo por el que sería juzgado por un tribunal militar. La detención de Stone y su procesamiento tuvieron lugar sin que el general McClellan fuese informado previamente de ello.

Mientras permanecía inactivo y lucía la corona de laurel trenzada antes de tiempo, McClellan estaba manifiestamente resuelto a impedir que otro general se le adelantase. Los generales Halleck y Pope habían preparado un movimiento combinado para forzar a una batalla decisiva al general Price, que se le había escapado ya una vez a Frémont a consecuencia de una intervención de Washington. Un telegrama de McClellan les impidió llevar a buen término su empresa. Otro telegrama análogo, dirigido al general Halleck, «anuló la orden» de tomar el fuerte Columbus en un momento en que este se encontraba en situación apurada. McClellan había prohibido expresamente a los generales del oeste comunicarse entre sí. Todos ellos tenían que empezar dirigiéndose a Washington cuando trataban de coordinar una operación. El presidente Lincoln acaba de restituirles su indispensable libertad de acción.

Basta leer los panegíricos que el New York Herald consagra sin cesar al general McClellan para juzgar la calidad de su política militar. Es el héroe, en el sentir del Herald. El famoso Bennett, propietario y redactor jefe del Herald, reinaba en los tiempos de la administración de Pierce y de Buchanan por intermedio de sus «representantes especiales», alias corresponsales, en Washington. Bajo la administración de Lincoln, trató de reconquistar este mismo poder dando un rodeo, gracias a su «representante especial», el Dr. Ives, notorio sudista y hermano de un oficial que desertó a la Confederación y que había logrado ganarse el favor de McClellan. Al parecer, bajo el patrocinio de McClellan, este Ives gozó de grandes libertades, especialmente en la época en que Cameron estuvo al frente del ministerio de la Guerra. Ives esperaba, evidentemente, que Stanton le concediese los mismos privilegios y, en consecuencia, se presentó el 8 de febrero en el despacho militar donde el ministro de la Guerra, su secretario general y algunos miembros del Congreso deliberaban acerca de las medidas militares a adoptar. Se le puso en la puerta, pero él se estiró como un gallo y, mientras se batía en retirada, amenazó con hacer que el Herald

abriese fuego sobre el actual ministerio de la Guerra si este le retiraba su «privilegio particular», a saber: acceder al secreto de las deliberaciones del gabinete, a telegramas, comunicaciones públicas y noticias de guerra. Al día siguiente, 9 de febrero, el Dr. Ives había reunido a todo el Estado Mayor de McClellan en una comida con champán. Pero la desgracia no tardó en llegar. Un suboficial seguido de seis hombres se hizo cargo del poderoso Ives y le condujo al fuerte MacHenry, donde —como dice expresamente la orden del ministro de la Guerra— «se halla bajo estrecha custodia en calidad de espía.»

■

[111] Karl Marx, «Amerikanische Angelegenheiten», Die Presse, No. 61, 3 de marzo de 1862.

[112] Nombre dado a McClellan por sus partidarios demócratas, porque había sido nombrado comandante en jefe de las tropas de la Unión a la edad de 34 años.

La Guerra Civil

americana

[113]

Marzo de 1862

I

Desde cualquier ángulo que se la mire, la Guerra Civil americana ofrece un espectáculo sin parangón en los anales de la historia militar. La inmensa extensión del territorio en disputa; la amplitud de las líneas de operación y del frente; la potencia numérica de los ejércitos rivales, la creación de los cuales no ha podido, prácticamente, verse apoyada en ninguna base organizativa anterior; el coste fabuloso de estos ejércitos; sus modalidades de mando y los principios generales de táctica y estrategia que rigen esta guerra: todo es nuevo para el observador europeo.

La conspiración secesionista, organizada, patrocinada y sostenida, mucho antes de que estallase, por la administración de Buchanan, ha dado al sur una ventaja inicial gracias a la cual pudo concebir la esperanza de alcanzar sus fines. Para el sur, amenazado por su población de esclavos[114] y por fuertes elementos unionistas entre los blancos, disponiendo de un número de hombres libres tres veces inferior al del norte, pero más prontos al ataque gracias a sus innumerables aventureros ociosos, todo dependía de una ofensiva rápida, audaz, hasta temeraria. Si los sudistas conseguían adueñarse de San Luis, Cincinnati, Washington, Baltimore y tal vez de Filadelfia, podían desatar un pánico, durante el cual la diplomacia y la corrupción asegurasen a todos los Estados esclavistas el reconocimiento de su independencia. Por el contrario, si esta primera ofensiva fracasaba —al menos en sus puntos decisivos—, su

situación debía empeorar de día en día, paralelamente al desarrollo de las fuerzas del norte. Esto es lo que comprendieron perfectamente los hombres que, con un espíritu auténticamente bonapartista, organizaron la conspiración secesionista y se pusieron luego en campaña. Sus bandas de aventureros anegaron Missouri y Tennessee, en tanto que las tropas más regulares invadían la Virginia oriental y preparaban un golpe de mano en dirección a Washington. Si este golpe fracasaba, la campaña sudista estaba perdida desde el punto de vista militar.

El norte entró en guerra a regañadientes y semidormido, como era de esperar dado el más alto desarrollo de su industria y su comercio. La maquinaria social era aquí infinitamente más compleja que en el sur y fue menester bastante más tiempo para hacerla moverse en una dirección tan inusual. El alistamiento de voluntarios por tres meses fue un grave error, aunque tal vez inevitable. La política del norte debía consistir al principio en mantenerse a la defensiva en todos los puntos decisivos a fin de organizar sus fuerzas, ejercitarlas y prepararlas para las batallas decisivas por medio de operaciones de poca envergadura y poco riesgo; más tarde —cuando la organización se encontrase algo más fortalecida y los elementos felones hubiesen sido alejados más o menos de su ejército—, en pasar a una ofensiva enérgica e ininterrumpida, encaminada a reconquistar ante todo Kentucky, Tennessee, Virginia y Carolina del Norte. La transformación de los civiles en soldados debía costar más tiempo al norte que al sur. Pero una vez cumplido esto, se podía confiar en la superioridad individual de los hombres del norte.

En líneas generales, si hacemos abstracción de errores cuya fuente es más política que militar, el norte ha actuado conforme a estos principios: la pequeña guerra en Missouri y en Virginia occidental, al tiempo que protegía las poblaciones unionistas, acostumbraba a las tropas al servicio de campaña y al fuego sin exponerlas a derrotas decisivas. La grave humillación de Bull Run fue, en cierta forma, la consecuencia de un error anterior: el alistamiento de voluntarios para tres meses. Es absurdo pedir a reclutas bisoños que ataquen de frente una posición poderosa, situada en un terreno difícil y ocupada por un adversario apenas inferior en número. El pánico que se adueñó en el momento decisivo del ejército unionista,

y cuya causa aún no ha sido aclarada, no podía sorprender a nadie que estuviese siquiera un poco familiarizado con la historia de las guerras populares. Incidentes análogos se producían frecuentemente en las tropas francesas entre 1792 y 1795, pero no impidieron de manera alguna a esos mismos soldados ganar las batallas de Jemappes y de Fleurs, de Montenotte, Castiglione y Rívoli. En su necedad, las chanzas de la prensa europea sobre el pánico de Bull Run no tienen más que una sola excusa: las fanfarronadas de una parte de la prensa norteamericana antes del comienzo de la batalla.

La tregua de seis meses, que siguió a la derrota de Manassas, fue aprovechada con más eficacia por el norte que por el sur. Las filas nordistas no solo engrosaron bastante más que las sudistas, sino que sus oficiales recibieron mejor instrucción; la disciplina y el entrenamiento de las tropas no chocaron con los mismos obstáculos que en el sur. Los traidores y los ineptos fueron en gran parte separados: la época del pánico de Bull Run pertenece al pasado. Cierto que no hay que juzgar a estos dos ejércitos con los criterios propios de los principales ejércitos europeos e incluso del antiguo ejército regular de los Estados Unidos. De hecho, Napoleón consiguió completar en un mes el adiestramiento de batallones de nuevos reclutas en sus cuarteles, luego entrenarlos para las marchas en un segundo mes y conducirlos al combate en el tercero. Pero entonces cada batallón recibía un complemento suficiente de oficiales y suboficiales experimentados, y finalmente se destinaban a cada compañía viejos soldados, para que el día de la batalla las jóvenes tropas se hallasen rodeadas o, mejor aún, encuadradas por los veteranos. Ahora bien, en América todas estas condiciones están ausentes. Sin el caudal considerable de experiencia militar de los emigrados a América tras las convulsiones revolucionarias de 1848–1849, la organización de los ejércitos de la Unión hubiese requerido un plazo aún más largo.[115] El muy reducido número de muertos y heridos con relación al número total de las tropas participantes (lo habitual es el uno por veinte) demuestra que la mayoría de los choques, incluso los más recientes de Kentucky y Tennessee, se han efectuado principalmente utilizando armas de fuego de largo alcance, y que las raras cargas a la bayoneta o bien se interrumpían muy pronto ante el fuego enemigo, o bien ponían en fuga al adversario antes incluso de llegar al cuerpo a cuerpo. Entre tanto, la nueva campaña se ha abierto bajo auspicios más favorables, con el

avance de Buell y Halleck a través de Kentucky y en dirección a Tennessee.

Después de reconquistar Missouri y Virginia occidental, la Unión abrió la campaña avanzando en dirección a Kentucky. Los secesionistas mantenían allí tres fuertes posiciones o campos fortificados: Columbus sobre el Mississipi, a su izquierda; Bowling Green, en el centro; Mili Springs, sobre el río Cumberland, a su derecha. Sus líneas se extendían de oeste a este a lo largo de más de trescientas millas. La amplitud de esta línea privaba a los tres cuerpos participantes de toda posibilidad de apoyarse mutuamente y ofrecía a las tropas de la Unión la oportunidad de atacar a cada uno de ellos por separado y con fuerzas superiores. El gran error de los secesionistas consistió, al disponer sus fuerzas, en pretender tener todo el terreno ocupado. Kentucky se hubiese defendido con bastante más eficacia por medio de un solo campo poderosamente fortificado en el centro del país, dispuesto como campo de batalla para un choque decisivo y defendido por el grueso del ejército: ello o bien habría atraído al núcleo principal de las fuerzas unionistas, o bien las habría colocado en una posición peligrosa en caso de que hubiesen intentado atacar una concentración de tropas tan fuerte.

En las condiciones dadas, los unionistas resolvieron atacar los tres campos uno tras otro, maniobrar con objeto de obligar al enemigo a aceptar el combate a campo abierto. Este plan, ajustado a todas las reglas del arte militar, fue ejecutado con decisión y rapidez. Hacia mediados de enero, un cuerpo de cerca de 15.000 unionistas avanzó hacia Mili Springs defendido por 20.000 secesionistas. Los unionistas maniobraron tan bien, que hicieron creer a sus adversarios que solo habrían de vérselas con un débil destacamento. El general Zollicoffer cayó inmediatamente en la trampa: salió de su campo fortificado y atacó a los unionistas. Demasiado tarde se dio cuenta de que tenía enfrente una fuerza superior. Fue muerto y sus tropas sufrieron una derrota tan completa como la de los unionistas en Bull Run. Pero esta vez se explotó la victoria de muy distinta manera. El ejército vencido fue acosado estrechamente hasta que, extenuado, desmoralizado, después de haber perdido su artillería de campaña y sus trenes de combate, alcanzó el campamento de Mili Springs. Al estar edificado el campamento en el lado norte del río Cumberland, en caso de una nueva derrota la guarnición tenía

cortado el camino de retirada salvo por el río, con barcos de vapor o lanchas fluviales. Hemos notado que, en general, los campamentos secesionistas se edifican en la orilla enemiga de los ríos. No es solo reglamentario, sino también práctico alinearse de esta forma, pero a condición de tener un puente a la espalda. En este caso, el campamento sirve de cabeza de puente y concede a quienes lo poseen el privilegio de lanzar sus fuerzas a discreción sobre una u otra orilla del río, es decir, de dominar por completo el curso de agua. En cambio, un campo sobre el lado enemigo del río, sin puente a la espalda, corta toda vía de retirada después de un combate adverso y fuerza a las tropas a capitular o las expone a la matanza y a morir ahogadas, como fue el caso de los unionistas cerca de Ball's Bluff, en la orilla enemiga del Potomac, adonde la traición del general Stone los había enviado.

Cuando los secesionistas vencidos hubieron alcanzado su campamento de Mili Springs, comprendieron muy pronto que tenían que rechazar el ataque del enemigo contra sus fortificaciones o capitular sin tardar mucho. Ahora bien, después de la experiencia de la mañana habían perdido confianza en su capacidad de resistencia. Como consecuencia, cuando los unionistas avanzaron al día siguiente para atacar el campamento, advirtieron que el enemigo había aprovechado la noche para cruzar el río, abandonándoles el campamento, los trenes de combate, la artillería y las provisiones. De esta manera, el flanco derecho de la línea secesionista fue repelida hacia Tennessee; y Kentucky oriental, donde la masa de la población es hostil al partido esclavista, fue reconquistado para la Unión.

En ese mismo momento —hacia mediados de enero—, los unionistas comenzaron los preparativos para desalojar a los secesionistas de Columbus y Bowling Green. Se había dispuesto una poderosa flotilla de barcos de mortero y de cañoneras blindadas, y se lanzó a los cuatro vientos la noticia de que se destinaría a convoyar un numeroso ejército a lo largo del Mississippi, desde el Cairo a Menfis y Nueva Orleáns. En realidad, todas estas demostraciones en el Mississippi no eran más que simples maniobras de diversión. En el momento decisivo, las cañoneras fueron llevadas al Ohio y desde allí, al Tennesse, que remontaron hasta Fort Henry. Con Fort Donelson en el río Cumberland, esta

plaza fuerte constituía la segunda línea de defensa de los secesionistas en Tennessee. La posición se había elegido bien, pues en caso de retirada detrás del Cumberland, esta corriente de agua cubriría su frente de la misma manera que el Tennessee protegía su flanco izquierdo, quedando amparada suficientemente la estrecha franja de tierra entre ambos ríos por los dos fuertes antes mencionados. Sin embargo, gracias a una acción rápida, los unionistas rompieron la segunda línea antes incluso de atacar el ala izquierda y el centro de la primera.

En la primera semana de febrero, las cañoneras unionistas hicieron su aparición delante de Fort Henry, que fue tomado después de un corto bombardeo. La guarnición pudo huir y ganar Fort Donelson, ya que las fuerzas de tierra de que disponía la expedición no eran bastante numerosas para cercar la plaza. Las cañoneras volvieron a descender por el Tennessee hasta el Cumberland, y de ahí remontaron hasta Fort Donelson. Una cañonera solitaria remontó osadamente el Tennessee, en pleno corazón del Estado del mismo nombre, rozando el Estado de Missouri; progresó hasta Florence, en el norte de Alabama, donde una serie de marjales y bancos de arena (conocidos con el nombre de Mussle Shoals) impiden proseguir la navegación. El hecho de que una sola cañonera haya podido realizar este largo crucero, de ciento cincuenta millas por lo menos, y regresar acto seguido sin haber sido objeto del menor ataque, demuestra que los sentimientos unionistas predominan a lo largo del río y serán muy útiles el día en que las tropas de la Unión avancen hasta allí.

Esta expedición fluvial por el Cumberland combinaba, sin embargo, sus movimientos con los de las fuerzas de tierra bajo el mando de los generales Halleck y Grant. Los secesionistas estacionados en Bowling Green fueron inducidos a error por la demostración de los unionistas. Permanecieron tranquilamente en su campamento durante la semana que siguió a la caída de Fort Henry, mientras 40.000 unionistas rodeaban Fort Donelson por tierra y una poderosa flota de cañoneras lo amenazaba por la parte del río. Como los campamentos de Mili Springs y Fort Henry, Fort Donelson tiene la corriente de agua a su espalda, sin disponer de un puente de retirada. Es la plaza más fuerte que los unionistas hayan atacado hasta ahora. Los trabajos de fortificación se habían realizado con el

mayor cuidado; además, la plaza era lo bastante grande como para acomodar a 20.000 hombres. El primer día de ataque, las cañoneras redujeron al silencio las baterías que dirigían su fuego hacia el lado del río y bombardearon el interior del perímetro fortificado, en tanto que las tropas de tierra rechazaban a las avanzadas enemigas y forzaban al grueso de los secesionistas a buscar protección justamente bajo los cañones de sus propios recintos fortificados. El segundo día, las cañoneras, que habían sido muy castigadas la víspera, no parece que hiciesen gran cosa. En cambio, las tropas terrestres hubieron de librar una larga y ardiente batalla en algunos lugares con las columnas de la guarnición que intentaban perforar el ala derecha del enemigo para asegurarse una vía de retirada en dirección a Nashville. Sin embargo, un ataque enérgico del ala derecha unionista sobre el ala izquierda de los secesionistas, y la llegada de importantes refuerzos en ayuda del ala izquierda unionista, decidieron la victoria de los asaltantes. Varios puestos exteriores fortificados fueron tomados por asalto. Arrinconada en su línea interior de defensa, sin vía alguna de retirada y sin encontrarse en situación de resistir un nuevo asalto, la guarnición se rindió sin condiciones al día siguiente.

■

[113] Karl Marx/Friedrich Engels, «Der Amerikanische Bürgerkrieg», Die Presse, No. 84, 26 y 27 de marzo de 1862.

[114] En 1860, Alabama, Georgia, Lusiana, Mississipi, Florida, Carolina del Sur y Texas tenían en total 4.969.141 habitantes, de los que el 46.5 por ciento o sea 2.312.350, eran esclavos. En dos de estos Estados —Carolina del Sur y Mississippi— los esclavos eran más numerosos que el conjunto de los blancos y los negros libres. Virginia, Tennessee, Carolina del Norte y Arkansas contaban con 4.134.191 habitantes en 1860, de los cuales el 29,2 por ciento eran esclavos, o sea, 1.208.758. Desde un punto de vista militar, una política radicalmente abolicionista habría golpeado duramente a los sudistas.

[115] Lo mismo que cuando la primera revolución americana, fuerzas progresistas de diversos países europeos ayudaron a los

americanos en lucha durante la guerra antiesclavista. Entre los revolucionarios alemanes de 1848 que emigraron a Estados Unidos había burgueses liberales como Schurz y Kapp y amigos comunistas de Marx y Engels, como Weydemeyer y Anneke (este informaba directamente a Engels de cuanto ocurría en el teatro de operaciones americano). Se estima en 200 mil el número de alemanes que se enrolaron voluntarios para ayudar al norte a combatir a los esclavistas. Brindaron su experiencia a los ejércitos nordistas poco aguerridos y mal organizados al principio de las hostilidades. Algunos revolucionarios de 1848 organizaron sus propios destacamentos, por ejemplo, el 8o. regimiento de voluntarios alemanes. La acción de Marx y Engels en favor del norte antiesclavista se incorpora a este movimiento concreto de ayuda a los Estados Unidos. Incluso, como es sabido, Marx había contemplado en algún momento la posibilidad de emigrar a los Estados Unidos.

II

Con Fort Donelson, la artillería, el tren de combate y el material de guerra de la guarnición cayeron en manos de los unionistas. 30.000 secesionistas se rindieron el día de la capitulación; otros 1.000 al día siguiente y, tan pronto como las avanzadillas de los vencedores aparecieron ante Clarksville, esta ciudad, situada en el curso superior del Cumberland, les abrió sus puertas. Los secesionistas habían almacenado allí, igualmente, importantes reservas de víveres.

La toma de Fort Donelson oculta, no obstante, un pequeño misterio: la huida del general Floyd con 5.000 hombres, al segundo día de bombardeo. Estos huidos eran demasiado numerosos para desaparecer como por encanto durante la noche, en barcos de vapor. Algunas medidas de precaución por parte de los asaltantes hubiesen podido impedir su fuga.

Siete días después de la rendición de Fort Donelson, los federados ocuparon Nashville. La distancia entre estas dos localidades es de alrededor de 100 millas inglesas. Necesitaron, pues, hacer 15 millas al día, por caminos embarrados y durante la peor estación del año: ello hace honor a las tropas unionistas. Ante la nueva de la caída de Fort Donelson, los secesionistas evacuaron Bowling Green; una semana más tarde abandonaron Columbus y se retiraron a una isla del Mississippi, 45 millas más al sur.

La Unión había reconquistado así Kentucky por entero. Nos encontramos con que los secesionistas no podrán defender Tennessee si no libran y ganan una gran batalla. Parece que ya han concentrado más de 65.000 hombres con este fin. Sin embargo, nada hay que impida a los unionistas oponerles una fuerza superior.

La conducción de las operaciones en la campaña de Kentucky merece los más vivos elogios. La reconquista de un territorio tan vasto, el avance en dirección a Ohio hasta el Cumberland en un solo mes, todo ello, en fin, revela una energía, una decisión y una rapidez de ejecución que los ejércitos regulares de Europa

raramente han igualado. Compárese, por ejemplo, la lenta progresión de los aliados desde Magenta a Solferino, en 1859, sin que fuesen en persecución del enemigo en retirada y sin que tratasen de aislar a los rezagados o de rebasar y cercar cuerpos enteros de tropas.

Halleck y Grant, en particular, están dando buenos ejemplos de conducta militar enérgica. Dejando de lado por completo Columbus y Bowling Green, concentraron sus fuerzas en los puntos decisivos —Fort Henry y Fort Donelson—, que atacaron rápidamente y con energía, dejando así Columbus y Bowling Green en situación insostenible. Después, se pusieron en marcha hacia Clarksville y Nashville, sin dar tiempo a los secesionistas en retirada a ocupar nuevas posiciones en el norte del Tennessee. Durante esta veloz persecución, el cuerpo de ejército secesionista de Columbus quedó completamente cortado del centro y del ala derecha de su ejército. Los diarios ingleses han criticado injustamente esta operación. Incluso si hubiese fracasado el ataque a Fort Donelson, los secesionistas podían ser retenidos cerca de Bowling Green por el general Buell: no habrían podido destacar una fuerza suficiente para permitir a la guarnición perseguir a los unionistas en campo abierto y amenazar su repliegue. Por otra parte, Columbus queda tan apartado, que no podía en ningún caso intervenir en las operaciones dirigidas por Grant. De hecho, cuando los unionistas hubiesen limpiado Missouri de secesionistas, Columbus no sería para estos últimos sino una plaza desprovista de interés. Las tropas de su guarnición habrían tenido que retirarse a toda prisa hacia Memphis e incluso hacia Arkansas, a fin de no verse obligadas a rendir sus armas sin gloria.

Después de la limpieza de Missouri y de la reconquista de Kentucky, el teatro de guerra se ha reducido a tal punto, que los diferentes ejércitos pueden cooperar en alguna medida a lo largo de toda la línea de operaciones y ayudarse para obtener ciertos resultados. En otros términos, es solamente ahora cuando la guerra toma un carácter estratégico y cuando la configuración geográfica del país reviste un interés nuevo. Corresponde en el presente a los generales nordistas descubrir el talón de Aquiles de los Estados algodoneros.

Hasta la toma de Nashville, no podía haber operaciones estratégicas

comunes a los ejércitos de Kentucky y a los del Potomac, separados por muy grandes distancias. Ciertamente, se encontraban en una misma línea de frente, pero sus líneas de operación eran completamente distintas. Solo con el avance victorioso en Tennessee, los movimientos de los ejércitos de Kentucky adquieren importancia para el entero teatro de la guerra.

Los periódicos americanos influidos por McClellan han hecho gran ruido con la teoría «anaconda» de envolvimiento, que preconiza que una inmensa línea de ejércitos rodee a la rebelión, apriete progresivamente sus miembros y estrangule finalmente al enemigo. Esto es puro infantilismo. Es un refrito del llamado sistema del cordón, inventado en Austria hacia 1770, utilizado contra los franceses desde 1792 hasta 1797 con tanta obstinación como incesante fracaso. En Jemappes, Fleurs, etc., y muy particularmente en Montenotte, Millesimo, Diego, Castiglione y Rívoli, el sistema de estrangulamiento siempre llegaba tarde. Los franceses cortaban en dos la «anaconda», concentrando su ataque sobre un punto con fuerzas superiores, luego hacían pedazos, uno tras otro, los anillos de la «anaconda».

En los Estados más o menos poblados y centralizados, siempre existe un centro cuya ocupación por el enemigo rompe las más de las veces la resistencia nacional. París es un ejemplo brillante. Sin embargo, los Estados esclavistas no tienen tal centro. Están poco poblados y apenas poseen grandes ciudades, salvo en la costa aquí y allá. No obstante, hay que preguntarse si existe al menos un centro de gravedad militar, cuya conquista rompería la espina dorsal de la resistencia; ¿o es que para conseguir la victoria —como era el caso de Rusia todavía en 1812— hay que ocupar cada aldea y cada localidad, ocupar, en una palabra, toda la periferia?

Lancemos una ojeada a la configuración geográfica de Secesia, con su larga franja costera del Atlántico y el Golfo de México. Durante el periodo en que los confederados disponían de Kentucky y Tennessee, su territorio formaba un conjunto compacto. La pérdida de estos dos Estados ha clavado en su territorio una cuña gigantesca, que separa los Estados situados en la costa norte del Océano Atlántico de los Estados situados en el Golfo de México. La ruta directa de Virginia y las dos Carolinas a Texas y Louisiana, a

Mississippi y, en parte, incluso a Alabama, pasa por Tennessee, que los unionistas acaban de ocupar. La única ruta que después de la conquista total de Tennessee por la Unión comunica las dos secciones de los Estados esclavistas pasa por Georgia. Ello demuestra que Georgia es la llave de Secesia. Al perder Georgia, la Confederación ha sido cortada en dos secciones que ya no disponen de ninguna comunicación entre sí. Ahora bien, es improbable que los secesionistas puedan reconquistar Georgia, pues las fuerzas militares unionistas se concentrarían allí en una posición central, en tanto que sus adversarios, divididos en dos campos, apenas dispondrían de fuerzas suficientes para realizar un ataque conjunto.

¿Será menester conquistar toda Georgia, incluida la costa sur de Florida, para llevar a buen fin dicha operación? De ninguna manera. En un país donde las comunicaciones, especialmente entre puntos distantes, dependen bastante más de las vías férreas que de las rutas terrestres, basta apoderarse de las vías férreas. La línea de ferrocarril más meridional entre los Estados del Golfo de México y los de la costa del Atlántico pasa por Macon y Gordon, cerca de Milledgeville.

La ocupación de estos dos puntos cortaría pues Secesia en dos y permitiría a los unionistas batir a una parte después de la otra. Se deduce de lo que acabamos de decir que ninguna república sudista es viable sin la posesión de Tennessee. En efecto, sin Tennessee, el punto vital de Georgia solo se encuentra a ocho o diez días de marcha desde la frontera. El norte tiene, pues, constantemente cogido al sur por la garganta: a la menor presión de su mano, el sur ha de ceder o reemprender la lucha para sobrevivir, en tales condiciones, que una sola derrota le arrebataría toda perspectiva de victoria.

De estas consideraciones se sigue:

El Potomac no es la posición más importante del teatro de la guerra. La toma de Richmond y el avance del ejército del Potomac hacia el sur —difíciles a causa de los numerosos cursos de agua que cortan la línea de marcha— podrían causar un terrible efecto psicológico, pero desde el punto de vista puramente militar no deciden nada.

El resultado de la guerra depende del ejército de Kentucky, que

ocupa actualmente Tennessee, territorio sin el cual la secesión no puede vivir. Sería preciso, pues, reforzar este ejército a expensas de los otros, sacrificando todas las operaciones menores. Sus puntos de ataque inmediatos deberían ser Chattanooga y Dalton en el alto Tennessee, ya que estas ciudades son los nudos ferroviarios más importantes de todo el sur. Después de su ocupación, los Estados del este y el oeste de Secesia solo permanecerían unidos por las líneas de comunicación de Georgia. No habría más que cortar la línea ferroviaria que sigue desde Atlanta a Georgia y, finalmente, destruir el último lazo entre las dos secciones ocupando Macon y Gordon.

Por el contrario, si el plan «anaconda» prosiguiese, a pesar de todos los éxitos logrados localmente e incluso en el Potomac, la guerra podría prolongarse hasta el infinito, aparte de que las dificultades financieras y las complicaciones diplomáticas podrían crear un nuevo margen de maniobra para el sur.

El humanitarismo inglés

y América

[116]

Londres, 14 de junio de 1862

Como la libertad en Francia, el humanitarismo en Inglaterra se ha convertido en artículo de exportación para los traders in politics. [117] Nos acordamos del tiempo en que el zar Nicolás hizo que sus soldados dieran de latigazos a damas polacas[118] y de cuando lord Palmerston encontraba «poco política» la indignación expresada por algunos parlamentarios. Nos acordamos de una sublevación en las islas Jónicas[119] hace una decena de años, que brindó la ocasión al gobierno local inglés de hacer azotar también a un buen número de mujeres griegas. Probatum est, dijeron Palmerston y sus colegas liberales, entonces en el gobierno. Hace apenas unos pocos años, se aportaron documentos oficiales al Parlamento que probaban que los recaudadores de impuestos en la India usaban contra las mujeres de los ryots (campesinos indios) medios de coerción cuya infamia prohíbe facilitar detalles. Ciertamente, Palmerston y sus colegas no tuvieron el descaro de justificar esas atrocidades, pero qué gritos habrían dado, si un gobierno extranjero se hubiera permitido proclamar públicamente su indignación ante las infamias inglesas y hubiera manifestado claramente su voluntad de intervenir en caso de que Palmerston y sus colegas no desautorizaran inmediatamente a los funcionarios del fisco indio. Ahora bien, ni el mismo Catón el censor habría podido vigilar más celosamente las costumbres de los romanos que los aristócratas ingleses y sus ministros el «humanitarismo» de los combatientes yanquis.

Las damas de Nueva Orleáns, bellezas amarillas, cubiertas de joyas del mayor mal gusto, comparables quizá a las buenas mujeres de los

viejos mexicanos, con la diferencia de que no se comen a sus esclavos in natura, son esta vez —previamente lo fueron los puertos de Charleston— la ocasión para que los aristócratas británicos aireen su humanitarismo. Las mujeres inglesas (no se trata de damas, pues no tienen esclavos) que padecen hambre en Lancashire no han merecido hasta aquí ninguna mención parlamentaria; el grito de miseria de las mujeres irlandesas que, como consecuencia de la expulsión progresiva de los pequeños campesinos de la verde Eire, son lanzadas semidesnudas a los caminos y expulsadas de sus casas como si los tártaros hubieran vuelto, no ha encontrado hasta aquí más que un único eco por parte de los Lores, los Comunes y el gobierno de su Majestad: la homilía sobre los derechos absolutos de la propiedad de la tierra.

Pero, ¡las damas de Nueva Orleáns! Eso evidentemente es otra cosa. Estas damas tienen el espíritu demasiado esclarecido como para participar en el tumulto de la guerra, cual las diosas del Olimpo, o para precipitarse en las llamas, cual las mujeres de Sagunto. Han inventado un nuevo modo de heroísmo que escamotea todo peligro, un modo que solamente podían inventar esclavistas, o mejor esclavistas de un país donde la parte libre de la población, cuando no posee esclavos como los cives del mundo antiguo, está hecha de comerciantes de profesión, tratantes de algodón, azúcar o tabaco. Sus hombres habían huido de Nueva Orleáns o se habían encerrado en sus graneros, cuando estas damas se precipitaron en las calles para escupir a la cara a las tropas victoriosas de la Unión o para sacarles la lengua, o, en fin, para como Mefistófeles «hacerles gestos obscenos» y gritarles insultos. Esas Megeras creían poder hacer sus travesuras «con impunidad».

Allá ellas con su heroísmo. El general Butler lanza una proclama notificándoles que si siguen comportándose como mujeres de la calle, serán tratadas como mujeres de la calle. Aunque abogado de oficio, el general Butler no parece haber estudiado seriamente la statute law inglesa. De lo contrario, imitando las leyes impuestas a Irlanda bajo Castlereagh, les habría podido pura y simplemente prohibir el acceso a la calle. La advertencia de Butler a las «damas» de Nueva Orleáns ha suscitado tal indignación moral en el conde Carnarvon, en sir J. Walsh (que jugó un papel tan grotesco y odioso en Irlanda) y en el señor Gregory (que había pedido hace ya varios

años el reconocimiento de la Confederación), que el conde, el señor y el «without a handel to his name» [sin título] en la Cámara Baja, interpelaron al Ministerio a fin de conocer qué gestiones se proponían emprender en nombre de la «humanidad» ultrajada.

Russell y Palmerston fustigaron a la limón a Butler y pretendieron que su gobierno lo desautorizara. Palmerston, de tan tierno corazón, reconoció en otro tiempo, a pesar de la reina y sin información previa de sus colegas, el coup d'état de diciembre de 1851 (en cuya ocasión, en verdad numerosas «damas» fueron muertas y otras violadas por los zuavos) por simple «admiración humana». Ahora bien, ese mismo vizconde de tierno corazón declara que la advertencia de Butler es una «infamia». Y bien, es que se quiere prohibir a las damas y, por añadidura, a damas que tienen el privilegio de poseer esclavos, exhalar su rabia y su odio contra los simples soldados del ejército unionista, hecho de campesinos, artesanos y otros malcriados. ¡Ciertamente, es «infame»!

Nadie se deja engañar aquí en público con esta farsa humanitaria. Se trata, en parte de suscitar, en parte de reforzar el espíritu de intervención, especialmente entre los franceses. Así, después de las primeras explosiones melodramáticas, los caballeros de la humanidad en la Cámara Alta y Baja —como bajo una orden—se deshicieron de su máscara emocional. Sus declamaciones servían de prólogo a la cuestión siguiente: el emperador de los franceses ha tomado contacto con el gobierno inglés para una mediación, y debemos esperar que se le responderá favorablemente. Russell y Palmerston declararon que no estaban al corriente de tal ofrecimiento. Russell declaró que el momento presente era desfavorable a toda mediación. Palmerston, más prudente y reservado, se contenta con decir que el gobierno inglés no buscaría mediación en este momento.

El plan consiste en que, durante el receso del Parlamento inglés, Francia juegue su papel mediador y que en otoño —cuando se haya asegurado lo de México— se empiece a intervenir en los Estados Unidos. La pausa actual en el teatro de la guerra americana ha sacado de su languidez a quienes especulan con la intervención en Saint James y en las Tullerías. Esta misma pausa es debida a una falta estratégica de los nordistas en la conducción de la guerra. Si

después de sus victorias en Tennesse, el ejército de Kentucky, en lugar de dejarse atraer hacia una vía secundaria al sur de Mississippi, hubiera avanzado rápidamente hacia los nudos ferroviarios de Georgia, los Reuter y Cía. carecerían de aliento para lanzar rumores de «intervención» y de «mediación». Como quiera que sea, Europa no debe desear nada con tanto fervor como un coup d'état, con vistas a «restaurar el orden en los Estados Unidos» y de «salvar, también allí, la civilización.»

■

[116] Karl Marx, «Englische Humanität und Amerika», Die Presse, No. 168, 20 de junio de 1862.

[117] Comerciantes de la política.

[118] Se alude a la salvaje represión de los rusos con motivo de la insurrección polaca de 1831.

[119] Inglaterra había instaurado en 1815 su protectorado sobre las islas Jónicas, archipiélago situado a lo largo de la costa oeste de Grecia, entre cuyas islas se encuentra Corfú. Entre finales de 1858 y principios de 1859, la población se levantó abiertamente contra el poder absoluto del alto comisario británico y exigió su incorporación a Grecia. Esta lucha desembocó finalmente en la incorporación de las islas Jónicas a Grecia en 1864.

Crítica de los

asuntos americanos

[120]

4 de agosto de 1862

La crisis que se enseñorea actualmente de la situación en los Estados Unidos obedece a una doble causa, militar y política.

Si la última campaña hubiese sido ejecutada con arreglo a un plan estratégico único, el grueso del ejército nordista tendría que haber explotado los éxitos alcanzados en Kentucky y Tennessee —como hemos explicado en estas columnas en ocasiones previas— para penetrar por el norte de Alabama en Georgia, a fin de apoderarse de los nudos ferroviarios de Decatur, Milledgville, etc. Así, la comunicación entre los ejércitos secesionistas del este y del oeste se habría cortado, de suerte que les hubiese sido imposible apoyarse mutuamente. En lugar de esto, el ejército de Kentucky descendió a lo largo del Mississippi hacia el sur, en dirección a Nueva Orleáns, y su victoria de Memphis tuvo como único resultado que Beauregard despachase a la mayoría de las tropas confederadas hacia Richmond de forma que se encontrasen súbitamente frente a McClellan, que no había explotado la derrota del adversario en Yorktown y Williamsburg y que, además, había dispersado sus fuerzas cuando disponía de un ejército superior en una posición superior. Como en otro lugar hemos explicado, la forma en que McClellan ejerce el mando hubiese bastado por sí sola para arruinar al ejército más fuerte y disciplinado. En fin, el ministro de la Guerra, Stanton, cometió un error imperdonable. Para impresionar al extranjero, suspendió el reclutamiento después de la conquista de Tennessee, condenando al ejército a debilitarse progresivamente en el instante preciso en que más necesidad tenía de refuerzos de cara a una

ofensiva rápida y decisiva. A despecho de los yerros estratégicos y de mando de McClellan, la guerra habría caminado rápidamente hacia un desenlace victorioso allí donde su curso aún no estaba decidido, si el ejército se hubiese beneficiado de una constante afluencia de reclutas. La medida tomada por Stanton era tanto más nefasta, cuanto que el sur estaba justamente en vías de enrolar a todos los varones de dieciocho a treinta y cinco años, es decir, se lo jugaba todo a una carta. Ahora bien, estos son hoy soldados entrenados, que aseguran a los confederados en casi todas partes la ventaja y la iniciativa. Han conseguido inmovilizar a Halleck, desalojar a Curtis de Arkansas, batir a McClellan y, con Stonewall Jackson, han dado la señal a las incursiones de la guerrilla, que ahora ya llegan hasta el Ohio.

Las causas militares de la crisis están en gran parte ligadas a causas políticas. Fue la influencia del Partido Demócrata, que elevó a un incapaz como McClellan al puesto de comandante en jefe de todas las fuerzas armadas del norte, porque era un viejo partidario de Breckinridge. Ha sido el afán de tratar con miramientos los deseos, las ventajas y los intereses de los portavoces de los Estados fronterizos esclavistas lo que ha embotado el filo de los principios de la Guerra Civil y la ha privado, por así decirlo, de su alma. Los «leales» propietarios de esclavos de esos Estados fronterizos hicieron que se mantuviesen las leyes sobre los esclavos fugitivos, promulgadas por el sur, que las simpatías de los negros hacia el norte fuesen reprimidas por la fuerza, que ningún general osara poner en pie una compañía de negros y meterla en campaña y que, en fin, la esclavitud, de ser el talón de Aquiles del sur, se convirtiese en su callo invulnerable. ¡Gracias a los esclavos, que realizan todo el trabajo productivo, el sur puede poner en pie de guerra a todos los hombres capaces de sostener un fusil!

En el momento en que las acciones de la secesión suben, los portavoces de los Estados fronterizos acrecientan sus pretensiones. Sin embargo, como indica el llamamiento de Lincoln,[121] que les amenaza con una inundación abolicionista, la situación está tomando un giro revolucionario. Lincoln sabe lo que Europa ignora, que no fue en absoluto la apatía ni ceder a la presión de la derrota lo que hizo que su demanda de trescientos mil nuevos reclutas no encontrase sino un débil eco. Nueva Inglaterra y el noroeste, que

proporcionan el grueso del ejército, están decididos a imponer al gobierno una estrategia revolucionaria y a inscribir sobre la bandera estrellada la divisa de la «abolición de la esclavitud». Lincoln sortea con vacilación e inquietud esta presión exterior; pero sabe muy bien que no podrá resistirla por mucho tiempo. Esto es lo que explica su llamada suplicando a los Estados fronterizos que renuncien voluntariamente a la institución de la esclavitud en condiciones favorables fijadas por contrato. Sabe que únicamente porque la esclavitud subsiste en los Estados fronterizos permanece intacta también en el sur e impide al norte utilizar su gran remedio radical. Lincoln se engaña si imagina que los «leales» propietarios de esclavos pueden conmoverse con discursos sentimentales o llamamientos a la razón. Solo cederán ante la fuerza.

Hasta aquí no hemos asistido sino al primer acto de la Guerra Civil: la conducción constitucional de la guerra. El segundo acto, su fase revolucionaria, es inminente.

Entre tanto, el Congreso ha aprobado, durante su primera sesión, una serie de importantes medidas que queremos resumir aquí brevemente.

Abstracción hecha de una legislación financiera, ha votado el Homestead Bill, que las masas populares del norte esperaban en vano hace mucho tiempo;[122] ha previsto que una parte de las tierras del Estado se entregue gratuitamente, a fin de que sea cultivada por colonos de origen americano o emigrados. Ha abolido la esclavitud en Columbia y en la capital nacional, indemnizando a los antiguos propietarios de esclavos. En todos los territorios de los Estados Unidos la esclavitud ha sido declarada «imposible para siempre». El Acta mediante la cual es acogido en la Unión el nuevo Estado de Virginia occidental prescribe la abolición progresiva de la esclavitud y proclama que todos los niños nacidos de negros después del 4 de julio de 1863 serán niños libres. Las condiciones para la emancipación gradual se han tomado, en general, de una ley promulgada a este efecto en Pensilvania hacía setenta años. Una cuarta ley emancipa a todos los esclavos de los rebeldes, tan pronto como caigan en manos del ejército republicano. Otra ley, aplicada hoy por primera vez, prevé que estos negros emancipados serán organizados militarmente y podrán ser puestos en campaña contra

el sur. Se reconoce la independencia de las repúblicas negras de Liberia y de Haití;[123] en fin, acaba de concluirse con Inglaterra un tratado para la abolición del comercio de esclavos.

Así, caigan como caigan los dados de la fortuna de las armas, se puede asegurar desde ahora que la esclavitud de los negros no sobrevivirá mucho tiempo a la Guerra Civil.

■

[120] Karl Marx, «Zur Kritik der Dinge in Amerika», Die Presse, No. 218, 9 de agosto de 1862.

[121] Lincoln propuso el 12 de julio de 1862 a los representantes de los Estados fronterizos del Congreso americano liberar progresivamente los esclavos negros, mediante indemnización a los propietarios, a fin de terminar antes la guerra.

[122] La ley de heredades o patrimonial (homestead bill) adoptada por el Congreso de los Estados Unidos el 20 de mayo de 1862 establece que todo ciudadano de los Estados Unidos o cualquiera que desee serlo puede conseguir 160 acres de tierra (65 hectáreas) prácticamente gratis, pues solo se pagan los derechos insignificantes, pasando a gozar de plena propiedad siempre que la trabaje durante cinco años seguidos. Esta medida contribuye a dar un carácter revolucionario a la Guerra Civil, asegurando la colonización de las tierras nuevas para la agricultura.

[123] Liberia fue fundada en 1847 por la Sociedad Americana de Colonización, a fin de poder hacer emigrar hacia este país los negros libres de Estados Unidos (¡en el momento en que el gobierno americano hacía grandes esfuerzos para acoger en América a los blancos europeos!). En 1803, los negros de Haití (con Toussaint l'Ouverture a la cabeza) derrotaron al ejército francés. La revuelta, que se mantenía desde 1791, se corona con la independencia en 1804. La República fue instaurada en 1858. Los Estados Unidos (tras algunas otras potencias) establecieron relaciones diplomáticas con las repúblicas negras de estos países en junio de 1862. Este gesto tenía por objetivo, entre otros, facilitar la expedición de negros americanos hacia estos países. Los representantes del ala

revolucionaria de los abolicionistas protestaron enérgicamente contra la creación en el exterior de los Estados Unidos de colonias para los negros libres, en el programa de Lincoln.

Manifestaciones

abolicionistas en América

[124]

22 de agosto de 1862

Hemos señalado en una ocasión previa en estas columnas que el Presidente Lincoln, por sus escrúpulos jurídicos, su espíritu mediador y constitucionalista, sus orígenes y sus vínculos con Kentucky, el Estado esclavista fronterizo, encontraba dificultades para desprenderse de la influencia de los esclavistas «leales». Sin embargo, aunque tratando de evitar toda ruptura abierta con ellos, suscita un conflicto con los partidos del norte que son los más consecuentes en el campo de los principios y son empujados cada vez más hacia el primer plano por los mismos acontecimientos. Puede considerarse como un prólogo a ese conflicto el discurso pronunciado por Wendell Philips en Abbington, en Massachusetts, con ocasión del aniversario de la emancipación de los esclavos en las Indias Occidentales Británicas.

Con Garrison[125] y G. Smith, Wendell Phillips es el jefe de los abolicionistas de Nueva Inglaterra. Durante treinta años, sin desfallecer y con riesgo de su vida, ha proclamado la emancipación de los esclavos como divisa de combate, sin cuidarse de las burlas de la prensa, los gritos de rabia de los granujas pagados, ni de los amigos inclinados a la conciliación. Sus mismos adversarios reconocen en él a uno de los más grandes oradores del norte; une una naturaleza de hierro a una energía indomable y los más puros sentimientos. Hoy, el Times de Londres —¿qué es lo que mejor podría caracterizar a este enternecedor periódico?— denuncia al gobierno de Washington el discurso de Wendell Phillips en Abbington, ya que habría «abusado» de la libertad de expresión:

Es difícil imaginar nada más violentamente desmesurado. Jamás en tiempos de Guerra Civil, en cualquier país que sea, un hombre sano de espíritu y apreciando el valor de su vida y su libertad, ha pronunciado palabras de una audacia tan loca. Leyendo este discurso, hay que concluir que el objetivo del orador era forzar al gobierno a perseguirlo.[126]

Y el Times —a despecho o, tal vez, a causa de su odio por el gobierno de la Unión— parece dispuesto a jugar el papel de acusador público.

En la situación presente, el discurso de Wendell Phillips en Abbington es más importante que un boletín de guerra. Por ello, queremos aquí resumir los pasajes más sobresalientes.[127]

El gobierno lucha por mantener la esclavitud; he aquí por qué su combate es estéril. Lincoln lleva la guerra como hombre político. Aún hoy teme más a Kentucky que a todo el norte. Confía en el sur. Si se pregunta a los negros de los campos de batalla del sur si están asustados por el diluvio de fuego y hierro que se abate sobre la tierra y destroza los árboles, responden: «No, massa (señor), sabemos bien que esto no nos concierne». Los rebeldes podrían decir lo mismo de las bombas de McClellan. Saben que no tienen por objetivo hacerles daño. Yo no digo que McClellan sea un traidor, pero digo que si fuera un traidor no obraría de otro modo. No tembléis por Richmond: McClellan no la ocupará. Si continuamos conduciendo así la guerra sin principio director, no haremos sino malgastar en vano la sangre y el oro. Más valdría acordar inmediatamente la independencia del sur que poner en peligro una sola vida humana, por una guerra fundada sobre la execrable política actual. Se necesitan 125.000 hombres por año y un millón de dólares por día para llevar la guerra en las condiciones actuales. No obstante, no podéis libraros del sur. Como decía Jefferson:

«Los Estados del sur tienen el lobo por las orejas, pero no pueden ni sujetarlo ni soltarlo». Del mismo modo, nosotros tenemos al sur por las orejas, sin poder apoderarnos ni desembarazarnos de él. Reconocedlo mañana, y tampoco tendréis la paz. Durante ochenta años ha vivido con nosotros, temiéndonos constantemente, odiándonos la mitad del tiempo, pero siempre causándonos molestias y abusando de nosotros. Vuelto presuntuoso por la declaración de sus actuales reivindicaciones, no aguantaría ni un año en el interior de una línea fronteriza imaginaria. ¡No!, en el mismo instante en que habláramos de condiciones de paz, gritarían ¡victoria! Mientras que la esclavitud no sea eliminada, ¡no habrá paz! Mientras mantengáis las actuales tortugas a la cabeza de nuestro gobierno, estaréis haciendo un agujero con una mano y rellenándolo con la otra. Dejad, pues, a toda la nación asociarse a las decisiones de la Cámara de Comercio neoyorkina:[128] el ejército tendría entonces las razones por qué batirse. Incluso si Jefferson Davis tuviese el Poder, no se apoderaría de Washington. Sabe bien que la bomba que caería sobre esta Sodoma, despertaría a toda la nación, y que el norte entero lanzaría una voz de trueno: «¡Abajo la esclavitud! ¡Abajo todo obstáculo a la salud de la República!». Pero Jefferson Davis está satisfecho de los resultados que ha obtenido. Sobrepasan lo que podía esperar. Si puede continuar así hasta el 4 de marzo de 1863, Inglaterra reconocerá —y esto se halla dentro de lo posible— a la Confederación del Sur... El Presidente no ha aplicado la ley sobre la confiscación. Tal vez sea honesto, pero su honestidad nada tiene que ver en esto. ¡Su espíritu no es ni penetrante ni previsor! Durante mi estancia en Washington, he podido darme cuenta de que hace ya tres meses Lincoln había redactado una proclama general de emancipación de los esclavos. McClellan ha hecho aplazar esta decisión intimidándolo, mientras que los representantes de Kentucky se imponían a McClellan, en quien, por lo demás, no tiene ninguna confianza. Se necesitarán años para que Lincoln aprenda a combinar sus escrúpulos legalistas de abogado con las necesidades inherentes a la Guerra Civil. Tal es la terrible condición de un gobierno democrático, su mayor mal.

En Francia, cien hombres convencidos de sus buenas razones, han arrastrado con ellos a la nación entera. Pero, para que nuestro gobierno dé un paso, antes tienen que ponerse en movimiento diez y nueve millones de hombres. ¡Y a cuántos de estos millones no se

les ha predicado durante años que la esclavitud es una institución ordenada por Dios! Con esos prejuicios, que os atan las manos y el corazón, pedís a vuestro Presidente que os salve de los negros. Si esta teoría fuese justa, solamente el despotismo esclavista podría asegurar temporalmente la paz... Conozco a Lincoln. He medido su capacidad en Washington: es una mediocridad de primer orden (a first–rate second–rate man). Como una escoba, espera honestamente a que la nación la coja en su mano, a fin de barrer la esclavitud... El año último, no lejos de la tribuna donde yo hablo hoy, disparos de morteros hechos por los Whigs han intentado ahogar mi voz. ¿Cuál fue el resultado?

Los hijos de esos Whigs cavan hoy sus propias tumbas en los pantanos de Chickahominy. Disolved esta Unión en nombre del Señor y reemplazadla por una nueva sobre cuyo frontispicio escribáis: «Libertad política para todos los hombres de la tierra.» Durante mi estancia en Chicago, he pedido a juristas de Illinois que han conocido a Lincoln que me dijeran qué clase de hombre era. ¿Sabe decir no? La respuesta fue: «Carece de columna vertebral. Los americanos que hubiesen querido un hombre absolutamente incapaz de gobernar y de tomar iniciativas, hubiesen elegido a Abraham Lincoln. Nunca nadie le ha oído decir no.» Yo pregunté: «¿Es McClellan hombre propicio a decir no?» El director del Ferrocarril Central de Chicago que empleaba a McClellan me respondió: «Es incapaz de tomar una decisión. Planteadle una cuestión y necesitará una hora para pensar la respuesta. Mientras estuvo ligado a la administración del Ferrocarril Central, nunca decidió ni una sola cuestión controvertida importante.»

¡He aquí los hombres que, más que cualesquiera otros, tienen en sus manos la suerte de la República del norte! Hombres que se hallan bien al corriente de la situación del ejército, aseguran que Richmond podría haberse tomado cinco veces si el inútil que se halla al frente del ejército lo hubiera permitido; pero prefiere abrir trincheras en los pantanos de Chickahominy, para en seguida abandonar el sitio con todas sus escarpaduras boscosas. Porque teme cobardemente a los Estados esclavistas fronterizos, Lincoln mantiene a este hombre en su puesto actual, pero vendrá el día en que Lincoln tendrá que reconocer que jamás tuvo confianza en McClellan... Esperemos que la guerra dure lo bastante como para

transformarnos en hombres, y entonces venceremos rápidamente. Dios ha puesto en nuestras manos el rayo de la emancipación para aplastar esta rebelión.

■

[124] Karl Marx, «Abolitionistische Kundgebungen in Amerika», Die Presse, No. 239, 30 de agosto de 1862.

[125] William Lloyd Garrison.

[126] El Times de Londres, 22 de agosto de 1862.

[127] Para el discurso completo, véase W. Phllips, Speeches, lectures and Letters, Series 1, Boston, 1864, 448–463. El discurso se titula «The Cabinet».

[128] Se alude a la resolución siguiente de la Cámara de Comercio de Nueva York: «Vale más que mueran todos los rebeldes que uno solo de nuestros soldados».

Comentarios

sobre los acontecimientos

norteamericanos

[129]

7 de octubre de 1862

La breve incursión en Maryland[130] ha decidido la suerte de la Guerra Civil en América, incluso aunque la fortuna de las armas siga vacilando durante un periodo más o menos largo entre ambos beligerantes. Como ya hemos expuesto en estas columnas, la lucha por la posesión de los Estados fronterizos esclavistas es también la lucha por el dominio sobre la Unión. Ahora bien, la Confederación del Sur ha sido vencida en esta lucha, que empezó en condiciones extremadamente favorables que probablemente no vuelvan a darse ya nunca más.

Se ha considerado a Maryland con razón como la cabeza y a Kentucky como el brazo del partido esclavista en los Estados fronterizos. Si la capital de Maryland —Baltimore— ha permanecido «leal» hasta ahora, ha sido gracias a la ley marcial. Es un dogma —no solo en el sur, sino también en el norte— que la aparición de los confederados en Maryland daría la señal para un levantamiento popular en masa contra los «satélites de Lincoln». No se trataba, pues, únicamente, de obtener un éxito militar, sino de hacer una demostración moral que debía electrizar a los elementos sureños de todos los Estados fronterizos y atraerlos con una fuerza irresistible al torbellino sudista. La ocupación de Maryland significaba la caída de Washington, una amenaza para Filadelfia y la inseguridad para Nueva York.

La invasión simultánea de Kentucky —el más importante de los Estados fronterizos por su población, su situación geográfica y sus recursos económicos— se consideraba un simple acto de diversión, considerado aisladamente. Pero respaldado por un éxito decisivo en Maryland, debía conducir al estrangulamiento del partido unionista en Tennessee, al desbordamiento del Estado de Missouri, a la dominación sobre Arkansas y Texas, a una amenaza para Nueva Orleáns y, sobre todo, a trasladar la guerra a Ohio —el Estado nordista central cuya posesión asegura el dominio del norte, como la posesión de Georgia asegura la del sur—. Un ejército confederado en Ohio hubiese aislado a los Estados nordistas del oeste de los del este y permitido atacarles por turno desde su mismo centro. Después de fracasado el ataque del grueso del ejército rebelde en Maryland, la invasión de Kentucky, efectuada sin la energía precisa y privada por doquier de apoyo popular, se redujo a una operación insignificante de guerrillas. Incluso la toma de Louisville no hará otra cosa que congregar a los «gigantes del oeste»[131] —los voluntarios de Iowa, Illinois, Indiana y Ohio— en un alud semejante al que se precipitó sobre el sur durante la primera y gloriosa campaña de Kentucky.

Así, la invasión de Maryland ha demostrado que las oleadas de la secesión no tenían fuerza suficiente para rebasar el Potomac y alcanzar Ohio. El sur ha sido puesto a la defensiva; ahora bien, solo puede triunfar a la ofensiva. Privado de los Estados fronterizos, arrinconado entre el Mississippi al oeste y el Océano Atlántico al este, nada ha conquistado, excepto su tumba.

No hay que olvidar ni un instante que los sureños poseían los Estados fronterizos y los dominaban políticamente en el momento de izar la bandera de la rebelión. Pues bien, han perdido tanto los territorios como los Estados fronterizos.

Y, no obstante, la invasión de Maryland se había emprendido bajo los auspicios más favorables para el sur: una serie de derrotas lamentables de los nordistas, la desmoralización de los ejércitos federados, con Stonewall Jackson como héroe del momento, la política pueril de Lincoln y de su gobierno, el reciente reforzamiento del Partido Demócrata y la perspectiva de una presidencia de «Jefferson Davis», el reconocimiento del gobierno

esclavista por Francia e Inglaterra dispuestas a proclamar la legitimidad —ya reconocida internamente— de los propietarios de esclavos. Eppur si muove,[132] La razón triunfa, pese a todo, en la historia universal.

La Proclama de Lincoln es aún más importante que la campaña de Maryland. La figura de Lincoln es una figura sui generis en los anales de la historia. Ninguna iniciativa, ningún ímpetu idealista, ningún coturno ni ropaje histórico. Lincoln da siempre a sus actos más importantes la forma más insignificante. Otros proclaman que «luchan por una idea» cuando se trata de una pulgada de tierra; Lincoln, cuando se trata de una idea, la proclama como «una pulgada de tierra». Canta el aria de bravura de su papel con vacilación, reticencia y de mala gana, como si pidiese perdón por verse obligado por las circunstancias a «hacer de león». Los más formidables e históricos decretos lanzados al rostro del adversario parecen, e intentan parecer, los cargos de rutina que el abogado envía al abogado de la parte rival, argucias legales, rígidas y enrevesadas actiones juris. Así está compuesta su última Proclama, el manifiesto de abolición de la esclavitud, que es el documento más importante de toda la historia americana desde la fundación de la Unión, puesto que hace añicos la vieja Constitución americana.

Nada más fácil que señalar, en los principales actos de Estado de Lincoln, rasgos inestéticos, insuficiencias lógicas, lados burlescos y contradicciones políticas, como lo hacen los Píndaros ingleses de la esclavitud, tales como el Times, la Saturday Review y tutti quanti. Sin embargo, Lincoln ocupará un puesto inmediatamente al lado de Washington en la historia de los Estados Unidos y de la humanidad. Hoy, en efecto, cuando el acontecimiento más insignificante asume en Europa un aire melodramático, ¿no es significativo que en el Nuevo Mundo los hechos importantes se vistan con ropa de calle?

Lincoln no es el producto de una revolución popular: el juego trivial del sufragio universal, que desconoce por completo las grandes tareas históricas en juego, lo ha aupado hasta la cumbre a él, el plebeyo que se ha labrado un camino de picapedrero a senador de Illinois, sin brillo intelectual, sin particular grandeza de carácter y sin valor excepcional alguno, ya que es un hombre medio de buena voluntad. La mayor victoria que el Nuevo Mundo haya jamás

conseguido es la de haber demostrado que, dado el nivel avanzado de su organización política y social, es posible que gente corriente, animada de buena voluntad, realice las tareas para las que el Viejo Mundo tendría necesidad de héroes.

Hegel ha señalado en su día que en realidad la comedia está por encima de la tragedia, como el humor de la razón está por encima de su pathos. Aunque Lincoln no posee el pathos de la acción histórica, posee, en tanto que personaje popular medio, su humor. ¿En qué momento anuncia Lincoln su Proclama en la que declara que la esclavitud quedará abolida a partir del lº de enero de 1863 en los territorios de la Confederación? En el momento mismo en que la Confederación decide en el Congreso de Richmond negociar la paz a título de Estado independiente, en el momento mismo en que los esclavistas de los Estados fronterizos creen que la invasión de los sudistas en Kentucky les asegura tanto su «institución particular» como la dominación sobre su compatriota de Washington, el presidente Abraham Lincoln.

[129] Karl Marx, «Zu den Ereignissen in Nordamerika«, Die Presse, No. 281, 12 de octubre de 1862.

[130] La campaña de Maryland comienza el 4 de septiembre de 1862 y se acaba el 17, con la derrota de los sudistas en el río Atietam.

[131] Los granjeros de los Estados occidentales de los Estados Unidos se calificaban a sí mismos en el siglo XIX de «gigantes del oeste». Jugaron un papel decisivo en la lucha contra el esclavismo en el curso de la Guerra de Secesión.

[132] Y, sin embargo, se mueve. Fórmula de Galileo, forzado a hacer público acto de contrición por haber afirmado que la Tierra no permanecía fija, como pretendían las Escrituras.

La situación en

América del Norte

[133]

Londres, 4 de noviembre de 1862

El general Bragg, comandante del ejército sudista en Kentucky —las demás fuerzas armadas del sur que allí hacen estragos no son más que grupos de guerrilla— lanzó, en el momento de invadir este Estado fronterizo, una proclama que arroja viva luz sobre el fracaso de las últimas operaciones llevadas por la Confederación. Dirigiéndose a los Estados del noroeste, Bragg anuncia su victoria en Kentucky como algo evidente y especula de manera manifiesta acerca de la eventualidad de un avance victorioso en Ohio, el Estado central del norte. En primer lugar, declara que la Confederación está dispuesta a garantizar la libertad de navegación por el Mississippi y el Ohio. Esta garantía solo tiene sentido si los esclavistas entran en posesión de los Estados fronterizos. Así, en Richmond se dio por sentado que las incursiones simultáneas de Lee en Maryland y de Bragg en Kentucky les asegurarán de un solo golpe la posesión de los Estados fronterizos. Bragg en seguida pasa a reivindicar al sur, que no lucharía sino por su independencia, pero, para el resto, quiere la paz. En realidad, el extremo más significativo de su proclama es el ofrecimiento de una paz separada a los Estados del noroeste, la invitación a abandonar la Unión y a unirse a la Confederación, por cuanto que los intereses económicos del noroeste y del sur son tan coincidentes, según él, como antagónicos serían los del noroeste y el nordeste. Está claro: tan pronto como el sur cree asegurada la posesión de los Estados fronterizos, divulga oficialmente su intención de reconstruir la Unión excluyendo de ella a los Estados de Nueva Inglaterra.

Sin embargo, lo mismo que la invasión de Maryland, la de Kentucky ha fracasado ya: la primera con la batalla de Antietam Creek y la segunda con la de Perryville, cerca de Louisville. Como allá, los confederados se encontraban aquí en posición ofensiva, después de haber atacado las vanguardias del ejército de Buell. La victoria de los federalistas se debe al comandante de la vanguardia, general McCook, que resistió a fuerzas enemigas considerablemente superiores hasta dar tiempo a Buell para llegar con el grueso de las tropas al campo de batalla. No cabe la menor duda de que la derrota de Perryville acarreará la evacuación de Kentucky. El destacamento de guerrillas más importante, formado por los más fanáticos partidarios del sistema esclavista de Kentucky y mandado por el general Morgan, fue aniquilado en aquellos mismos momentos cerca de Frankfort (entre Louisville y Lexington). Está, en fin, la victoria decisiva de Rosecrans en Corinth, que obliga al derrotado ejército de invasión del general Bragg a un repliegue precipitado.

Esto significa, pues, el fracaso completo de la campaña de los confederados encaminada a reconquistar los Estados fronterizos esclavistas perdidos. Y, sin embargo, la operación se había efectuado a gran escala, con destreza militar y bajo los más favorables auspicios. Abstracción hecha de sus resultados militares inmediatos, estos combates contribuyen de una u otra forma a allanar el obstáculo principal. Los Estados esclavistas propiamente dichos se apoyan, por supuesto, en los elementos esclavistas que existen en los Estados fronterizos, es decir, en esos mismos elementos que imponen al gobierno de la Unión consideraciones diplomáticas y constitucionales en su lucha contra la esclavitud. En los Estados fronterizos —principal teatro de operaciones de la Guerra Civil—, estos elementos se hallan prácticamente reducidos a la nada por la propia Guerra Civil. Un amplio sector de los propietarios de esclavos emigra constantemente con su black chattel (ganado negro) hacia el sur, a fin de colocar allí su propiedad a buen recaudo. A cada derrota de los confederados, la emigración se reanuda a escala ampliada.

Uno de mis amigos,[134] un oficial alemán que, bajo la bandera estrellada, ha luchado alternativamente del Missouri al Arkansas y de Kentucky a Tennessee, me escribe diciendo que esta emigración

evoca enteramente el éxodo de Irlanda en el curso de los años 1847 y 1848. Los que se quedan, el sector activo y enérgico de los esclavistas —la juventud, de una parte; los jefes políticos y militares, de otra— se separan ellos mismos del grueso de su clase, bien sea para constituir destacamentos guerrilleros en sus propios Estados, donde son aniquilados pura y simplemente, bien para abandonar su patria y verse encuadrados en el ejército o la administración de la Confederación. De donde resulta, por un lado, una enorme disminución del elemento esclavista en los Estados fronterizos, donde aquel libraba la lucha contra los «encroachments» (usurpaciones) del trabajo libre, su rival; por otro lado, la eliminación de la fracción activa del esclavismo y de su séquito blanco. Ya no subsiste más que una reserva de propietarios de esclavos «moderados», que al punto se agarraron ávidamente a la pila de dinero ofrecida por Washington para el rescate de su black chattel, cuyo valor desciende, de todas formas, con el cierre del mercado de compradores del sur. Así, la propia guerra está dando la solución, al revolucionar prácticamente la forma de producción social en los Estados fronterizos.

Para el sur, la estación más favorable a la conducción de la guerra ha pasado. Para el norte, comienza después de que las corrientes de agua del país se vuelven navegables y puede combinar las operaciones militares en tierra y agua, cosa que está haciendo hasta aquí con mucho éxito. El norte, entre tanto, ha trabajado febrilmente. Están en vías de terminación los «buques acorazados» destinados en número de diez a los cursos de agua del oeste; a ellos hay que agregar una veintena de naves semiacorazadas para aguas poco profundas. En el este, numerosos buques acorazados han abandonado ya los arsenales mientras otros siguen en construcción. Todos estarán listos para el 1º de enero de 1863. Ericsson, el diseñador y constructor del Monitor, dirige la construcción de otros nueve buques del mismo tipo. Cuatro de ellos se encuentran ya «a flote».

En el Potomac, en Tennessee y Virginia, lo mismo que en diversos puntos del sur —Norfolk, New Bern, Port Royal, Pensacola y Nueva Orleáns—, el ejército recibe todos los días nuevos refuerzos. La primera leva de 300.000 hombres, anunciada por Lincoln en julio, está enteramente alistada y una parte de ella se encuentra ya en el

teatro de guerra. La segunda leva de 300.000 para nueve meses se reúne gradualmente. En ciertos Estados se ha sustituido la conscripción por el alistamiento voluntario, pero en ninguna parte tropieza con dificultades serias. La ignorancia y el odio han denigrado el sistema de conscripción, presentándolo como un hecho inaudito en la historia de los Estados Unidos. Pues bien, nada es más falso. Durante la guerra de Independencia y la segunda guerra contra Inglaterra (1812–1814), fueron reclutados grandes contingentes por el sistema de conscripción; tal fue el caso también en distintas guerras menores contra los indios: este sistema jamás tropezó con una oposición digna de mención.

Un hecho notable es que en el curso de este año Europa ha proporcionado a los Estados Unidos un contingente de emigrantes de cerca de cien mil almas, la mitad de las cuales procede de Irlanda y Gran Bretaña. En el reciente Congreso de la «Association for Advancement of Science», en Cambridge, el economista Merivale hubo de recordar a sus compatriotas un hecho que el Times, la Saturday Review, el Morning Post y el Morning Herald, sin hablar ya de los dii minorum gentium,[135] han olvidado por completo —o que Inglaterra quiere que se olvide—, a saber: que la mayor parte del excedente de la población inglesa encuentra una nueva patria en los Estados Unidos.

■

[133] Karl Marx, «Zur Lage in Nordamerika», Die Presse, No. 309, 10 de noviembre de 1862.

[134] Joseph Weydemeyer, miembro de la Liga de los Comunistas, animador con Marx y Engels de la revolución de 1848–1849 en Alemania, coronel del ejército del norte en América y propagador del marxismo en los Estados Unidos.

[135] Dioses de pueblos menores.

Cartas entre Marx y Lincoln

Carta de la Asociación Internacional

de Trabajadores a Abraham Lincoln

[136]

(Presentada al Embajador de EE.UU, Charles

Francis Adams, el 28 de enero de 1865)

A Abraham Lincoln,

Presidente de los Estados Unidos de América

Señor:

Congratulamos al pueblo americano con ocasión de vuestra reelección, por una fuerte mayoría.

Si la resistencia al poder esclavista ha sido la reservada consigna de vuestra primera elección, el grito de guerra triunfal de vuestra reelección es: ¡muerte a la esclavitud!

Desde el principio de la lucha titánica que libra América, los obreros de Europa sienten instintivamente que la suerte de su clase depende de la bandera estrellada.La lucha por los territorios que inaugura la terrible epopée, ¿no debía decidir si la tierra virgen de zonas inmensas debía ser fecundada por el trabajo del emigrante, o manchada por el látigo del guardián de esclavos?

Cuando una oligarquía de 300.000 propietarios de esclavos osa

inscribir, por primera vez en los anales del mundo, la palabra «esclavitud» en la bandera de la rebelión armada; cuando en el lugar mismo en que, un siglo antes, la idea de una gran república democrática nació al mismo tiempo que la primera declaración de los derechos humanos, que juntas dieron el primer impulso a la revolución europea del siglo XVIII; cuando en ese mismo lugar la contrarrevolución se gloria, con una violencia sistemática, de invertir las «ideas dominantes de la era de la formación de la vieja Constitución» y presenta «la esclavitud como una institución benéfica, hasta como la única solución al gran problema de las relaciones entre trabajo y capital», proclamando cínicamente que el derecho de propiedad sobre el hombre representa la piedra angular del nuevo edificio, entonces las clases obreras de Europa comprendieron enseguida, antes incluso de que la adhesión fanática de las clases superiores a la causa de los confederados las hubiera prevenido, que la rebelión de los esclavistas era el toque a rebato para una cruzada general de la propiedad contra el trabajo y que, para los trabajadores, el combate de gigante librado al otro lado del Atlántico no ponía solamente en jaque sus esperanzas en el futuro, sino también sus conquistas del pasado.

Por ello, soportaron siempre con paciencia los sufrimientos que les impuso la crisis del algodón y se opusieron con vigor a la intervención en favor de la esclavitud que preparaban las clases superiores y «cultivadas», y desde casi toda Europa contribuyeron con su sangre a la buena causa.

Mientras los trabajadores, verdadero poder político del norte, permitieron a la esclavitud manchar su propia República; mientras se jactaban —con relación a los negros que tenían un amo y eran vendidos sin su consentimiento— de gozar del privilegio de ser libres de venderse a sí mismos y de escoger su patrón, fueron incapaces de combatir por la verdadera emancipación del trabajo o de apoyar la lucha emancipadora de sus hermanos europeos.

Los obreros de Europa están convencidos de que si la guerra de Independencia americana ha inaugurado la nueva era de expansión de las clases medias, la guerra antiesclavista americana ha inaugurado la nueva época del ascenso de las clases trabajadoras.

Consideran como un símbolo de la nueva era que la suerte haya

designado a Abraham Lincoln, el enérgico y valeroso hijo de la clase trabajadora, para conducir a su país en la lucha sin igual por la emancipación de una raza encadenada y para la reconstrucción de un mundo social.

Firmado en nombre de la Asociación Internacional

de Trabajadores, por el Consejo Central.[137]

■

[136] «The Bee–Hive Newspaper», Nº. 169, 7 de enero de 1865. (Escrita por Marx entre el 22 y el 29 de noviembre de 1864). Traducción de A. de Francisco.

[137] Sigue la lista de los firmantes, responsables de la AIT.

Respuesta del embajador

americano a la carta de la Asociación Internacional de Trabajadores

[138]

Al Editor del Times,

Sr.,

Hace unas pocas semanas fue enviada una carta de felicitación al Sr. Lincoln por parte del Consejo Central de la Asociación arriba mencionada. La carta fue trasmitida a través de la Legación de los Estados Unidos y se ha recibido la siguiente respuesta. Quedando en deuda por su publicación,

Suyo respetuosamente,

W. R. Cremer.

Legación de los Estados Unidos

Londres, 31 de enero.

[138] The Times, 6 de febrero de 1865. Traducción de A. de Francisco.

Sr.,

Se me ha ordenado que le informe de que la carta del Consejo Central de vuestra asociación, que fue debidamente transmitida a través de esta legación al Presidente de los Estados Unidos, ha sido por él recibida. En cuanto que los sentimientos en ella expresados son personales, los acepta con un sincero deseo, no exento de inquietud, de que sea capaz de demostrar estar a la altura de la confianza que han depositado recientemente en él sus conciudadanos y tantos amigos de la humanidad y el progreso en todo el mundo. El gobierno de los Estados Unidos tiene clara conciencia de que su política ni es ni podría ser reaccionaria, pero al mismo tiempo es fiel a la pauta que adoptó en un comienzo de abstenerse en todo lugar del propagandismo y de la intervención ilegal. Se esfuerza por hacer igual y exacta justicia a todos los Estados y a todos los hombres, y espera de los beneficiosos resultados de ese esfuerzo el apoyo en casa y el respeto y la buena voluntad en todo el mundo. Las naciones no existen solo para sí mismas, sino también para promover el bienestar y la felicidad de la humanidad mediante la interposición benevolente y el ejemplo. Es en este respecto que los Estados Unidos consideran su causa en el presente conflicto con los insurgentes defensores de la esclavitud como la causa de la naturaleza humana, y les anima a seguir perseverando el testimonio de los trabajadores de Europa por el que se favorece la actitud nacional con su ilustrada aprobación y sinceras simpatías.

Tengo el honor de ser,

Señor, su obediente servidor,

Charles Francis Adams.

Carta de la Asociación Internacional de Trabajadores al presidente Johnson

[139]

A Andrew Johnson,

Presidente de los Estados Unidos

Sr,

El demonio de la «peculiar institución», por cuya supremacía se batió en armas el sur, no quiso permitir que sus adoradores sucumbieran honorablemente en campo abierto. Lo que él empezó a traición, obligatoriamente tiene que acabarlo con infamia. Igual que la guerra de Felipe II alimentó a un Gerard,[140] la guerra pro–esclavista de Jefferson Davis alimentó a un Booth.[141]

No nos corresponde a nosotros pronunciar palabras de dolor y horror, cuando el corazón de dos mundos suspira de emoción. Incluso los sicofantes que, año tras año y día a día, fieles al trabajo de Sísifo de asesinar moralmente a Abraham Lincoln y la gran república que encabezó, ahora se quedan aterrados ante el estallido universal de sentimiento popular, y rivalizan entre ellos por esparcir flores retóricas en su tumba abierta.

Ahora han descubierto por fin que era un hombre que ni se dejaba intimidar por la adversidad ni intoxicar por el éxito, que inflexiblemente se concentraba en perseguir su gran meta, sin comprometerla jamás por la ciega prisa, madurando lentamente sus pasos, sin desandarlos jamás, indiferente al favor popular, descorazonado porque el pulso popular no se relajaba; que

atemperaba actos duros con el brillo de un corazón amable, que iluminaba escenas oscurecidas por la pasión con la sonrisa del humor, que hacía su obra titánica humildemente y con sencillez mientras los gobernantes de origen divino hacen pequeñas cosas con la grandilocuencia de la pompa y el Estado.

Tal fue en verdad la modestia de este grande y buen hombre, que el mundo no lo descubrió como héroe hasta que hubo caído como mártir.

Ser elegido a su lado por semejante jefe fue un honor reservado al Sr. Seward, la segunda víctima de los infernales dioses de la esclavitud. ¿Acaso no tuvo la sagacidad, en un momento de general vacilación, de prever y la hombría de predecir «el conflicto irreprimible»[142]? ¿Acaso no estuvo, en las horas más oscuras de ese conflicto, a la altura del deber romano de no desesperar jamás de la república y sus estrellas? Nosotros esperamos de todo corazón que él y su hijo sean devueltos a la sana actividad pública y se les hagan los bien merecidos honores mucho antes de que transcurran «90 días».[143]

Luego de una guerra tremenda, pero tal que, si consideramos sus vastas dimensiones y su amplio alcance, y la comparamos con las guerras de los 100 años, y las de los 30 años y las de los 23 años, del viejo mundo, no puede decirse que haya durado 90 días, suya es, Señor, la tarea de desarraigar con la ley lo que ha sido talado con la espada, de presidir el arduo trabajo de reconstrucción política y regeneración social.

Con un profundo sentido de su gran misión se salvará de comprometer sus duros deberes. Usted nunca olvidará que para iniciar la nueva era de la emancipación del trabajo, el pueblo americano hizo recaer las responsabilidades del liderazgo en dos hombres del trabajo, uno Abraham Lincoln, el otro Andrew Johnson.

Firmado en nombre de la Asociación

Internacional de Trabajadores,

Londres, 13 de mayo de 1865,

por el Consejo Central....

[139] «The Bee-Hive Newspaper» Nº. 188, 20 de mayo de 1865. (escrita por Marx entre el 2 y el 9 de mayo de 1865). Traducción de A. de Francisco.

[140] Se refiere a Balthasar Gérard (1557-1584), el asesino en 1584 de Guillermo de Orange, también conocido como Guillermo el Taciturno, por cuya cabeza había ofrecido Felipe II una recompensa de 25.000 coronas.

[141] Se refiere a John Wilkes Booth (1838-1865), el famoso actor de teatro, simpatizante de los Confederados y convencido anti–abolicionista, quien asesinó al Presidente Abraham Lincoln en el Teatro Ford de Washington D.C. el 14 de abril de 1865.

[142] Se refiere al Discurso «On the Irrepressible Conflict», pronunciado por William Henry Seward en Rochester, Nueva York, el 25 de octubre de 1858.

[143] Como parte de la conspiración contra Lincoln, Lewis Powell intentó asesinar a su Secretario de Estado, William Henry Seward, en su propia casa y el mismo día en que Booth asesinaba a Lincoln. Afortunadamente Powell fracasó en su intento, pero hirió gravemente a cinco miembros de la casa con la culata de su revolver y su cuchillo, entre ellos al propio Seward —a quien las puñaladas dejaron de por vida severas cicatrices en la cara— y a su hijo.

Índice

Portada

Guerra y emancipación

Nota a la edición (Andrés de Francisco)

Prólogo (Andrés de Francisco)

Introducción. Karl Marx y Abraham Lincoln: una curiosa convergencia (Robin Blackburn)

Abraham Lincoln

Carta a Jesse W. Fell, con autobiografía adjunta

Dos fragmentos sobre la esclavitud

La idea central de la República

Carta a Henry L. Pierce y otros (Los principios de Jefferson)

Discurso de la Casa dividida

Discurso en el Instituto Cooper de Nueva York

Primer Discurso Inaugural

Proclama de Emancipación definitiva

Discurso de Gettysburg

Segundo Discurso Inaugural

Karl Marx

La Guerra Civil norteamericana

La Guerra Civil en los Estados Unidos

Crisis en la cuestion esclavista

Asuntos americanos

La Guerra Civil Americana

El humanitarismo inglés y América

Crítica de los asuntos americanos

Manifestaciones abolicionistas en América

Comentarios sobre los acontecimientos norteamericanos

La situación en América del Norte

Cartas entre Lincoln y Marx

Carta de la Asociación Internacional de Trabajadores a Abraham Lincoln (28 de enero de 1865)

Respuesta del embajador americano a la carta de la Asociación Internacional de trabajadores (6 de febrero de 1865)

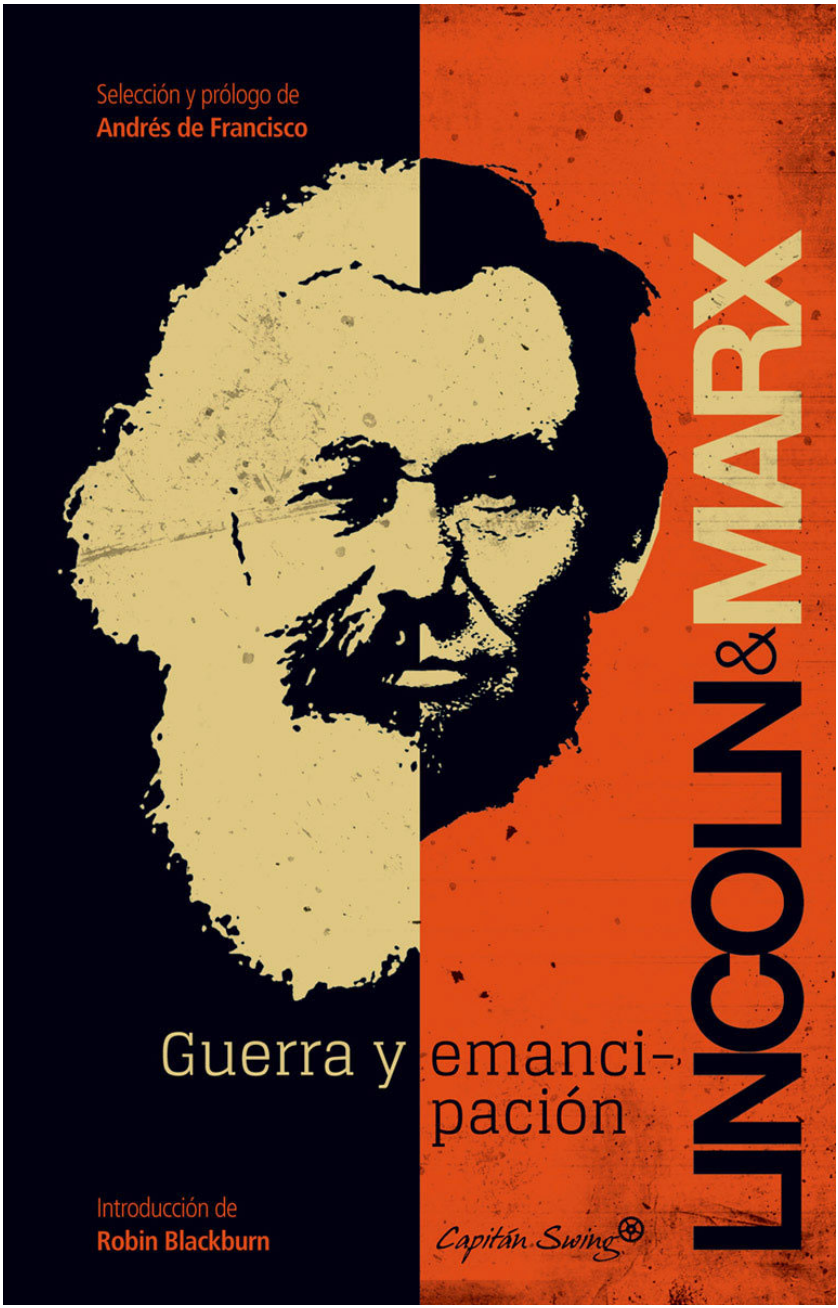
Carta de la Asociación Internacional de Trabajadores al presidente Jonhson (20 de mayo de 1865)

Sobre este libro

Sobre Abraham Lincoln

Créditos

Guerra y emancipación



Marx y Lincoln mantuvieron correspondencia al final de la Guerra Civil estadounidense. Aunque los separaban más cosas aparte del

Atlántico, coincidían en la causa de los trabajadores libres y en la urgente necesidad de acabar con la esclavitud. Estos escritos señalan el importante papel de los comunistas internacionales en oposición al reconocimiento europeo de la Confederación. Frente a la presuntuosa opinión del Londres liberal de su tiempo, que afirmaba que el verdadero motivo del conflicto eran los aranceles, Marx sabía que la crisis tenía que ver con la esclavitud. Era consciente de que el capitalismo podía fácilmente apoyar e incluso prosperar a costa de ésta y otras formas de servidumbre humana. Sus numerosos escritos sobre la Guerra Civil, lejos de propugnar un socialismo de raza blanca, demuestran una intención universalista: «sólo el rescate de una raza encadenada llevaría a la reconstrucción de un mundo social».

Poco después, los ideales del comunismo atrajeron a miles de adeptos por todo EE.UU., y la Asociación Internacional de Trabajadores trató de radicalizar la revolución inacabada de Lincoln promoviendo los derechos de los trabajadores blancos y negros, nativos y extranjeros, contribuyendo a una crítica profunda de los magnates que se enriquecieron con la Guerra, e inspirando una extraordinaria serie de huelgas y luchas de clase en las décadas siguientes.

Abraham Lincoln. Hodgenville, 1809 - Washington, 1865. Fuerte oponente de la expansión de la esclavitud en los Estados Unidos, fue elegido presidente a finales de 1860. Gracias a la derrota de los secesionistas en la Guerra Civil, introdujo medidas que dieron como resultado la abolición de la esclavitud, con la emisión de su Proclama de Emancipación en 1863.

Lincoln supervisó estrechamente el resultado de la guerra hasta su fin, y con su brillante retórica movilizó con éxito a la opinión pública. El discurso de Gettysburg es sólo un ejemplo de ello. Tras la guerra, estableció una rápida reconstrucción, a través de una generosa política de reconciliación. Su asesinato en 1865 fue el primer magnicidio en los EE.UU.

De la selección de textos y el prólogo: Andrés de Francisco

© De las traducciones: Antonio Lastra, Andrés de Francisco y Javier Alcoriza

© De la introducción: Robin Blackburn

Edición en ebook: junio de 2021

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-12390-34-6

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Andrés de Francisco

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.